MIRANDO HACIA EL FUTURO

PAGINAS ANARQUISTAS



RICARDO MELLA

RICARDO MELLA

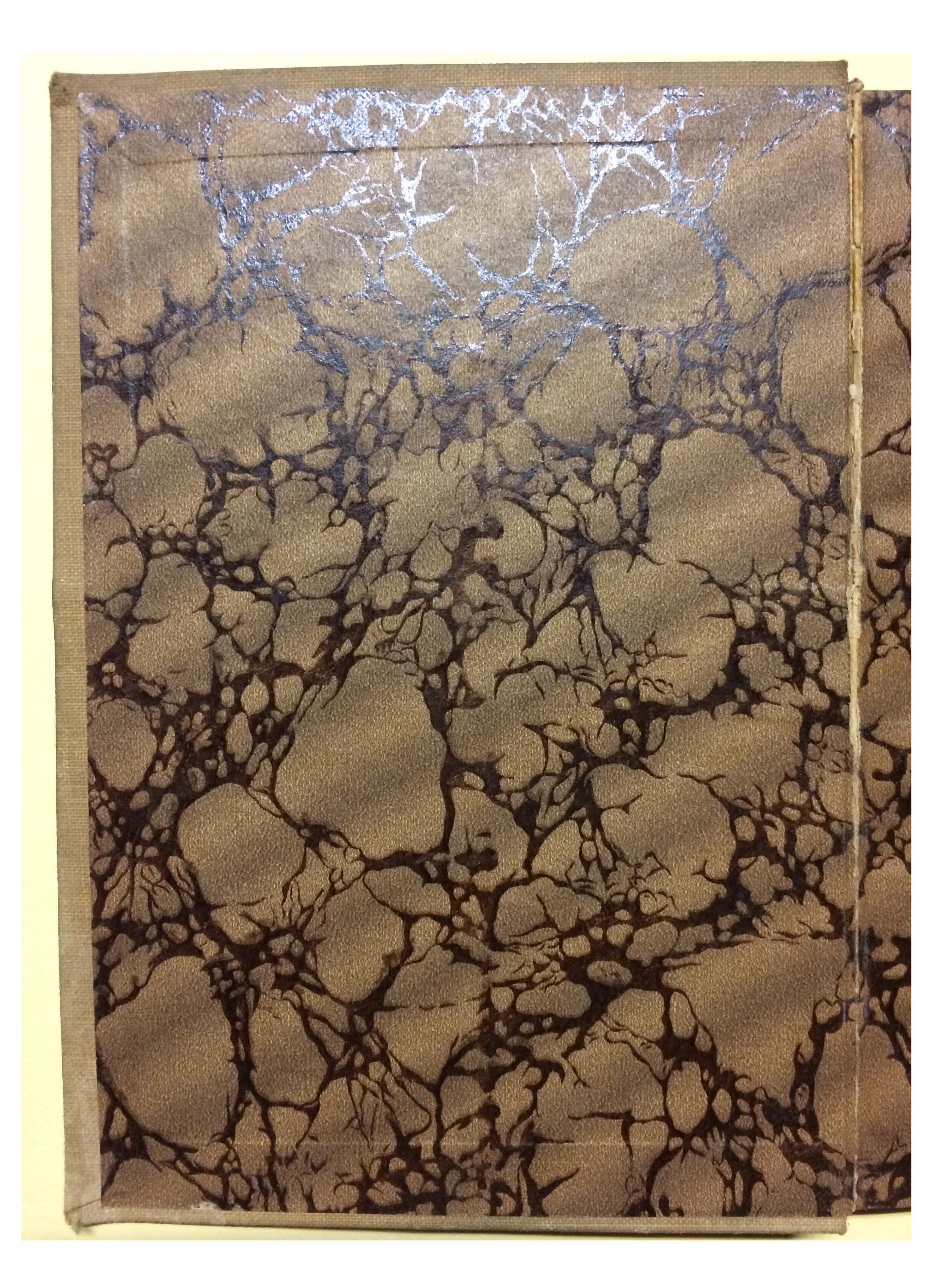
MIRANDO HACIA EL FUTURO

Páginas Anarquistas



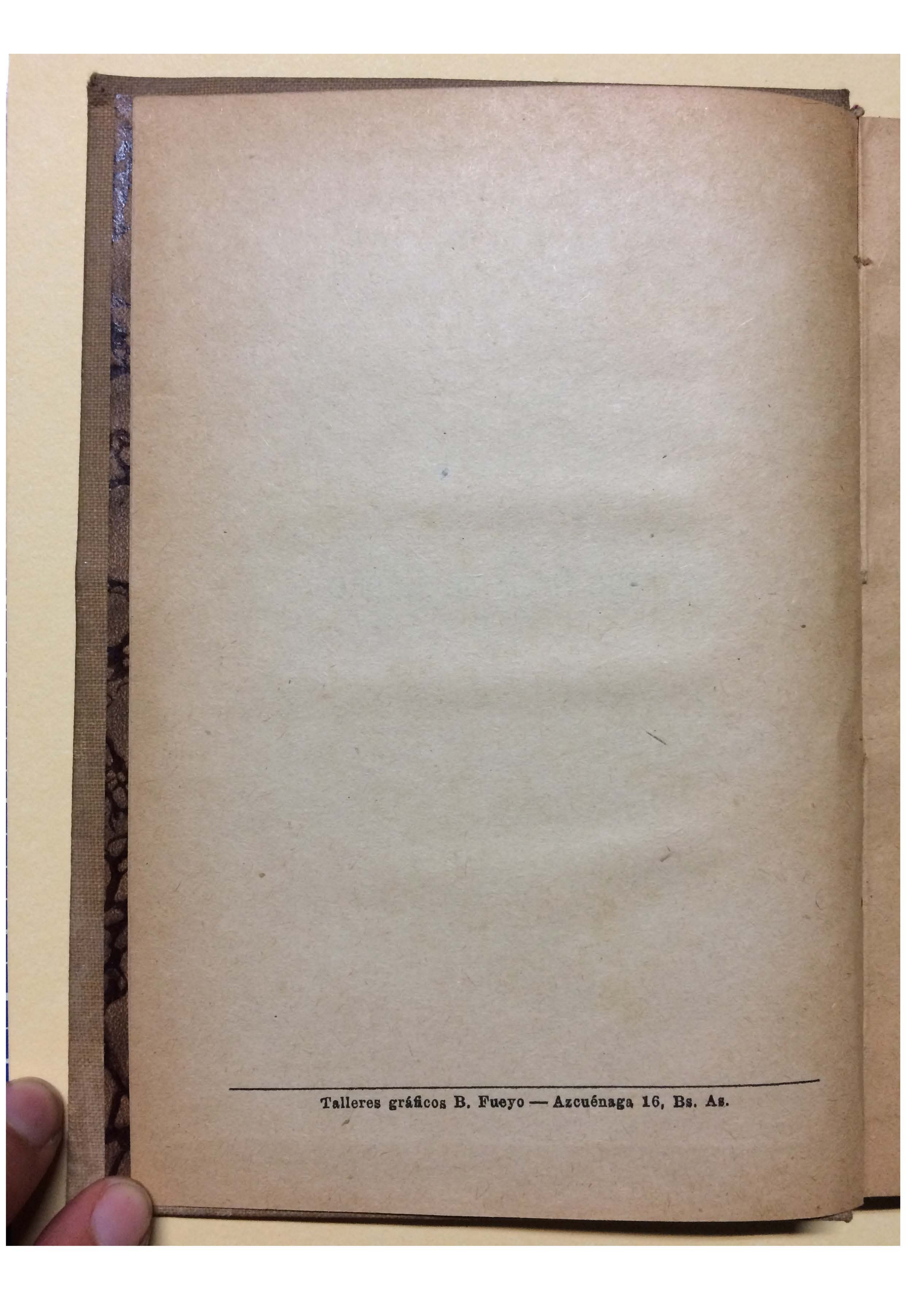
EDITORIAL FUEYO

AZCUÉNAGA 16 - BUENOS AIRES





MIRANDO HACIA EL FUTURO



Talleres gráficos B. Fueyo — Azcuénaga 16, Bs. As.

RICARDO MELLA
(RAÚL)

Mirando hacia el futuro

PÁGINAS ANARQUISTAS



BUENOS AIRES

B. FUEYO, Editor — Azcuénaga 16

La Editorial Fueyo cumpliendo con su empeño de hacer conocer la producción dispersa de los más destacados propagandistas del anarquismo, presenta en este volumen algunos de los escritos de Ricardo Mella, cuyo valor sociológico bien puede apreciar el lector.

Nuestra anterior publicación, el libro de Malatesta ha sido un éxito, por lo que esperamos que los libros de otros grandes pensadores revolucionarios que pensamos publicar sean recibidos por el público inteligente de igual forma.

EL EDITOR

EL IDEAL ANARQUISTA

El Ideal Anarquista

La confusión de ideas producida no tanto por la ignorancia del vulgo como por la insuficiencia de algunos escritores, oblíganos a precisar el verdadero sentido del anarquismo, así en su aspecto filosófico, como en su parte práctica. Y si se juzgara osado el calificativo de insuficiencia lanzado sobre los críticos del anarquismo, recordaremos que tal insuficiencia ha sido probada por publicistas como Hamon y Grave, entre otros; y que lo que se prueba, lastime o no lastime a alguien debe decirse cuando la ocasión es, por lo menos, como ahora, propicia.

Una lamentable confusión, aprovechada en las esferas gubernamentales, condenónos al silencio durante un no corto período de tiempo. Algunos hechos individuales, cuya responsabilidad no puede ni debe alcanzar a todo un partido, nos hicieron objeto de la sañuda persecución de todos los gobiernos. Unas veces por ignorancias, por necesidad otras de justificar atropellos inauditos, siempre a impulsos de un terror públicamente confesado, durante ese período fué la anarquía terrible demencia de cerebros enfermos y de almas perversas. Por muchos días, el anarquismo dejó de ser doctrina más o menos aceptable en el concepto general, y se trocó en enorme delito colectivo. Ahora mismo se persiste en una exclusión imposible.

A pesar de todo, revivimos antes y revivimos ahora, dispuestos a reanudar la interrumpida labor. Somos

hombres de ideas, que amamos fuertemente aquello que se nos ofrece con los caracteres de una verdad irreducible, que abrigamos la creencia en un mundo mejor, y si alguna vez flaquea nuestro cuerpo maltratado, no flaqueará nuestro cerebro en la convicción de una idea por la cual luchamos a brazo partido con una sociedad saturada de precauciones, egoísmos e inmoralidades.

No nos ocuparemos de hechos, sino de ideas. Una doctrina no se deprime por los actos de algunos o de todos sus partidarios. Si así no fuera, ni aun la ciencia podría arrojar la primera piedra. Mas si se insiste torpemente en que el anarquismo es una teoría de aniquilamiento, responderemos que el anarquismo es una teoría revolucionaria, y la revolución no ha sido, no es, no será nunca el aniquilamiento porque sí, sino la modificación más o menos rápida de las formas orgánicas de convivencia social.

Todo lo que significa terrorismo, destrucción de cosas y personas, podrá ser un accidente, un fenómeno producido por el antagonismo reinante, nunca principio de hombres que piensan y razonan. La muerte de un hombre, una transmisión de propiedad, no cambian en nada el organismo político, no alteran las relaciones económicas del todo, y dejan en pie las instituciones dominantes. Y una revolución tiene por objeto precisamente esto: cambiar o suprimir el organismo político, modificar el funcionalismo económico, vencer a las instituciones dominantes.

El anarquismo es una doctrina revolucionaria precisamente porque pretende asentar la organización social sobre nuevas bases, no por lo que su estructura tiene de natural, indestructible y permanente, sino por lo que es en ella artificial, mudable y pasajero. Formas políticas artificiosas, relaciones económicas artificialmente creadas y sostenidas, convenciones sociales producto inmediato de estos dos artificios que constituyen

la historia entera del mundo civilizado, todo ello es el objeto principal de la crítica anarquista. Por esto la anarquía es una síntesis filosófica que abarca todo el intrincado problema social. No es simple principio de destrucción, como entiende la ignorancia y proclama la mala fe. No implica la vuelta al hombre prehistórico como afirman, sin pruebas, los sabios de las clases dominantes. La anarquía es la traducción, ideal y práctica al mismo tiempo de la evolución política y del desenvolvimiento económico.

La tendencia innegable en todo el proceso histórico a integrar plenamente la individualidad, tanto como el hecho manifiesto de una cada vez más creciente sustitución del trabajo colectivo al trabajo disociado, envuelve la categórica afirmación del anarquismo consciente; de tal modo, que apenas se disipa un tanto el general prejuicio, no hay cerebro medianamente organizado que no lo reconozca. La independencia individual ha sido siempre, el objeto de todas las revoluciones, y ni uno solo de los grandes movimientos populares ha dejado de significar al mismo tiempo una cuestión de pan. Las sociedades se agitan constantemente a impulsos de dos grandes aspiraciones, la libertad y la igualdad, como si prescindiera su resultante inevitable, la solidaridad de todos los humanos.

La esfinge de la felicidad, alejándose a medida que la humanidad avanza, parece detenerse un momento. Dámosnos cuenta de la inmensa pesadumbre de las preocupaciones, errores y falsedades que a través del tiempo permanecen irreducible en el mundo social; rendímosnos a la evidencia de una contínua humanización de la especie que, surgiendo de la animalidad, camina resueltamente hacia la meta, negación absoluta del punto de partida; avívanse nuestras facultades éticas y multiplícase el infinito, por el progreso de la mecánica, nuestro poder físico, permitiéndonos entrever próximo

el reinado de la abundancia y la realización del amor universal humano; y dominando desde la altura de la civilización presente las estrecheces del pasado y las amplitudes del porvenir, penetrámonos del radical antagonismo entre un progreso material cierto y un estancamiento del progreso social evidente. No caben nuestras artificiosas instituciones, nuestros métodos rancios, nuestras rutinarias costumbres en un nuevo mundo que domina las fuerzas de la Naturaleza, las sojuzga y las explota. La máquina nos redime del trabajo innoble y ennoblece el trabajo útil; convierte a la bestia que tira en cerebro que dirije; suprime las fatales diferencias con que la Naturaleza distingue a los hombres igualando todas las fuerzas y todas las aptitudes en la síntesis del trabajo mecánico y cuando el vapor y la electricidad suprimen toda barrera entre los cuerpos y establecen la comunicación constante de los pensamientos advertimos la enorme distancia a que queda nuestro progreso moral, político y social del progreso positivo de nuestras fuerzas en el orden de la producción y de la ciencia. El privilegio económico y la dominación política hacen inútil para la inmensa mayoría de nuestro linaje ese avance tremendo de un siglo que ha desenvuelto con rapidez vertiginosa todo el contenido de la experiencia y de los conocimientos de siglos y siglos que marcharon al lento caminar del galápago. Por eso surge en nuestra mente la idea de un avance semejante en el orden de las relaciones de la vida, y concebimos, con la rápida percepción de la nerviosidad moderna, un mundo nuevo ante cuya proximidad la impenetrable esfinge se acerca, se reduce, y, finalmente, se convierte en término clarísimo de transparente verdad y de sencillísimo problema cuya incógnita se ha despejado por completo.

La ausencia de paralelismo entre los dos modos del progreso humano, débese indudablemente al privilegio

económico y a la dominación política. No somos nosotros solos, socialistas y anarquistas, quienes lo afirman. Hanlo confesado pensadores ilustres del positivismo y hoy nadie desconoce que la permanencia de una organización de clases ha hecho que los beneficios inmensos de la mecánica moderna sean nulos para la mayoría de los hombres y que el obrero se vea reducido a la condición de la más despreciable de las mercancías por su baratura y su abundancia. Admitiendo que la máquina no lanza de golpe a la miseria a millares de hombres, todavía queda en pie el hecho innegable de que cada día hace menos necesario el concurso del jornalero y al día también elimina un no despreciable sobrante de brazos que va a engrosar las nutridas filas del ejército del hambre. El capitalista halla fácil rendimiento a sus dineros en la potencia multiplicadora de la máquina, al paso que el trabajador es cada vez menos indispensable, pues su labor se deprecia continuamente hasta el punto de permitir la competencia de la mujer y del niño. Así, aunque la máquina multiplique prodigiosamente los productos, este progreso resulta inútil para el obrero, porque dada la depreciación de los salarios y la contínua paralización de brazos, cada vez le es menos fácil obtener dichos productos en el mercado. Y si se nos dijere que los salarios han aumentado no poco y crecido considerablemente el número de brazos empleados en la industria, advertiremos a los incautos que habiendo aumentado en mayor proporción las necesidades y el coste de las cosas, y crecido asimismo la población en grado visible, la resultante, como producto de una relación invariable, es realmente la depreciación de los salarios y la eliminación contínua de brazos en cada instante de la vida económica de los pueblos civilizados. Por otra parte encarecidas las mercancías por la nube de parásitos intermediarios que explotan al productor y al consumidor, el obrero, aun ganando un jornal regu-

lar, ha de encontrase siempre con un déficit entre sus ingresos y sus gastos, porque aquello mismo que produce por dos ha de pagarlo con cuatro en el momento que lo necesite. No de otro modo se explica el terrible espectáculo del hambre al lado de los almacenes atestados de mercancías que se sostienen mal o se cierran a menudo por falta de ventas.

El obrero, no solo sufre estos perjuicios ocasionados por el progreso mecánico, sino también sus derivados. Para él son cuentos maravillosos todos nuestros adelantos científicos: la educación moral y artística y sus goces indeclinables, poco más que nada. Y como la clase media no se cuida gran cosa de las modernas conquistas, sobre todo sino le son inmediatamente útiles, resulta que el tremendo avance de la ciencia solo beneficia a unos cuantos "dilettanti", cuya influencia en la vida social es, por tanto, poco menos que nula.

¿Hubiera prevalecido esta enorme diferencia en los beneficios, si el estado de castas no estuviese mantenido por un estado de fuerza? La dominación política es el complemento del privilegio económico y recíprocamente. Tiene aquella a su cargo, no sólo la subordinación presente, sino también la contínua transmisión de los hábitos de obediencia. A este objeto dispone el Estado de la escuela y de la iglesia, mantiene el circo y el teatro, inspira y dirige la prensa y la literatura y acaba, en fin, por utilizar y monopolizar el arte y la ciencia. Todo conspira a un mismo fin. Normalmente la labor es sencilla y tranquila. Se reduce a asediar contínuamente las facultades más hermosas de la personalidad, hasta anularlas o adormecerlas. Y si por acaso la normalidad se perturba, entonces la pólvora hace su oficio, ábrense para la multitud desamparada cárceles y presidios, y se levanta el patíbulo para el sedicioso que salió o pensó salir a la calle en defensa de su sueño, de su utopía querida, utopía tras la cual ha caminado y camina la

humanidad sin rendirse a la engañadora evidencia de la enseñanza oficial.

De hecho, solo exteriormente han cambiado los términos del problema. Nuestro mundo moderno es continuación fiel de aquel mundo antiguo tan fieramente combatido por los ascendientes, por los generadores de la actual burguesía. Todo en la vida material ha variado prodigiosamente. En la vida social, el obrero, esclavo del salario, existe todavía para alimentar, recrear y conservar a una casta de hombres que tiene de su parte la supremacía del dinero. Para el resto de los humanos que no pertenece a esta casta, la civilización es algo abstracto, ideal, no traducido en hechos; el progreso una engañosa ilusión con cuya conquista se pavonean los servidores privilegiados del tercer estado enriquecido. El pueblo carece de todo: carece primeramente de pan, y careciendo de pan, civilización, progreso, ciencia, arte, industria, no son más que terribles mentiras, torturas inventadas por la novísima inquisición de los satisfechos. ¿Qué efecto pueden producir los museos atestados de maravillas artísticas, los gabinetes, científicos con sus gigantescas creaciones, las fábricas con sus obreros colosos, los almacenes reventando con el hartazgo de mercancías que no se venden y los lindos escaparates con todos los refinamientos del gusto y del lujo? Hablad de todo esto a los millares de desharrapados que se llevan penosamente la mano hacia la región de un estómago vacío, que arrastran los pies por el fango de las calles, que mal cubren con harapos los pellejos que sirven de único revestimiento a un manojo de huesos que crujen a cada paso como queriéndose romper, y sólo obtendréis un gesto indescifrable, un gesto doloroso, expresión de un organismo aniquilado, indiferente al borde de la tumba, esperando la muerte antes que buscando la prolongación de la vida.

¿Quién osará sostener que esta permanente perturbación, este inmenso desequilibrio, es natural y eterno?

La historia entera de la humanidad prueba que han sido las necesidades de la guerra, producto de la animalidad primitiva, las que originaron las instituciones autoritarias y la desigualdad económica. Prueba asimismo que todo el proceso evolutivo no es más que la gradual sustitución del estado de guerra por un estado industrial más perfecto, de la desigualdad originaria por la libertad igual para todos, según la gráfica expresión de Spencer. La libertad individual, siempre sacrificada en aras de la autoridad y del privilegio, resurge a cada paso, reivindicación constante de la especie humana. Vivimos bajo el despotismo político, bajo el despotismo económico; no sin que tremendas convulsiones populares sacudan de vez en cuando los seculares muros sociales. Los hábitos de obediencia no son jamás bastante fuertes para sofocar por entero la individualidad. Y ahora en estos tiempos de duda universal, perdida la fe en las instituciones sacrosantas, cuando sólo resta una apariencia de poder, esa individualidad recaba toda la independencia de que necesita, fuertemente impulsada a la rebeldía por la clara percepción de su propio valer.

Desde Proudhom hasta los positivistas modernos todos los hombres de convicciones sinceras han reconocido la justicia y la necesidad de la emancipación individual. Los hechos, minuciosamente registrados y analizados, han dado la resultante categórica de que la evolución social implica en todas sus varias manifestaciones una constante disminución de las funciones gubernamentales y un creciente aumento de la libertad personal. A la cooperación forzosa, sucede la cooperación voluntaria. A las iniciativas del poder, siempre raquíticas, las fecundas iniciativas individuales. Al trabajo parcelario, el trabajo colectivo. Al aislamiento, la asociación espon-

tánea y libre. Anarquismo y socialismo en todas partes. La síntesis de este movimiento es la libertad individual, desenvolviéndose en un régimen de solidaridad efectiva.

¿Y cómo no, si la libertad es imposible fuera de la igualdad de condiciones? Inventad tados las metafísicas que queráis y no probaréis nunca que el jornalero, el asalariado es libre de obrar como le plazca en sus relaciones con el capitalista y con el Estado. Concluiréis por decretar la fatalidad de la servidumbre actual. Os veréis obligados a consagrar la inferioridad de una gran parte de nuestro linaje. Habrá hombres de distintas condiciones; habrá castas. Y la independencia personal se reducirá a la nada ante ese dualismo formidable que ninguna ciencia, ninguna filosofía puede justificar. Glosaremos aquella antigüedad tan vivamente condenada por los sabios y por los ignorantes. Subsistirá la esencia del pasado, pese a una diferencia de forma.

La mayor parte de los hombres, industriales, obreros y comerciantes, depende económicamente de un pequeño grupo de capitalistas. Y no hay cábala posible, no hay combinación bastante maravillosa que haga fácil la emancipación colectiva de todos esos esclavos sin poner mano en la propiedad y en el Estado. Para que la libertad de acción sea un hecho; para que la iniciativa individual halle siempre francos y expeditos todos los caminos; para que, en fin, la independencia llegue a su máximo, es necesario e indispensable suprimir a un mismo tiempo el gobierno y la propiedad. El gobierno porque toda autoridad externa, formalmente organizada y establecida, toda autoridad permanente que no es dado rechazar ni substituir en cada instante, supone necesariamente subordinación personal. La propiedad, porque todo dominio exclusivo de las cosas todo acaparamiento de la riqueza, implica, para muchos, privación de lo necesario a la vida, y, por tanto, relación de dependencia

entre individuos desigualmente dotados de los medios de trabajo. La autoridad en tanto cuanto no es de libre aceptación, como la autoridad del médico o del ingeniero, en tanto cuanto se nos impone por si, sin que nosotros intervengamos para designarla en cada momento y sin que en cada instante podamos prescindir de ella, constituye un atentado permanente a la personalidad y es el órgano obligado de la esclavitud. La propiedad, en tanto cuanto no es de uso universal ni está al alcance de todos para la regular satisfacción de las necesidades; en tanto cuanto se vincula en un número determinado de hombres y con exclusión por tanto de otros hombres, es un despojo legalmente organizado y sostenido, pero contra el cual la Naturaleza tanto como el espíritu de justicia se han pronunciado siempre. La autoridad y la propiedad como patrimonio de unos pocos, no es otra cosa que la sanción de la fuerza vencedora sobre un campo de batalla. Mas cada hombre es su propia autoridad, su propio soberano; y su libertad de pensar de sentir, de manifestarse, de obrar, no admite límites ni cortapisas. Limitarla es destruírla. ¿Qué importa qué se reconozca el derecho de pensar libremente y el derecho de manifestación si se pone grillos a la acción individual? La ley dice al hombre: "Te permito que pienses hacer esto, aquéllo, o lo de más allá; consiento que manifiestes públicamente el pensamiento que has concebido; pero ¡ay de tí si se te ocurre tener voluntad y tratas de ejecutar tu pensamiento!" Y si aquél a quien la ley se dirige es un proletario, uno de esos miserables que por toda propiedad disponen de una fuerza que nadie quiere alquilar, entonces la soberanía es una mueca horrible y la libertad un latigazo que cruza el rostro reduciendo al hombre a más baja condición que la de los brutos más despreciados de la escala animal. El proletario habrá nacido en un mundo de extensa superficie cultivable, cubierto de edificios,

adornado por multiples y variadas industrias donde toda comodidad tiene su asiento; habrá nacido en un mundo en que los campos le brindan abundante alimento, las fábricas ricos vestidos; mas ¡ay de él, si hambriento o aterido de frío pone mano en una espiga o miserable trapo! La propiedad, la santa propiedad necesita ser respetada. Antes que la Naturaleza, está la ley escrita; antes que las necesidades físicas, está el Derecho, por el cual seremos capaces de consentir que la humanidad perezca de hambre. Seremos libres según los demócratas y los positivistas; libres, sí, de escoger entre la esclavitud y la muerte. El hombre que no dispone más que de sus brazos, es dos veces esclavo. El capitalista le impone su ley y el Poder, a su vez, le impone la disciplina, decretando unas ordenanzas donde toda transgresión esté penada con la pérdida de la existencia. ¿Es posible negar con espíritu imparcial, con un poco de sentimiento de justicia, la doble servidumbre engendrada por la propiedad y el Estado?

El anarquismo, que no concibe la propiedad sino generalizada, al alcance de todo el mundo; que proclama la verdadera soberanía individual; que considera al hombre ante todo y sobre todo, como un animal con necesidades físicas, morales e intelectuales que satisfacer, y en consecuencia pretende organizar la vida, no en vista de una metafísica noción del Derecho, sino conforme a la mejor y más amplia y fácil satisfacción de las necesidades generales, tiene por principio esencial la supresión del gobierno y de la propiedad individual; la igualdad por base, la libertad como medio, la solidaridad como fin. En resumen: socialismo espontáneo, libremente organizado por el pueblo.

No de otra manera puede ser realizada la soberanía del hombre. Cualquier otro método o procedimiento derivaráse necesariamente de una más o menos estrecha reglamentación de la vida general, y por ende de la exis-

tencia de un poder más o menos fuerte y de un privilegio económico más o menos disimulado. Pero toda reglamentación sistemática de la sociedad, toda legislación es absurda. La autoridad parlamentaria y constitucional, producto de leyes y reglamentos fatigosamente elaborados, es tan falsa como aquella otra autoridad de origen divino ya descartada de nuestras discusiones. La razón y la justicia entregadas a los decretos de un individuo no es una cosa más absurda que la razón y la justicia entregadas a la voluntad del número, a la brutal imposición de un puñado de ignorantes o de una banda de bribones. El sufragio universal y su consecuencia el parlamentarismo, son la gran superstición política de nuestros días, ''El óleo santo, dice Spencer, parece haber pasado inadvertidamente de la cabeza de uno a las cabezas de muchos, consagrándolos a ellos y a sus decretos. ''Y, sin embargo, todo lo que se nos puede ofrecer como solución, no pasará aún bajo el nombre de socialismo, de un nuevo ensayo de sufragio y de parlamentarismo. Mas sea cual fuere la nueva forma político-social, es evidente que tendría por objeto una reglamentación, una disciplina y la organización de un poder. Y ya fuese éste federalista o unitario, individualista o socialista, tropezaría siempre con la imposibilidad y el absurdo de comprender en una o en varias leyes la inmensa diversidad de las manifestaciones de la vida individual y colectiva. Cada individuo, cada grupo, tiende siempre a diferenciarse, a producirse de modo distinto, diferenciación que es el sello característico del sentimiento vivo de la personalidad, mientras que el objeto de una organización política cualquiera, es establecer la uniformidad, empeño inútil evidenciado cada momento por la rebelión contra la ley.

Es, pues, preciso reintegrar la vida a sus condiciones naturales de desenvolvimiento. En lugar de la reglamentación gubernamental, la asociación libre como

producto directo del ejercicio libre también, de todas las iniciativas; en vez del trabajo asalariado, la cooperación voluntaria; y sustituyendo a la propiedad actual un régimen de comunidad libremente concertado.

La libertad y la igualdad son ideas correlativas. No se comprende la una sin la otra. Una asociación libre exige un régimen de igualdad y recíprocamente. Proclamamos la libertad completa como instrumento necesario para que los individuos pacten, se concierten, se entiendan en aquello que le sea común. Y esta libertad, real y práctica, es absolutamente imposible allí donde los individuos se diferencian económicamente en condiciones. Todo contrato entre individuos que disponen desigualmente de los medios de existencia es por necesidad leonino. Establézcase, y tendráse inmediatamente la justicia en los pactos, la libertad en la acción, la independencia en todas las humanas manifestaciones. La solidaridad surgirá, naturalmente, de un régimen igualitario en su principio, libre en sus medios, justo en sus fines.

Tal es, a grandes rasgos, la significación filosófica del anarquismo.

¿Puede ser calificado éste de retroceso a lo antiguo, de vuelta al hombre prehistórico y al comunismo tradicional?

*

*   *

Si en el sentido filosófico de la anarquía nada hay que pruebe un retroceso imposible, no es menos cierto que su significado práctico difiere radicalmente de todas las utopías históricas.

El anarquismo prácticamente no es más que esto: arreglo de todos los asuntos por medio de pactos libres. Nada de deliberaciones y decretos de la multitud. Nada

de abdicaciones ni de representantes privilegiados, investidos de facultades legislativas. Que el pueblo proceda por sí mismo a la organización de la vida social. Que cada uno ponga manos a la obra, juntándose con aquellos que persigan idénticos fines. Que las asociaciones libremente formadas, libremente se conciernen para la común empresa. La organización futura, la organización anarquista, no será un producto forzado de un plan preconcebido, sino una resultante de los acuerdos parciales de los individuos y de los grupos, según las circunstancias y la capacidad del pueblo en el momento. Preferible a una administración que distribuya caprichosamente los productos, es que la distribución se haga por el libre acuerdo de las colectividades de productores. Preferible a una reglamentación oficial del trabajo, es que los mismos trabajadores lo organicen conforme a sus necesidades, sus aptitudes y sus gustos. Preferible a que un poder central, llámese o no Gobierno, organice el cambio con arreglo a cálculos imposibles y retribuya el trabajo conforme a este o aquel principio más o menos equitativo, es que los mismos productores, consumidores a la vez, produzcan y cambien con sujeción a sus propios convenios. La masa total del pueblo entiende de todo esto más, mucho más, que cualquier delegación, por buena y sabia que sea.

Una vez puesta la riqueza a disposición de todo el mundo para producir, para cambiar y para consumir, la necesidad de un concierto general se impone por ley de naturaleza. Los productores se agruparán en sociedades diversas, dedicadas unas a la producción de los alimentos, a la de los vestidos otras, a la de las viviendas otras. Los grupos a su vez se relacionarán entre sí formando asociaciones de grupos según sus más inmediatas necesidades y sus comunes intereses: y así, por esta organización seriada de las partes, formaráse una gran federación de sociedades autónomas que, com-

prendiendo en una amplia síntesis la inmensa variedad de la vida social, apiñará a todos los hombres bajo la bandera de una felicidad real y positiva. Detalles de la producción, de la distribución y del consumo, ¿quién duda de que por medio de convenios pueden ser y serán de hecho arreglados? Tal como hoy proceden la industria y el comercio, a pesar de sus deficiencias y de su fondo de privilegio, no puede decirse sino que arreglan sus relaciones por medio de convenios. Las grandes empresas, producto son de contratos más o menos libres. Las Asociaciones debidas a la iniciativa privada, como la "Cruz Roja" y la de "Salvamento de Náufragos", no son otra cosa más que ejemplos de aplicación anarquista. El mundo científico arréglase por libres relaciones que no obedecen sino al impulso de comunes necesidades. Una ley reguladora o una autoridad gobernante no son de ninguna utilidad a la ciencia. Cuando, en fin, se trata de acometer cualquier empresa de exploración u otra semejante, apélase al libre concurso de voluntarios y al auxilio de cuantos simpatizan con la idea de los iniciadores. La mayor y más importante parte de la vida general se desenvuelve en virtud de libres acuerdos, lo que constituye la verdadera práctica anarquista.

Y, ¿por qué lo que hoy se hace "a pesar" del Gobierno, no habría de hacerse si el Gobierno desapareciera? En el curso de la evolución social, la cooperación voluntaria — lo repetimos — va ganando todo el terreno que la coacción gubernamental pierde. Los politicastros, ayudados por las bestias de carga que aun no han abierto los ojos a la evidencia, continuarán pidiéndolo todo a las alturas. Pero la gente avisada, por lo contrario, procura obrar por su cuenta, pasándose sin el auxilio del Estado, o quizá menospreciándolo.

La anarquía, combatida sin tregua, está en el fondo de nuestra vida actual. Todo el mundo procura, o quie-

re, por lo menos, hacer por sí cuanto bien le parece. La rebelión contra la ley y contra el poder es general. Verdad que aquélla se ampara muchas veces en la ley misma y sortea con habilidades y astucias el Código penal. Pero ella existe y no tardará mucho en hacerse franca y resuelta. La hora de la violencia no ha sonado. Sonará.

La burguesía sin dinero, esa numerosa clase media que vive al día sin otro porvenir que un descuido de la suerte, empieza a comprender que el éxito no puede ser más que para las grandes fortunas, para las grandes empresas, para los privilegios inveterados. Los demás mortales de chaqueta, de blusa o de levita, que no tienen un cuarto, forman el confuso montón de los desharrapados, gente despreciable, propia sólo para sudar trabajando y para morir en la cama de un hospital sin otro distintivo que un número de orden.

Un tal estado de cosas, extremando los términos de la lucha por la existencia, producirá inevitablemente la revolución social; revolución por fuerza anarquista, pues que no se trata tan sólo de llenar el estómago, sino también de recobrar la perdida libertad, esa soberana independencia que ennoblece, dignifica y levanta al hombre de la abyección en que, a su pesar, se arrastra.

Se trata, sí de que prácticamente "cada uno haga lo que quiera", en la seguridad, como ha dicho Malatesta, de que cuando los intereses sean comunes y la vida enteramente solidaria, cada uno no hará más que lo que deba. Y para obtener una identificación de la voluntad libre y del deber, esencia del principio anarquista, es preciso, indispensable, el establecimiento de la comunidad de bienes. Sin esto rodaremos eternamente al abismo de las desigualdades, de los privilegios, que donde existen producen fatalmente la licencia para unos, la esclavitud para otros.

Y no hay incompatibilidad entre aquellas dos afirmaciones, porque el hombre es sólo real y efectivamente libre cuando libremente puede disponer de cuanto es necesario a su existencia. Si sus necesidades tienen que ser limitadas por cualquier convencionalismo o artificio, su libertad se anula. Sólo un falso concepto de la libertad personal ha podido dar por resultado la creencia de que un régimen en que la riqueza esté a disposición de todo el mundo sea incompatible con la independencia del hombre. Sólo la falsificación de la idea de comunidad natural ha podido hacernos creer que supone necesariamente aquélla el régimen de la uniformidad conventual o de cuartel, negación la más terminante de la personalidad libre. Comunidad de medios y libertad de acción, son una misma cosa, bajo denominaciones que corresponden a tiempos distintos de una idea invariable. Por la primera, designamos la posibilidad de obrar libremente; por la segunda, el hecho mismo de la acción libre. En una, es ''potencia'', en otra ''manifestación''; dos tiempos correlativos de la idea de libertad igual para todos.

Hablamos de comunidad de bienes y no significamos en modo alguno un sistema cerrado de uniformidad igualitaria absurda. Ni aun tratamos de sostener un método exclusivo de procedimiento. La comunidad tiene para nosotros la extensión posible cuando todo el mundo dispone igualmente de los elementos de la producción: tierras, minas, fábricas, viviendas, vías de comunicación etc., y puede al propio tiempo concertar el modo de producir, cambiar y distribuir los productos. Comunes los instrumentos del trabajo, común lo que se llama capital social, la libre cooperación, enteramente voluntaria, basta, en nuestro sentir a realizar la igualdad, asegurando la total independencia del hombre.

Mediante la base de comunidad de intereses, la sociedad se pasará sin Gobierno, sin fuerza armada y sin

una justicia de casta. El Gobierno, monárquico o republicano, no tiene otro objeto, en la hipótesis más favorable, que armonizar los encontrados intereses individuales. La fuerza armada sólo sirve de instrumento al Gobierno para reducir a la obediencia al que o a los que no se conforman con sus disposiciones. La justicia organizada es el complemento obligado para sancionar las disposiciones gubernamentales y los actos de fuerza, al par que para defender unos intereses enfrente de otros. Gobierno, fuerza armada y justicia histórica juntamente, constituyen la armazón necesaria del privilegio; son el sostén de esta diferencia enorme que subordina unos hombres a otros, que a unos da la holgura y la estrechez a otros, que aquéllos enriquece y empobrece a éstos.

Pues si el antagonismo de intereses desapareciese, y es evidente que en nuestra hipótesis anarquista y socialista la solidaridad sería un hecho, ¿para qué servirían el Gobierno, la fuerza armada y la magistratura? ¿Qué conflictos habría de arreglar el Gobierno, que haría la fuerza pública de sus fusiles y qué sentencias habrían de dictar esos encopetados jueces que miden a todos los hombres por un rasero común?

Hoy mismo, cuando los intereses particulares son solidarios, el Gobierno no sirve de nada, como no sea de estorbo; el ejército luce tranquilamente sus trajes por las calles; y la magistratura se cruza de brazos, bien a su pesar. Es menester el conflicto, la lucha fracticida, el encono y el odio de clases, la brutal presión del poderoso y la humillante esclavitud del hambriento para que la necesidad de un Gobierno, de un ejército y de una justicia se haga sentir.

Todo el mecanismo gubernamental, creemos haberlo dicho, sólo sirve para mantener de grado o por fuerza la sumisión de los de abajo, de la masa anónima, y el poder y el privilegio de los de arriba, los distinguidos,

gente buena de sangre y mejor porte. En plena libertad de acción todos los hombres y comunes todos los intereses, no habría a quien someter, ni poderío, ni privilegio que demandase capciosa o violenta defensa. ¿Para qué un Gobierno? ¿Para qué un ejército? ¿Para qué una magistratura?

Las diferencias que entre hombres pudieran surgir en una sociedad de iguales, bastaría a solventarlas la intervención amistosa de los compañeros o la de amigables componedores o, en fin, la de un jurado elegido al efecto. ¿No ocurre esto mismo hoy entre las clases llamadas directoras? ¿No dirimen sus contiendas a espaldas del juez? ¿De qué barro son que no puedan igualárseles los demás hombres?

La autoridad, pensando brutalmente sobre los individuos, es la que engendra la rebelión. La fuerza armada es la provocación permanente a la violencia. La justicia organizada es un factor principal del delito. Abstracción hecha de las condiciones patológicas y económicas y sociales que engendran el delito, genéricamente hablando, ¿no es verdad que la existencia de un Gobierno que obliga a todo el mundo a obrar de determinado modo, nos hace a todos rebeldes? ¿No es verdad que la presencia de una fuerza que nos amenaza, nos torna violentos? ¿No es verdad que una justicia constituída por hombres como los demás, con vicios y faltas a todos comunes, y que no obstante se arrogan facultades excepcionales; que una justicia que se rodea de espías y delatores y practica la ley del Talión, engendra la insolidaridad y por tanto la delincuencia?

La presión del sentimiento general es más poderosa que todas las sentencias juntas. Sin aquélla y a pesar de éstas, la sociedad sería una manada de fieras. Solo la iniquidad social producida por el privilegio ha podido hacer necesaria una institución abominable contra la cual la pública opinión vá rebelándose poco a poco.

Prácticamente, el anarquismo no significa otra cosa que la sustitución del régimen de la fuerza por el régimen de la industria, del trabajo. Organizar el mundo para la paz es su propósito. La igualdad, es su principio; la libertad, su instrumento; la solidaridad, su fin. Haciendo comunes los intereses por la liquidación de la propiedad privada, establecerá la igualdad; rompiendo todos los moldes autoritarios del artificio gubernamental, establecerá una libertad positiva nada metafísica; la solidaridad será una consecuencia inevitable, solidaridad tanto más estrecha cuanto más amplio sea el prorgesivo desenvolvimiento de la personalidad humana emancipada de todas las tutelas.

El día que los pretendidos dioses del gubernamentalismo vengan a tierra, veráse renacer al hombre, libre de todos los egoísmos. Entonces será cosa facilísima vivir sin Gobierno, sin ejército y sin magistratura, engendros de un estado de guerra social próximo a terminar.

RESUMIENDO

Hemos hablado de socializar la riqueza y suprimir el gobierno, con claridad suficiente para no dejar lugar a dudas. Mas por la fuerza del hábito, por la costumbre de considerar la organización política como un círculo de hierro del cual nadie puede salirse, las gentes confunden con sobrada frecuencia lo que es una transfor-

mación radical con un simple cambio de formas, a veces de nombre. Socializar la riqueza no significa para nosotros la apropiación por el Estado de los instrumentos de trabajo, minas, tierras y viviendas. Suprimir el gobierno no es una sencilla modificación de la máquina gubernamental. Entendemos ambas cosas de muy distinto modo que el socialismo doctrinario.

Una revolución que no hiciera más que entregar la riqueza al Estado y dejara en pie un seudogobierno bajo el nombre de administración pública tendría que empezar de nuevo la obra demoledora. Substituir a la multitud de propietarios personales por el propietario impersonal único, valdría tanto como ratificar las causas de la desigualdad social. Entregar a unos cuantos privilegiados el gobierno de la vida económica en un país cualquiera, sería lo mismo que reproducir todos los males del gobierno político, multiplicándolos y agravándolos. Tales cambios no darían a nadie la libertad, sino que remacharían fuertemente la cadena de la servidumbre.

En el futuro movimiento popular, ya previsto por todo el mundo, encontraráse el individuo por tercera vez en plena independencia de acción, libre del látigo del capitalista y de la tiranía gubernamental; por primera vez hallárase en el ejercicio libérrimo de sus iniciativas, capaz de abarcar sin trabas el inmenso horizonte de una vida nueva. ¿O sería propio de dementes entregar a unos cuantos el arreglo de los negocios generales, el gobierno de la producción y el consumo? ¿No lo sería reanudar la obra del privilegio de la centralización del agiotaje y del despotismo armado, contra la cual se habría hecho exclusivamente la revolución?

Todo el éxito del socialismo autoritario no tiene otra explicación que los hábitos de obediencia de las masas. Enséñaseles la misma rutina gubernamental, organízaseles militarmente, póneseles ante la vista un organismo glosado con los elementos mismos del actual

organismo autoritario, y bajo la promesa de la futura igualdad, lo aceptan todo creyéndose próximos a la emancipación ansiada. Pero al propio tiempo la autoritaria organización del socialismo produce naturalmente los mismos resultados, los mismos males, las mismas luchas, las mismas anomalías que la organización autoritaria del capitalismo, y entonces el obrero adquiere su experiencia y comprende que se ha engañado con un simple cambio de nombres. Si su cerebro ha despertado a la vida de un mundo mejor, no retrocederá. Si los hábitos de obediencia son todavía bastante poderosos, entregaráse indiferente a la explotación del capitalista, juzgándose fatal e inevitablemente esclavo. Pero la experiencia va haciéndose; las masas aprenden a pensar por sí, a obrar por sí, y a pasarse sin representantes privilegiados.

Cuando la revolución sobrevenga, el pueblo hará la revolución anarquista, ahito ya de mesías políticos y sociales, de gobernantes y administradores "desinteresados", de toda clase de delegaciones, de representantes y de intermediarios.

Por esto pretendemos producir de momento el avance necesario del progreso social que dé al pueblo la libertad de sus iniciativas siempre vigorosas. Pretendemos, sí, dar un salto, salto formidable, que colocando a la humanidad en el comienzo de una nueva evolución, le permita desenvolverse armónicamente en lo sucesivo. Pretendemos que la sociedad recorra en un período revolucionario todo el camino que el privilegio económico, amparado por el poder político, le ha impedido andar al compás de sus otros progresos en la mecánica industrial, en las comunicaciones, en las conquistas científicas, en los goces artísticos. Porque si la humanidad se confía a los teorizantes de las clases directoras y espera llegar a la soñada meta por el lento evolucionar que le predican, la humanidad permanecerá eter-

namente distanciada del goce de aquello mismo que ella ha creado y crea a cada momento, sin percatarse de que toda su labor redunda y seguirá redundando en beneficio exclusivo de una exigua minoría privilegiada. Todo propende al estado de equilibrio, y cuando éste se ha quebrantado bajo la influencia continuada de causas que persisten a través del tiempo, ha de producirse necesariamente una brusca sacudida de las fuerzas latentes que de golpe restablezca la armonía indispensable al desenvolvimiento de la vida. Así el equilibrio social sólo puede esperarse de un momento revolucionario en que los elementos sociales, rompiendo los moldes históricos y los convencionalismos de la tradición, aborden de una vez el pavoroso problema de emancipar a todos los hombres de cualquier forma subsistente de la esclavitud.

Y esta revolución, este sacudimiento formidable, esperanza de unos, terror de otros, ¿qué debe proponerse?

He aquí lo que dicen los anarquistas: la próxima revolución debe, ante todo y sobre todo, apagar todas las hambres: hambre física, hambre intelectual, hambre moral. Dése a todos el pan, primeramente el pan, el combustible necesario para que la máquina funcione. Que si alguna vez falta, sea porque todos hayan saciado el hambre heredada siglo tras siglo y de generación en generación. El derecho a la vida no es una metafísica para engañar a los tontos. Por brutal que os parezca, trasnochados idealistas, teólogos rancios, filósofos a la violeta que podéis ocupar vuestro cerebro vacío en las disquisiciones de nubes vaporosas, de aromáticas flores y de caprichos de luz y de color para entretener vuestros ocios; el pan, la satisfacción de las necesidades materiales, es indispensable, lo primero que hay que facilitar a todo el mundo. Esta lacónica palabra, "pan", encierra todo el para vosotros terrible problema social.

Si del pan dispusiera todo el mundo, ¡cuán fácil sería satisfacer cumplidamente esas que llamáis necesidades de un orden más elevado, más espiritual, según vuestros propios términos!

Si el mundo de las desigualdades irritantes ha producido la miseria fisiológica y la miseria social, el mundo nuevo de la igualdad no reglamentada, producto del libre funcionamiento de los grupos en posesión de la riqueza toda, producirá necesariamente la robustez física y la hartura social, producirá el bienestar, la ansiada felicidad, jamás conseguida.

Y que, para que esta transformación se verifique, es preciso que sobrevenga la revolución preconizada por socialistas y anarquistas, nadie lo pone en duda. La revolución es la expresión histórica de la evolución, y Reclus dice que la revolución sigue a la evolución como el acto sucede a la voluntad de obrar y que en el fondo son una misma cosa y sólo difieren en la época de su aparición. "De creer — añade Reclus — en el progreso normal de las ideas, y por otra parte, que han de producirse ciertas resistencias, queda probado por este hecho la necesidad de sacudidas exteriores que cambien la faz de las sociedades".

Que sea, pues, la evolución de nuestros adelantos una parábola siempre ascendente, o una línea en ziszás, que avanza en unas ocasiones para retroceder en otras, como se pretende por algunos, es de todos modos evidente que las señales exteriores más vivas de la evolución son las revoluciones, de idéntico modo que los volcanes son la exteriorización momentánea de corrientes ígneas que circulan por las entrañas de la tierra. Por otra parte, si en detalle es una línea en ziszás nuestro progreso, su expresión sintética, en conjunto es un mejoramiento final, sentido filosófico que escapa a la perspicacia de ciertos sabios.

La necesidad es la ley suprema en el mundo social.

y el odio a lo nuevo, producto de los intereses creados, tiene que ser vencido violentamente, pues entre la necesidad sentida por unos y la resistencia de los otros, no cabe ciertamente ninguna otra solución. Si se considera, por otra parte, como delito aquello que contradice las opiniones de la mayoría y va contra el régimen establecido, habrá de reconocerse que toda la historia del humano linaje es un enorme y continuado delito, ya que se compone de la sucesión no interrumpida de rebeliones contra la tradición y las opiniones de los más. No es sólo en el orden político y religioso y económico; en el campo de la especulación y de la ciencia, la historia toda entera es, sin solución de continuidad, una serie de rebeldes esfuerzos, de protestas violentas, de sacudidas gigantescas que aquí o acullá han ganado para las sociedades un adelanto, un mejoramiento, un progreso, al paso que reducían a la razón a las ciegas mayorías y a las minorías torpemente egoistas. Civilización y progreso no son cosas providenciales que se producen sin la intervención del hombre. No son algo metafísico y abstracto de que gozamos como llovido del cielo. Los hombres son los autores necesarios del progreso, son los factores de las reacciones y revoluciones que se suceden en el curso del tiempo fatalmente, por lógica necesidad de la lucha en que vivimos. ¡Y es curioso ver a los doctrinarios defensores del principio del combate por la existencia, condenar todo esfuerzo encaminado al mejoramiento de las condiciones de la vida general sólo porque proceden del campo revolucionario! Ellos justifican la explotación y el agio, amparan al poderoso y teorizan sobre la necesidad de un gobierno y de una religión porque, según el principio citado, el más fuerte ha de gozar exclusivamente de los privilegios sociales. Pero se trata del pueblo desposeído, se trata de que la solidaridad substituya a la lucha, se trata de que la revolución, destruyendo artificiales diferencias que

dan a la astucia y al pilláje el triunfo, restituya el mundo a las condiciones naturales de la paz y la fraternidad, y entonces todas las excomuniones, todas las condenas caen sobre las cabezas de estos seres inferiores, de estos débiles organismos humanos que sostienen con su rudo trabajo durante una vida miserable, el peso entero de la comunidad social. No quieren comprender siquiera que si la lucha es condición de la existencia, la solidaridad es su meta; y a esta no se llega ciertamente eternizando la guerra y manteniendo por siempre la división de vencidos y vencedores.

Reconocemos que la violencia es inmoral; condenámosla enérgicamente; aspiramos a un mundo de paz y armonía; pero, ¿qué hacer en tanto? ¿Cómo llegar a la deseada paz, si la violencia lo invade todo, toda nuestra educación es la glorificación contínua de la violencia en todas sus formas?

¡Ah, la razón de la fuerza!

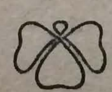
Cuando consideramos el estado de degradación en que las naciones van cayendo; cuando contemplamos el espectáculo de todas las miserias y dolores de la humanidad; cuando vemos como los rufianes políticos y los nigrománticos de la religión remachan implacables la cadena de la esclavitud, sentimos en todo su grandioso poder la sugestión de la fuerza que arrodillará sin piedad, en un próximo porvenir, instituciones, cosas y personas.

Si un día la humanidad rompe la monotonía de su existencia actual y una inmensa hecatombe sucede a todas las ficciones y artificios tradicionales: si un día el pueblo, esclavo y humillado, se insurrecciona imponente y riega con sangre el campo yermo en que ahora vegeta, sin un día, en fin, los hombres se rebelan y recobran violentamente lo que violentamente se les arrebata, libertad y riqueza, entonces sobre los montones de la ruina universal, sobre la pira humeante del

gran incendio veráse flamear en el espacio el último jirón de la bandera ensangrentada de la fuerza; el postrer guiñapo de la suprema razón, acatada, reverenciada y enaltecida por el éxito interrumpido de la Historia.

Este último jirón, ondeando sobre ruinas y muerte, será el anuncio de un nuevo mundo al surgir del seno de la total disolución.

Hasta entonces, por brutal que seas, por antihumana que parezcas, ¡oh, fuerza!, nosotros te saludamos como el único instrumento de redención, como supremo derecho de un mundo de siervos, como salvación única del humano linaje todavía sumido en los abismos de la animalidad primitiva.



LA VISION DEL PORVENIR

Y el buen ciego, tembloroso, habló a la Asamblea de este modo:

''Perdí la facultad de contemplar el mundo: perdílo todo al perder este precioso órgano, sin el cual la actividad física útil, el trabajo, es punto menos que imposible. Mi pobre ciencia, adquirida a fuerza de sacrificios, de nada me sirve; de nada me sirve mi pobre práctica aprendida en los azares de una vida estrecha y afanosa. Vivo en la soledad de las tinieblas, orientándome entre las gentes por el tacto vacilante de mis manos. Estoy solo conmigo mismo, sin luz, sin esperanza.

Pero allá en el fondo de mi ser, en las horas de mi callada soledad, brota dentro, muy dentro, una claridad vivísima; brilla una estrella radiante, fulgura algo indefinido que me ilumina de modo que vosotros no podéis comprender, con una luz singular que no es la onda de éter que vibra con el ritmo del rojo o con el ritmo del azul. Allá muy dentro de mi omganismo surge la visión seductora del mañana, en la que gozo y me baño a mis anchas y de la que no hubo reminiscencia alguna en los dichosos tiempos en que mis ojos veían, escudriñaban el horizonte, como ahora escudriñáis vosotros el porvenir en que soñáis despiertos. Y en esta visión interna ya no veo al haraposo viejo tirando fatigosamente de la carreta, que se atasca en el fango de la gran ciudad; ya no veo al mozo tísico que alarga la mano al transeunte que trota jadeante por la avenida en busca del

diario mendrugo; ya no veo a la encorvada anciana que rueda bajo las patas del bruto que arrastra el coche del gran señor, como el viejo impotente tiraba del carretillo desvencijado por los tambaleos de la miseria; ya no veo a la jovenzuela semihambrienta o hambrienta del todo brindar sus carnes a la saciedad del macho degradado; ya no veo los sexos invertidos puercamente, canallescamente; ya no veo las sedas en que se envuelve la livianidad ni los andrajos en que se arrebuja la inocencia; ya no veo el hartazgo de los holgazanes y la famélica desnudez de los laboriosos; ya no veo a los hombres con disfraces de dioses o de servidores de dioses, con disfraces de muerte o de instrumento de la muerte; ya no veo el vil mercado donde se cotiza lo mismo las virtudes que los vicios, lo mismo las cosas que las personas; ya no veo el mal, la injusticia, el dolor, ese inmenso dolor que la Humanidad arrastra consigo a través de los siglos, llenando el mundo de desdichas de implacables desdichas.

Ya no veo nada de aquello que antes de mi fatal ceguera pasaba muchas veces al lado de mi indiferencia o al lado de mi ira.

Ahora todo es plácido. De las tinieblas del exterior ha brotado la luz interna, la luz de las luces. La tierra es inmenso hormiguero de hombres laboriosos: se trabaja con placer, se goza con exquisita ternura, se investiga, se estudia, se embellece el mundo con la maravillosa espontaneidad de la felicidad lograda.

¿Llanto, pesares, desgarraduras del alma? Pena del amante que pierde el ser amado; llanto que riega la tumba del padre, del hijo, de la esposa; desgarraduras del corazón lacerado por el dolor agudo de una desgracia grande, ¿quién borrará vuestras huellas? El amor común de los humanos, el cariño mimoso del amigo leal, del compañero asíduo. Allí están para asistir al que llora, al que sucumbe al dolor de los dolores. ¡La soledad

espantosa del lecho de muerte miserable, sucio, infecto, es horrible! ¡Horrible la angustia del dolor en el bárbaro circo de la egoísta indeferencia del prójimo! ¡Horrible el cruel zarpazo de la bestia que se yergue brutalmente en el momento supremo del llanto, del dolor, de la amargura sin nombre que atosiga al enfermo, al desvalido, al desamparado!

Ya no, ya no existe nada de este inícuo espectáculo de la atrofia humana.

Ahora todo es plácido. No se rastrea la felicidad entre el lodazal de todos los rebajamientos; no se acecha la riqueza tras los matorrales de la infamia; no se afianza la seguridad propia en el goce cruel del mal ajeno; no se mata, no se roba, no se chupa la sangre del hombre para que viva el hombre. Al conjuro de una hermosa igualdad que tiene pan para todos, luz para todos, goces para todos, los hombres se ayudan, se aman. Al conjuro de una libertad sin tasa que para todos tienen ancho campo de acción, la bondad florece como en perfumado jardín. Al conjuro de la suprema justicia que proclama al hombre igual al hombre, se concierta la felicidad humana por el esfuerzo generoso y espontáneo de cada uno, y el trabajo tórnase gran fiesta de amor, de belleza, de ciencia. ¡Alborozo sin límites, regocijo inexpresable, placer de dioses! A trabajar, hijos felices de la felicidad lograda.

Y el buen ciego, agitando convulso los brazos en el espacio, gritó:

"Amigos míos: cerrad los ojos y que esta mi luz interna os ilumine, que esta mi luz interna sea como el faro de vuestras acciones.

Y si alguno os dijere que el mundo siempre será la obra del mal, por el mal y para el mal, cazadlo como a una fiera o arrancadle los ojos, que tal vez en la soledad de las tinieblas brille también para él esta mágica y dichosa visión del porvenir."

Sindicalismo y Anarquismo

Aunque en los últimos tiempos hase iniciado entre los anarquistas una corriente favorable a las organizaciones sindicalistas, discútese todavía con cierto calor sobre la conveniencia de esta nueva táctica, y algunos dudan de la consecuencia entre nuestros principios y la intervención en las luchas obreras, propiamente dichas.

Muchos de los convencidos por la necesidad de intervenir en las organizaciones gremiales, llevados tal vez por un exceso de puritanismo, no se pronuncian en favor de la intervención sino con grandes reservas.

Parécenos que en el estado actual de las cosas, tales vacilaciones son perjudiciales a la propaganda.

De todas las actitudes, la de la vacilación es la más funesta. Las ideas requieren acción resuelta y constante. No basta decir que es necesario que nosotros vayamos a los trabajadores ya que ellos no vienen a nosotros, y agregar que es conveniente ayudarlos en sus luchas con el capitalismo, para poner luego mil reparos a la acción libre de cada uno de nosotros. Ninguno ignora que las sociedades obreras son colectividades cuya finalidad se reduce a obtener mejoras de momento y reformas pronto o tarde estériles. Puede descartarse este aspecto de la cuestión, puesto que si tales razones tuvieran valimiento en la contienda sobre nuestra intervención en dichas sociedades para renunciar a ella, habría que reconocer igualmente la necesidad de renunciar tam-

bién a otros medios de propaganda y de lucha, como la prensa y las reuniones públicas, que nos obligan a transigir de momento, pero contínuamente, con las imposiciones de la legalidad y del medio ambiente.

Nuestras ideas lo son de emancipación general: lo son inmediatamente de emancipación obrera. Aún sin hacer política de clase, si se permite la expresión, nuestros ideales, nuestra conducta, refluyen en primer término sobre la clase trabajadora hasta el punto de que se puede afirmar de la Anarquía, como del Socialismo, que es un ideal obrero, preferentemente obrero, siquiera todos los hombres de buena voluntad puedan sumarse en la defensa de nuestras comunes aspiraciones.

¿Dónde hallaremos, pues, ambiente adecuado para nuestra propaganda?

Dícese que el propósito de mejorar las condiciones del trabajo y de obtener pequeñas reformas es contrario a nuestras ideas. Sin duda. Mas por esto mismo es al seno de los gremios a donde debemos llevar nuestras razones favorables a una acción más amplia de emancipación total; es en el seno de las agrupaciones obreras donde deberemos actuar nuestros principios todo lo posible; es en el seno de las sociedades corporativas donde la influencia de nuestra lógica ha de dejarse sentir, si queremos que el pueblo, en general, llegue a conocer nuestras ideas y nuestra táctica.

Y aún sin desconocer las dificultades de esta intervención, dadas nuestras opiniones contrarias a las ideas predominantes en la mayoría de las asociaciones obreras, diremos que las mismas luchas de carácter económico, las huelgas por aumento de jornal o disminución de horas de trabajo, tienen con relación al anarquismo un significado de la mayor importancia. Ellas ponen al obrero frente a frente del capitalista; y la tradicional sumisión se trueca en rebeldía, inconsciente primero, más a la larga, consciente y duradera. Ellas dan carácter de enemi-

ga irreconciliable a las contiendas, ya habituales, entre ambas clases, explotada y explotadora. Ellas han convertido a dos categorías sociales de hombres en dos ejércitos beligerantes que no abandonarán el campo de batalla si no es con el vencimiento definitivo de una de ellas.

No cabe negar que la conducta actual del proletariado difiere grandemente de la de hace algunos años. Hoy se lanzan los trabajadores con el menor motivo a huelgas formidables que ponen en grave aprieto al capitalismo, no por lo que afecta a los intereses, sino precisamente por el estado moral que revela en los obreros, por las exigencias de éstos que exasperan a aquellos, acostumbrados como están a la sumisión del pueblo. De hecho el proletariado se halla en una actitud de constante rebeldía. Pero este estado de cosas se debe, tanto o más que a la propaganda socialista, al espíritu de asociación y de lucha, despierto siempre en las sociedades de oficio; se debe al movimiento corporativo que nace sin finalidad a veces, se desarrolla satisfecho con las migajas que conquista, pero al cabo, por la fuerza de los sucesos, se encuentra revolucionario y en condiciones de prescindir de las pequeñas reformas y de las aparentes mejoras.

¿Y no significa nada para los anarquistas esta derivación de las luchas económicas?

Supónese que el ingreso en una sociedad de oficio implica la aceptación de sus limitaciones, y se sostiene también que los anarquistas olvidan dentro de estas sociedades su aspiración final por las cosas fútiles y de momento. Y sin embargo, si una huelga surge ¿qué hará el obrero anarquista? Pues luchar con sus compañeros, si no quiere hacer la causa del capitalismo. Antes que cruzarse de brazos, deberá impulsar la lucha procurando que tome aspectos revolucionarios. Porque entre nuestra pasividad y la diligencia de los políticos y de los

jefes del socialismo, es lo cierto que el movimiento obrero se convierte en monopolio provechoso de los ambiciosos y de los reaccionarios.

¿No tenemos un trabajo educador que realizar en medio de las masas obreras? Labor fecunda sería para los ideales del porvenir, para la emancipación integral de la humanidad, la transformación de esas sociedades reglamentadas y gobernadas por los super-hombres de la política profesional, socialista inclusive, en sociedades libres de luchadores conscientes. Labor fecunda sería, acomodar lentamente, por la persuasión, por el ejemplo y por la experiencia, a los hábitos de la libertad, los millares de obreros que, sintiéndose rebeldes. no aciertan a sacudirse la tutela de los reglamentos y de los comités. Labor fecunda, sería llevar al seno de las sociedades de resistencia un creciente espíritu de rebeldía, de independencia, de emancipación. ¿Se ha hecho esto?

Creemos que no. Creemos que todo lo que se ha intentado es convertir en anarquistas a esas sociedades de golpe y porrazo o se ha trabajado por disolverlas, extremos igualmente viciosos, porque ni aquéllo es posible, ni ésto tiene otras ventajas que las que el capitalismo ofrece al obrero en el desamparo del aislamiento.

No pretendemos, con esta táctica que preconizamos, convertir a nuestro ideal al proletariado en su totalidad, ni buscamos millares de adhesiones. Lo que juzgamos indispensable, es vivir el ambiente obrero, propagar en medio de los obreros, educar y educarnos para la libertad entre la multitud de aquellos nuestros hermanos que luchan como pueden y saben. Y en este sentido, cualquiera que sea la disconformidad del anarquismo con las aspiraciones de las sociedades obreras, nuestro campo de acción está en estas sociedades, en sus luchas, en sus huelgas, en sus revueltas cada vez más enérgicas contra el capitalismo imperante.

Lo está tanto más, cuanto que estas organizaciones

son el embrión del porvenir. No tiene valor alguno el argumento de que, teniendo por objeto dichas sociedades la defensa del salario, de nada servirían una vez destruído el salario. Y no lo tiene, porque casi ninguna de esas sociedades vive por la "defensa del salario", sino por el espíritu de insubordinación al capitalismo, por el espíritu, consciente o no, de emancipación y de mejoramiento. Todavía no se ha visto un gremio que se conforme con las mejoras obtenidas, por grandes que fueren. Se quiere siempre más, y lo que la burguesía llama exigencias, no tiene límite en las agrupaciones de oficio.

Además cualquiera que sea el objeto inmediato de dichas asociaciones, es indudable que subsisten, más que por sus propósitos, por los lazos de cooperación y compañerismo profesional, por el espíritu de clase, pudiéramos decir. Hay la tendencia de combinarse por afinidad de oficio, como la hay a combinarse por comunidad de ideas o de necesidades. En este concepto, son todo el porvenir. El mundo que preconizamos no será probablemente más que esto: una gran asociación o grandes sociedades libres, libremente federadas. Aun cuando se pretenda que el individuo será una especie de enciclopedia, cosa cada día más imposible, dados los crecientes dominios de las artes, de las industrias y de las ciencias; aun cuando se pretenda que cada ciudadano o campesino podrá cambiar de profesión como de camisa, lo que estará por mucho tiempo fuera de toda realidad para la gran mayoría de los hombres, es lo cierto que las necesidades de la vida común constreñirán a cada uno y a todos a la formación de asociaciones de producción, de cambio o distribución y de consumo. Serán todo lo variables, todo lo inestables que se quiera estas agrupaciones del porvenir, a causa de la menor especialización de las funciones, pero serán indispensables para la vida de la solidaridad. Y ellas no signifi-

carán más que un mejoramiento del pasado societario en espectativa de un perfeccionamiento futuro, que en el enlace de la evolución humana cada eslabón supone al que le precede y anuncia al que le sigue.

Por todo lo dicho, entendemos que para los anarquistas hay una labor fecunda que realizar en el seno de las corporaciones gremiales, sin que ello excluya, se entiende, la propaganda constante y directa en todas las manifestaciones de la vida, ya sea individualmente, ya sea en grupo o colectividad.

Y si en esta labor hubiéramos de perder algunos de los nuestros, que se pierdan en buen hora, que nuestras aspiraciones no pueden reducirse a una especie de mercantilismo que tiene muy en cuenta las pérdidas y las ganancias.



Organización, Agitación, Revolución

I

Escuchad, obreros de todos los países, de todas las ideas ;escuchad los que os movéis a impulsos de una aspiración generosa, y los que permanecéis indiferentes a todo lo que no sea la rítmica rutina de la faena diaria, ¿qué contestaríais si os fuese preguntado qué debía hacer el esclavo en un momento cualquiera, presente o futuro?

¿No diríais sin vacilar que el deber del esclavo es rebelarse, romper la cadena que le subyuga, sacudir violentamente la tiranía que le ata, que le sujeta a la voluntad extraña? ¿No diríais que su deber imperioso en cualquiera y en todos los instantes de su vida, es levantarse decidido contra el opresor y recobrar por la fuerza la libertad que por la fuerza se le arrebata?

¿ Y qué sois vosotros y qué somos nosotros, todos los que del salario vivimos, más que esclavos modernos, esclavos del taller y del terruño, esclavos del Estado y de la Iglesia, esclavos de las fórmulas sociales y de las preocupaciones políticas? ¿Qué somos, víctimas de la latifundia y del mercantilismo, sino verdaderos esclavos del privilegio capitalista y de la infamia gubernamental?

¿Lo dudáis? No, mil veces no; es imposible. La miseria nos rodea por doquier. Hijos sin instrucción, sin pan y sin abrigo; hijas lanzadas a la prostitución, a la esclavitud más horrenda de nuestros tiempos; compañeras obligadas a las rudas faenas de trabajos inadecuados; padres e hijos sin hogar, sin alimento y sin ropas, trabajando noche y día, robando a la naturaleza sus más preciosas facultades para degradarlas en un esfuerzo brutal sin término ni descanso, tal es el cuadro de vuestra servidumbre humillante. Lucha sin tregua es vuestra existencia miserable, y no obstante vuestros titánicos esfuerzos, ¿qué os espera? La cárcel, si en un momento de desesperación lleváis a vuestros hijos un pedazo de pan cogido aquí o acullá; el hospital, si cobardemente se encoje vuestro ánimo y os rendís a lo que llamáis reveses de la fortuna; la limosna indigna, si vuestra altivez de hombre se humilla y os lanza a la calle a implorar la caridad mentida del que os explota a vuestros hijos y mancilla, si puede, a vuestras esposas y a vuestras hijas. ¿Dudáis aún de la certeza de vuestra esclavitud? ¿Dudáis de esa servidumbre que a todos nos comprende y nos envilece? ¿Dudáis que sois esclavos cuando el maestro o el burgués os insulta groseramente, cuando os arroja de sus talleres y os niega el trabajo y con él el raquítico salario con que sella nuestra ignominia? ¿Dudáis de esa servidumbre cuando os arrancan a vuestros hijos para convertirlos en arlequines, mientras se exceptúan a los hijos del "amo" mediante un puñado de dinero? ¿Dudáis de vuestra esclavitud cuando se os niega todo derecho a intervenir en la cosa pública o se os concede el del sufragio; para que resulte que es al burgués a quien conceden todos vuestros votos? ¿Dudáis aún, cuando, supuesto el ejercicio libre de ese derecho, todo lo que podéis hacer es elegir nuevos amos y remachar más y más vuestras propias cadenas?

En el orden económico, dependéis del favor que pue-

da dispensaros un burgués cualquiera, industrial o agricultor. ¡Y qué caro os cuesta el favor de que os den trabajo! En el orden político, no podéis pensar ni obrar. Si pensáis y obráis alguna vez, es por gracia especial. Pero entonces corréis toda clase de riesgos. ¡Ay de vosotros si pensáis u os manifestáis libres, si hacéis algo que disguste a los "señores"! La religión os predica la mansedumbre, el Estado os la impone por la ley, y el Capital, el privilegio de la propiedad, la hace efectiva en todo tiempo y lugar. Vosotros no tenéis otro derecho que el de obedecer y callar, que el de sufrir y resignarse; sois mecanismos supeditados en todo y por todo a los que os mandan desde lo alto. ¿Queréis esclavitud más degradante?

Y si sois esclavos, si no tenéis personalidad propia, ni libertad, ni derecho, ¿á qué esperáis?

Contra la creciente tiranía del privilegio capitalista, contra el despotismo hipócrita del Estado, contra la iniquidad de la Iglesia, nuestro deber es rebelarnos, deber imperioso, ineludible para cuantos sientan en sí mismos la chispa abrasadora que enciende en el sér humano la dignidad, la personalidad, la libertad.

Somos hombres, y debemos ser libres. Arrojemos con fuerza de sus pedestales a los que sobre la ignorancia, la sumisión y la degradación se erigen en soberanos de vidas y haciendas. Rompamos todas las ligaduras, y rompámoslas violentamente, lanzando al abismo cuanto perpetúa en la sociedad los privilegios y prerrogativas de los que nos esclavizan. El hombre libre e igual al hombre. Que nadie profane la libertad poniendo la impura mano sobre el derecho de su semejante. Que nadie ose interponerse entre los hombres para reducirlos a la obediencia nuevamente.

Mientras los soberanos de la tierra organizan sus ejércitos, preparan la guerra y lanzan a las naciones en el caos de la destrucción más espantosa; mientras

los grandes acaparadores de la riqueza meditan nuevos cálculos de especulación, extienden y propagan la rapiña, preparando la inminencia de una crisis terrible, para que la miseria les libre del terrible enemigo, de la masa hambrienta que aumenta sin cesar; mientras los hombres de la política, de la literatura, del arte y hasta de la ciencia, se entretienen en cantar himnos de alabanza a los poderosos; mientras el mundo del privilegio, de la banca, de la usura, se entrega a la orgía de todas las viles pasiones que lo sostiene, es preciso que nosotros, los esclavos a la moderna, nos lancemos resueltos a la lucha en cerrada falange, introduciendo en las filas de los acomodados el terror y el pánico, y destruyendo para siempre todo lo que nos reduce a la triste condición de bestias de carga.

No sólo carecemos de libertad; carecemos también de ciencia y de pan, carecemos de cuanto el hombre necesita para desenvolverse holgadamente. Es, pues, precisa la revolución total, la revolución que nos reintegre la riqueza, la libertad y la ciencia. Rebelémonos, pues, y expropiemos a los acaparadores de la ciencia, de la libertad y de la riqueza. ¡Abajo la propiedad! ¡Abajo el poder político! ¡Abajo el poder religioso! ¡Abajo todos los poderes!

La masa trabajadora, mercancía despreciable para los privilegiados del saber, del poder y de la riqueza; la masa trabajadora, heredera del paria, del ilota, del esclavo y del siervo, debe recobrar su libertad absoluta, emanciparse definitivamente; y para emanciparse es preciso, indispensable, forzoso, necesario, rebelarse. Por rebeliones sucesivas ha progresado el mundo; por rebeliones continuadas se han libertado los hombres, han triunfado las ideas, han desaparecido cuantas instituciones estorbaban el libre desenvolvimiento del sér humano. Toda nuestra historia es una rebelión permanente. A pesar de tantos y tantos hábitos de obedien-

cia, a pesar de tantos y tantos siglos de ignorancia, a pesar de tanta y tanta miseria, el hábito, el sentimiento, el poder de la libertad ha prevalecido en el hombre, y por eso, hoy lo mismo que ayer, y mañana lo mismo que hoy, las sociedades se lanzan a la revolución contra los que la esclavizan, la estrujan y la empobrecen.

Nuestro deber es, pues, de todos los momentos. La rebelión es el deber de hoy, si no se hizo ayer; es el deber de mañana si no se hace hoy; es el deber de siempre.

Ante el hecho real de la esclavitud caben distingos, no caben filosofías, no caben dilaciones. Es depresivo sufrirla, conociéndola. Quien se vea esclavo y no sienta la necesidad de rebelarse, o está degradado o es un cobarde. Ni cobardes ni degradados; nuestro puesto está en las filas de la revolución.

Despertad, pues, los que habéis llevado tanto tiempo rezando, pagando y obedeciendo; despertad los que aún rezáis, pagáis y bedecéis; despertad todos porque es preciso que todos volvamos por nuestra dignidad, por nuestro rango de seres recionales en la plenitud de nuestras facultades y derechos.

Se nos reduce a esclavos, se nos convierte en instrumentos de destrucción, se nos toma por seides del espionaje más infame, y cuando no servimos para más se llenan los presidios y los hospitales con los restos ya putrefactos de nuestra decrepitud.

Nosotros somos en último término, los ladrones, los asesinos, los criminales, si en un momento de angustia robamos para vivir, si en un momento de extravío herimos en propia defensa; mientras los que roban y acaparan toda la riqueza universal, los que roban al trabajador hasta el aire que respira, los que nos llevan a que las minas nos sepulten vivos entre sus escombros, los que nos colocan al lado de la máquina que explota o en el andamio que se hunde, los que matan en flor

la actividad de nuestros pequeñuelos, esos son personas dignas de todos los acatamientos, de todos los respetos, de todas las consideraciones. Acabemos de una vez con esta monserga inicua y que cada cual tenga su merecido.

Es preciso no dejarse matar en la mina o en la fábrica o en la obra en construcción; es necesario sustraerse a la ferocidad de la guerra y a la infamia del espionaje policiaco; es indispensable no someterse a ser eternamente carne de hospital, de presidio o de lupanar; es urgente recobrar la riqueza, la libertad y la ciencia que se nos usurpa, que se nos roba.

Hombres, mujeres y niños, víctimas todos de la tiranía política, de la tiranía económica y de la tiranía religiosa, nuestro deber es hoy como ayer, y mañana como hoy, rebelarnos, rebelarnos y rebelarnos.

O esclavos voluntarios o rebeldes: elegid.

II

En los momentos actuales en que muchos trabajadores han despertado al contacto de las ideas revolucionarias, en que ninguno puede ya dudar de la necesidad imperiosa de rebelarse contra el triple despotismo de la autoridad, la propiedad y la religión, en que nadie duda de la injusticia en que vivimos, y si duda, es porque ha sido anulado como hombre por el hábito de la esclavitud, urge llegar a la asociación de las fuerzas para dar pronto, muy pronto, cima a la gran empresa confiada a la clase productora, o mejor a las masas revolucionarias que pretenden una renovación total del orden existente.

Toda modificación, todo cambio, todo trastorno en el modo de ser de las sociedades, es precedido de una fiebre inmensa de propaganda, de difusión de las nuevas

ideas. Toda aspiración nueva, todo ideal innovador que se propaga y se extiende por todas partes, produce ciertos resultados inmediatos: organización de los elementos partidarios de la reforma; agitación consiguiente y contínua de la sociedad en que se vive; y finalmente revolución general del orden establecido. El triunfo del nuevo ideal resulta de la organización, la agitación y la revolución promovida por sus partidarios tanto como de la desorganización, la impotencia y la resistencia de sus enemigos.

Un cambio radical de la sociedad, procede siempre de causas múltiples, de elementos complejos. La revolución es siempre el momento determinante de ese cambio. La agitación, el prólogo de la batalla. La organización, el primer elemento de vida y de fuerza.

Es, pues, preciso organizarse. ¿Cómo? Como se deben organizar los hombres libres, por el libre pacto, por la asociación. No es preciso que el proletariado en masa se organice, no es necesario que se reunan muchos miles de obreros. Nunca las revoluciones las han hecho las mayorías.

Si hay que organizarse es para hacer más poderosas las fuerzas, más potentes los elementos de combate. Cada trabajador aislado puede hacer mucho; asociado puede hacer incomparablemente más. Esto es evidente. Que los elementos revolucionarios se busquen, se concierten y agiten a la opinión. Cada uno en su taller, entre sus afines, puede y debe propagar la asociación, preparar la agitación, luchar por la revolución. El agricultor entre los suyos puede y debe hacer lo mismo. Y unos y otros en todas partes, a toda hora, con elementos homogéneos o heterogéneos, debe emplear todas sus fuerzas en conquistar adeptos para la causa común, en asociarlos para su mejor aprovechamiento, y en lanzarlos a los movimientos procelosos del combate, a las agitaciones del comienzo de la lucha. Es preciso ampliar

nuestros trabajos, salir de la propaganda individual, siempre deficiente, y entrar en la conquista de la masa para hacer llegar hasta ella, si no la razón filosófica de los nuevos ideales, por lo menos el sentimiento y la razón revolucionaria que se necesita para que el pueblo se arroje un día decidido a recobrar sus derechos y sus libertades.

Asociación de fuerzas, tal es el trabajo preliminar. Que todos los elementos sinceramente revolucionarios, que todos los hombres que sientan la necesidad de emanciparse, que los trabajadores principlamente, ya que son los esclavos de siempre, se afanen sin descanso ni tregua por llevar a todas partes la idea y el hecho de esta asociación indispensable para que no quedemos reducidos a un grupo de adoradores platónicos del ideal novísimo.

Una aspiración común sirve de base a nuestros propósitos: libertad política o de acción, libertad económica y libertad religiosa. Que cada uno pueda gobernarse a sí mismo. Que cada uno pueda entrar en conciertos libres con los demás en cuanto atañe a la producción, al cambio, y al consumo, en cuanto se refiere a la industria, a la agricultura, a la ciencia, á todas las manifestaciones de la actividad humana. Que cada uno pueda rendir culto en su conciencia a lo que quiera y como quiera. No más poderes ni más privilegios. No más autoridad constituída, no más monopolio de la riqueza, no más poder religioso. Que la libertad, en toda su extensión, sea nuestro constante ideal.

El trabajador, el asalariado, heredero del paria, del ilota, del esclavo, y del siervo, debe de ser hombre libre. Que se asocie a los demás trabajadores libremente, que se organice con sus compañeros para la lucha por el interés, por la aspiración común. Puede y debe aislado trabajar. Puede y debe asociarse para hacer más fructífero su trabajo. El obrero que permanece indiferente

ante este movimiento renovador, el que se resigna a la esclavitud del salario, el que no sigue a sus hermanos en el combate de la nueva idea, falta a todos sus deberes como hombre y a sí mismo se menosprecia y se deprava.

Es preciso que los trabajadores salgan de la degradación en que el salario los acorrala, es necesario que por un sacudimiento de su dignidad pisoteada hagan crugir las cadenas que les atan, es urgente que sacudan enérgicamente todo su organismo y entren de lleno en esta asociación de las fuerzas revolucionarias que por todas partes se extiende poderosa.

Y una vez que este es el deber del obrero, ya que respondiendo al movimiento de avance actual ha de asociarse para la lucha, no debe reducirse a la monotonía de la organización creyendo haberlo hecho ya todo, no ha de contentarse con una letanía de palabras que no responden a los hechos. La asociación debe ir seguida siempre de la agitación: agitación por la palabra, por el periódico, por el folleto, por el libro, por la resistencia enérgica, por la acción decidida contra todo lo que nos estorba. La agitación individual, nunca censurable, es sin embargo deficiente, es incompleta. La agitación por la asociación, la agitación en masa es mucho más potente. Lo repetiremos: cada trabajador aislado puede hacer mucho, asociado puede hacer incomparablemente más. Que la propaganda y la agitación escrita circule profusamente, que no se reduzca al círculo de los creyentes; que la agitación oral salga del círcuo familiar y entre en el meeting, en la aglomeración de las calles y de las plazas; que la resistencia se extreme y se transforme en una enérgica reivindicación; que la acción se lleve a cabo por las masas en los centros industriales y en el campo, promoviendo verdaderos chispazos revolucionarios que preparen el terreno del sacudimiento final. Nada de doctrinarismo o de exclusivismo. Agitarse por

todos los medios adecuados, digan lo que quieran las sectas. Organizarse libre y decididamente, dejándose de sutilezas metafísicas. Y organizarse y agitarse para expropiar totalmente a los acaparadores de la libertad, de la riqueza y de la ciencia, organizarse y agitarse para provocar cuanto antes el momento supremo de la Revolución Social.

A la indiferencia acostumbrada, que siga la actividad de los hombres libres; a la sumisión en el taller y el campo, que suceda la protesta permanente contra la infamia del salario; a la pasividad exterior, que siga la agitación constante contra toda coerción autoritaria, contra todo privilegio económico, contra toda irracionalidad religiosa. Nada de parsimonia política, nada de idilios imposibles, nada de transigencias con todo lo antiguo, todo lo decrépito. Ideas y procedimientos nuevos. Hay precisión de sustraerse a todas las influencias de los cantos de la sirena burguesa con sus sociedades humanitarias, de socorros, de crédito, de auxilios, con sus hospitales y sus cárceles. Hay que renunciar a todo acuerdo con los que nos explotan, con los que nos tiranizan, con los que nos envilecen. Organización y agitación para sacudir más y más cada día el ya ruinoso edificio social, creado a la sombra de una revolución grandiosa. Organización y agitación para acabar de una vez con el imperio del robo, del espionaje, de la prostitución, del lupanar de carne humana aglomerada en antros de pestilencia física y moral. Organización y agitación para que la rebeldía parcial de cada instante se convierta en la rebelión definitiva que ha de emanciparnos.

Trabajadores todos, ¡a organizarse! Trabajadores todos, ¡a la agitación por la vida, por la dignidad, por la libertad! Trabajadores todos, ¡a rebelarse!

III

Trátase del deber que los trabajadores tienen en los momentos actuales, y trátase sin duda de un modo general. No cabe, pues, entrar en el exámen de procedimientos distintos, de diferencias doctrinales, de aplicaciones particulares. Fuerza es que el estudio de esos deberes se reduzca a términos amplios, generales y concretos. Que el obrero entienda que entra en sus deberes sociales el de estudiar esas diferencias de procedimientos, esas opiniones doctrinales, esos distintos medios de organización y agitación permanente.

Que el obrero sepa que su primer deber es prestar su esfuerzo en la lucha que el proletario mantiene con lo existente; que su obligación es asociarse a sus compañeros y agitarse con ellos sin cesar; que su aspiración final, que su deber imperioso es fomentar el espíritu de rebelión y rebelarse él mismo en cuanto pueda y sepa. El trabajador que conozca estos sus deberes no se negará, no podrá negarse a contribuir decididamente a la emancipación definitiva de la raza humana, que tal es en conclusión el verdadero ideal revolucionario de nuestros días.

Que sean cumplidos estos deberes con tal o cual bandera, es asunto de la competencia individual. Nosotros hemos señalado los fundamentos comunes. Que cada uno obre en consecuencia. Lo primordial es pensar, sentir y obrar con energía en todo lo referente al tremendo problema social.

No es dado negar que la clase trabajadora ha atendido en lo factible a sus deberes; pero ha atendido de un modo en extremo relativo. Es indispensable tener siempre presente el ideal absoluto para proceder en consonancia. El período de iniciación ha pasado. Las evoluciones sucesivas indispensables se han verificado. Deta-

lles de forma, depuración de las ideas y los procedimientos, todo ha sido consumado de acuerdo con los adelantos de los tiempos. Lo esencial, los fundamentos, son indestructibles y han prevalecido a través de todos los sacudimientos de las opiniones.

Entramos en una nueva era, y hay que cuidar en no caer en defectos y vicios añejos; pero hay también que procurar no entregarse a extravíos en sentido contrario, que la razón va fácilmente de uno a otro extremo, de uno a otro error, sin percatarse de la realidad de las cosas.

Las actitudes de las distintas organizaciones obreras no han sido tan revolucionarias como fuera de desear. Era el fruto de los primeros tiempos. En la transición que se está operando la palabra «revolucionario» se aplica frecuentemente a las mismas actitudes antiguas que bajo nueva forma se nos ofrecen como modificaciones. Son nuestros propios deseos que nos engañan. Es el resultado natural de toda transición. Urge, pues, salir pronto del período de transición para entrar de lleno en una época de verdadera asociación, de verdadera agitación, de verdadera revolución.

Entre el fermento de las nuevas ideas se deslizan siempre los gérmenes de la reacción, los elementos perniciosos de lo existente, y bajo la forma de despreocupaciones acogemos preocupaciones terribles, que son nuestros mayores enemigos. El trabajador ha de prescindir de los vicios sociales que por todas partes lo solicitan para adormecerlo. Ya ha de prescindir, siempre en lo posible, de las influencias mortíferas de un sistema social que es su condenación y anulación como hombre. El tiempo que hubiera de gastar en adormecerse por el vicio burgués debe emplearlo en la propaganda, en el estudio y en la lucha por sus ideales. Nadie podrá sustraerse en absoluto al medio social en que

vive; pero sí puede resistirse a que ese medio social le subyugue y le esclavice.

Cuando el obrero pensador, cuando el que siente el hálito vivificante de las nuevas ideas no se siente también sostenido en sus aspiraciones por una actividad contínua, entonces se apodera de él la indiferencia y el escepticismo, y es un elemento perdido para la causa revolucionaria. Y como no es posible vivir en perpétua agitación, en continuada rebelión, del mismo modo que no es hacedero sustraerse en absoluto al medio social, es preciso abrir a la actividad diversos horizontes que la encaucen y que la aprovechen. Los organismos revolucionarios perecen o se disuelven frecuentemente a manos de su propia inactividad. Es, pues, necesario que las asociaciones, en los momentos en que la agitación sufre treguas forzosas, eviten el marasmo de la inactividad o la gangrena del personalismo estudiando y discutiendo sin prejuicios ni preocupaciones las diversas ideas propagadas, las nuevas hipótesis establecidas, los distintos procedimientos que soliciten las fuerzas revolucionarias. La creación de centros, de ateneos; el fomento de las reuniones públicas y privadas con objetos bien determinados; las relaciones constantes con todos los organismos afines, son medios igualmente adecuados a que la actividad no sea suplantada por el decaimiento de los entusiasmos y energías, así individuales, como colectivas.

Los esfuerzos del exclusivismo de las sectas por arrastrarnos a uno u otro extremo, deben de ser por nosotros rechazados enérgicamente. Necesitamos vivir en constante actividad, y ésta sólo puede mantenerse apelando a todos los modos y medios que tiene de manifestarse. Actividad permanente sobre todo, sin perderse nunca de vista el ideal, sin olvidar que los deberes primordiales de la clase trabajadora son: organi-

zación y revolución. Actividad constante sin relegar a segundo término el supremo deber de rebelarse siempre y cuando se pueda, en todo tiempo, lugar y ocasión.

Si los organismos revolucionarios atienden a estas condiciones de su existencia como es debido, fácil será al trabajador cumplir como bueno. Si, por el contrario, esas condiciones son olvidadas, entonces el desdichado esclavo que piensa emanciparse, el hambriento trabajador que combate desesperado contra lo existente, verá amortiguarse día tras día aquel espíritu potente, grande, heroico que provoca y determina las revoluciones, los hechos más notables de la vida humana.

En este período de vacilaciones hay que crearse un medio artificial opuesto al medio social en que vivimos para que, sintiéndonos en parte fuertes en un nuevo modo de existencia más en harmonía con nuestros ideales, sintamos también acrecentarse nuestra energía revolucionaria, nuestra actividad demoledora.

Que el trabajador proceda con decisión, con ardor, con valentía en su tarea. Que el trabajador no descanse ni se detenga en sus empeños. Que el trabajador se lance con denuedo a la vida. Es el factor principal de la revolución que se aproxima. Es el elemento más potente de la renovación universal que preconizamos. Es en medio de la desmoralización creciente de las otras clases sociales, en medio del desorden espantoso que nos rodea, el único que se conserva puro, vigoroso y digno.

Trabajadores todos: vuestro deber es lanzaros sin tardanza a la lucha. Que con vosotros vayan las mujeres, no menos esclavas de la brutalidad burguesa. Que con vosotros vayan vuestros hijos, condenados como vosotros a la esclavitud. Que la agitación penetre en el hogar, en la reunión de amigos, en la plazuela, en la calle, en todas partes. ¡No más transacciones con el presente! ¡No más complacencias con el orden tiránico que nos

entrega a la ley brutal del más fuerte y del más astuto sin armas de defensa! ¡No más obediencia! ¡No más sumisión!

IV

No soñéis trabajadores, con vuestra emancipación si todavía halagan vuestros oídos palabras engañosas de una paz imposible entre explotados y explotadores, entre miserables hambrientos y opulentos propietarios del bien común; no soñéis, no, con el día de vuestra felicidad si aun sois bastante crédulos para esperar del tiempo y de la magnanimidad burguesa una solución pacífica que nos restituya lo que continuamente se nos arrebata, riqueza, libertad y ciencia. Todo acuerdo entre nosotros, los desheredados, y ellos, los acaparadores, ha de fundarse necesariamente en nuestra sumisión, en nuestra esclavitud voluntaria, en el reconocimiento tácito o expreso de sus privilegios. El tiempo por sí sólo nada hace si falta el concurso de los hombres. La magnanimidad burguesa es imposible obtenerla, porque nadie es tan poco conservador que renuncie a lo que posee. Soñáis con imposibles si soñáis tal cosa. Soñáis y creéis que el cordero y el lobo pueden entenderse, que el uno pude renunciar a su presa voluntariamente y que el otro puede creerse seguro a su lado. Sois suicidas si tal creéis.

Yo os canto y os ensalzo una revolución que nos emancipe, porque todo progreso, toda renovación del orden social, porque todo cambio se han verificado siempre por la revolución. Si no basta la realidad abrumadora que lo comprueba, la historia, en último término, lo patentiza de modo irrefutable a nuestra vista; la historia confeccionada por esos mismos que nos explotan, la historia en que sólo han tomado una parte acti-

ya los emancipados hoy, es la que viene a imponernos la necesidad suprema de esa revolución.

Sí: nosotros preconizamos esa revolución, nosotros trabajamos porque sobrevenga cuanto antes, nosotros nos agitamos uno y otro día para llevar al seno de las masas el espíritu de rebelión; porque, sin esa revolución, nuestra esclavitud será eterna, nuestra cobardía incalificable, nuestra complacencia un crimen. Venid a nosotros y vamos todos juntos a conquistar la libertad, a recabar lo que se nos roba para que al fin podamos erguirnos noblemente después de tantos siglos de sumisión.

Sacudid el egoísmo que os hace ver lejano el momento de vuestra emancipación. ¿Quién puede predecir lo que sucederá mañana? ¿Quién puede asegurar que la Revolución Social ha de tardar después de un siglo de mercantilismo y de política constitucional?

Los resortes del sistema imperante se han gastado por completo. Las crisis sobrevienen con rapidez vertiginosa. Las guerras se dibujan en el horizonte próximas a estallar. Las clases dominantes han llegado al máximo de degradación. Todo vacila, todo se tambalea, pronto a caer con horrorísimo estrépito. De otro lado la agitación revolucionaria aumenta asombrosamente. Los elementos socialistas pronuncian y acentúan sus protestas y sus medios de acción. Los hambrientos se ven arrojados a una lucha desesperada. Y los nuevos ideales son ya comunes a todos los países y a todas las razas. ¿Qué falta?

Un momento no más, un momento propicio y la Revolución, la gran Revolución Social estallará, en todas partes a la vez, impotente, amenazadora.

Corred, pues, a uniros con los combatientes; corred a las avanzadas del ejército revolucionario; corred, apresuraos que el tiempo vuela, que los sucesos se precipitan y que quizás lleguéis tarde.

Siglos y más siglos de esclavitud os hacen vacilar; vuestros hábitos pueden más que vuestra razón. ¡Romped, de una vez con el pasado, héroes del porvenir! ¡Romped para siempre con la tradición de esclavos y procamáos hombres libres!

La Revolución Social, pronta, inmediata, requiere vuestro esfuerzo. A combatir, pues; a pelear.

Asociación de fuerzas, agitación permanente, revolución total de lo existente: tal es vuestro deber.

¡A la asociación, trabajadores! ¡A la agitación, obreros! ¡A la Revolución Social, esclavos del presente, parias, ilotas y siervos de siempre! ¡A la Revolución Social, proletarios todos, para reconquistar la libertad, la riqueza y la ciencia!

¡A la Revolución por todo y en todo!



UN VIEJO JOVEN

Apenas había entrado yo en las luchas sociales, se hablaba siempre de él. Serrano y Orteiza, Francisco Tomás, Ruiz, muertos ya, y otros que todavía viven, me hacían el elogio de aquel propagandista de la buena cepa.

Le conocí personalmente en un Congreso obrero celebrado en Madrid. No volví a verle hasta mucho después, a mi paso por Barcelona. Mi cariño y mi admiración hacia él me inducen hoy a consagrarle estas líneas.

En alguno de sus libros está reflejada su vida de propagandista en tiempos que yo no he alcanzado. En la mente de la mayoría de los obreros militantes, y, por tanto, en la mía, presente está su enorme labor como publicista, conferenciante, etc., contemporáneo. Tiene ya muchos años; es viejo y enfermo. Trabaja, no obstante, como vigoroso joven. Es un mozo cuya sobreactividad no tiene ejemplar. El dolor no le rinde; los años no le agotan. Tiene una cabeza firme, saturada de lógica, y una pluma viril puesta al servicio de la verdad.

Se dijo de Pí y Margall que era un viejo joven, el más joven de los jóvenes. Caso singular: otro tanto puede decirse del que no ha dejado pasar momento, circunstancia propicia sin poner al descubierto, con severa crítica, las contradicciones políticas del gran pensador. Se parecen en su vida y en sus luchas por los

ideales de justicia como una gota de agua a otra gota. El obrero no tiene gran cosa que envidiar al que fué gobernante, gloria nacional, filósofo profundo, hombre honrado hasta la exageración.

Ahora, en las postrimerías de su existencia, se produce con mayor claridad, con mayor energía, si cabe, que en tiempos de la mocedad. La precisión de su estilo y de sus razonamientos es aplastante. Su actividad, insuperable. Sus trabajos originales, sus traducciones, sus conferencias se suceden casi sin solución de continuidad. No se sabe de dónde saca el tiempo para tanto este hombre singular.

Cualesquiera que sean sus puntos de vista, y, naturalmente, no comparto todas sus opiniones, tienen un mérito particular; es a saber: que están siempre expuestos con rigor metódico, sin lugares comunes, sin desplantes ni palabras gruesas de mal gusto. Su obra se dirige invariablemente a la razón. No quiere herir, sino convencer.

Si como escritor, si como propagandista vale mucho, como hombre vale tanto. Es imposible que no inspire simpatía a quien llegue a tratarle o a conocerle. Su vida es en una sola pieza, vida de puritano.

Que se me excuse si hago públicamente el elogio de un compañero. Quebranto algo que es habitual entre anarquistas; algo que es parte esencial de mis propias ideas. No importa. Se trata de un viejo joven, joven entre los jóvenes, cuya obra bien vale la justicia que le hago. Este viejo joven, amigo apenas tratado, con quien no hablé arriba de dos veces, se llama — y la sola enunciación de su nombre explicará mi conducta —, se llama, digo, Anselmo Lorenzo.

Que él perdone el mal rato que le doy.

La bancarrota de las creencias

A MI HERMANO J. PRAT

La fe tuvo su tiempo; tuvo también su quiebra ruidosa. No quedan en pie a estas horas, sino solitarias ruinas de sus altares.

Si preguntáis lo mismo a las gentes cultas que a las que todavía llevan taparrabo intelectual, y quieren contestaros en conciencia, os dirán que ha muerto para siempre la fe: la fe política, la fe religiosa, hasta la fe científica, que ha defraudado tantas esperanzas.

Muerto todo el pasado, las miradas se dirigieron al sol naciente. Las ciencias tuvieron sus himnos triunfales. Y sucedió que la multitud dióse nuevos ídolos, y ahora mismo andan por ahí los conspícuos de las creencias nuevas predicando a diestro y a siniestro las excelsas virtudes de la dogmática científica. La logorrea peligrosa de encomiásticos adjetivos, la charla sempiterna de los labios de guardarropía, nos pone en trance de que con razón se proclame la bancarrota de la ciencia.

En realidad de verdad no es la ciencia la que quiebra en nuestros días. No hay una ciencia, hay ciencias. Y lo que no existe no puede quebrar. Si se pretendiera todavía que aquello que está en perpetua formación, aquello que constituye o va constituyendo el caudal de los conocimientos, hace bancarrota en nuestra época, demostraríanos únicamente quien tal dijera, que buscaba en las ciencias lo que ellas no pueden darnos. No

quiebra la labor humana de investigar y conocer; lo que quiebra, como antes se quebró la fe, son las creencias.

La comodidad de creer sin examen, unida a la pobreza de la cultura general, ha dado por resultado que a la fe teológica haya sucedido la fe filosófica, y más tarde la fe científica. Así, a los fanáticos religiosos y a los fanáticos políticos, siguen los creyentes de una multitud de "ismos", que si abonan la mayor riqueza de nuestro entendimiento semi-emancipado no hacen sino confirmar las atávicas tendencias del humano espíritu.

Pero ¿qué significa el clamoreo que a cada paso se levanta en el seno de partidos, escuelas y doctrinas? ¿Qué es ese batallar sin tregua entre los catecúmenos de una misma iglesia? Es sencillamente que las creencias quiebran.

El entusiasmo del neófito concurre lo mismo que la aparición de nuevas doctrinas a la elaboración de las creencias. Se anhela algo mejor, se busca un ideal, se desea ejercitar las actividades en algo noble, elevado, grande, y apenas hecho ligero examen, si se topa con la nota que repercute armónicamente en nuestro entendimiento y en nuestro corazón, se cree. La creencia arrástranos entonces a todo; dirige y gobierna nuestra existencia entera; absorbe todas nuestras facultades. De este modo es como las capillas, como las iglesias, chicas o grandes, se alzan por todas partes. La creencia tiene sus altares como los tuvo la fe.

Mas hay una hora fatal, inevitable, de interrogaciones temibles. Y esta hora es aquella en que un pensamiento maduro se pregunta a si mismo la razón de sus creencias y de sus amores ideológicos.

La palabra ideal, que era algo así como la nebulosa de un dios en cuyo altar quemábanse el incienso de nuestros entusiasmos, se bambolea entonces. Algo se desmorona dentro de nosotros mismos. Vacilamos como edificio cuyos cimientos flaquearan. Sentímonos molestos

con los compromisos de partido y de opinión, tal como si nuestras propias creencias llegaran a convertirse en atadero inaguantable. Creíamos en el hombre y ya no creemos. Afirmábamos en redondo la virtud mágica de ciertas ideas y ya no osamos afirmarla. Gozábamos el entusiasmo de una regeneración positiva e inmediata y ya no lo gozamos. Sentimos miedo de nosotros mismos. ¡Qué prodigioso esfuerzo de voluntad para no caer en la más espantosa vacuidad de ideas y de sentimientos!

Allá va la multitud arrastrada por la verbosidad de los que no llevan nada dentro y por la ceguera de los que creen andar repletos de grandes e incontestables verdades. Allá va la multitud prestando con la inconsciencia de su acción vida aparente a un cadáver cuyo enterramiento no espera sino la voluntad fuerte de una inteligencia genial que arranque la venda de la nueva fe.

Pero el hombre que piensa, que medita sobre sus opiniones y sus actos, en la silenciosa soledad a que le lleva la insuficiencia de las creencias, esboza el comienzo de la gran catástrofe, presiente la bancarrota de todo lo que mantiene a la humanidad en pie de guerra.

Las polémicas ruidosas de los partidos, las batallas diarias de personalismos, de enconos, de odios y de envidias que ponen de relieve todas las vanidades, todas las ambiciones, todas las pequeñas y grandes miserias que cogen al cuerpo social de arriba a abajo; no significan otra cosa sino que las creencias hacen quiebra por doquier.

Dentro de poco, tal vez ahora mismo, si profundizáramos en la conciencia de los creyentes, de todos los creyentes, no hallaríamos sino dudas e interrogaciones. Confesarán pronto sus incertidumbres todos los hombres de bien. Sólo quedarán afirmando la creencia cerrada aquellos que de afirmarlo saquen algún provecho, del mismo modo que los sacerdotes de las religiones y los

augures de la política continúan cantando las excelencias de la fe que aun después de muerta les da de comer. ¿Es acaso, qué la humanidad va a precipitarse en el abismo de la negación final, la negación de sí misma?

No pensemos como viejos creyentes que lloran ante el altar que se derrumba. La humanidad no hará otra cosa que romper otro anillo de la cadena que la aprisiona. El estrépito importa poco. Quien no se sienta con ánimos para resistir al derrumbamiento, hará bien en retirarse. Hay siempre caridad para los inválidos.

Creímos que las ideas tenían la virtud soberana de regenerarnos, y nos hallamos ahora con que quien no lleva en sí mismo elementos de pureza, de justificación y de veracidad, no los puede tomar a préstamo de ningún ideal. Bajo el influjo pasajero de un entusiasmo virgen parecemos renovados, mas cabo el medio ambiente recobra su imperio. La humanidad no se compone de héroes y genios; y así, aun los más puros, se hunden al fin en la inmundicia de todas las pequeñas pasiones. La hora en que quiebran las creencias es también la hora en que se conoce a todos los defraudadores.

¿Estaremos en un círculo de hierro? Más allá de todas las hecatombes, la vida brota de nuevo. Si las cosas no se modifican conforme a nuestras tesis particulares, si no suceden tal como queremos que sucedan, ello no abona a negación de la realidad de las realidades. Fuera de nuestras pretensiones de creyentes, la modificación persiste, el cambio contínuo se cumple, todo evoluciona, medio, hombres y cosas. ¿Cómo? ¿En qué dirección? ¡Ah! Eso es precisamente lo que queda a merced de la inconsciencia de las multitudes: eso es lo que en último término decide un elemento extraño a la labor del entendimiento y de las ciencias: la fuerza.

Después de todas las propagandas y de todos los progresos de los tiempos, la humanidad no tiene, no

quiere tener más credo que la violencia. ¿Acierta? ¿Se equivoca?

Y es fuerza que aceptemos las cosas como son, y que, aceptándolas, no flaquee nuestro espíritu. En el momento crítico en que todo se desmorona en nosotros y alrededor de nosotros; cuando nos penetramos de que no somos ni mejores ni peores que los demás; cuando nos convencemos de que el porvenir no se encierra en ninguna de las fórmulas que aún nos son caras, de que la especie no se conformará jamás a los moldes de una comunidad determinada, llámese A o llámese B; cuando nos cercioramos, en fin, de que no hemos hecho más que forjar nuevas cadenas, doradas con nombres queridos, en este momento decisivo es menester que rompamos todos los cachivaches de la creencia, que cortemos todos los ataderos y resurjamos a la independencia personal más firmes que nunca.

Si se agita una individualidad vigorosa dentro de nosotros, no moriremos moralmente a manos del vacío intelectual. Hay siempre para el hombre una afirmación categórica, el "devenir", el más allá que se aleja sin tregua y tras el cual es preciso correr, sin embargo. Corramos más aprisa cuando la bancarrota de las creencias es cosa hecha.

¿Qué importa la seguridad de que la meta se alejará eternamente de nosotros? Hombres que luchen, aun en esta convicción, son los que se necesitan; no aquellos que en todo hallan elementos de medro personal; no aquellos que nacen de los intereses de partido banderín de enganche para la satisfacción de sus ambiciones; no aquellos que, puestos a monopolizar en provecho propio, monopolizarían hasta los sentimientos y las ideas.

También entre los hombres de aspiraciones más sanas se hace plaza el egoísmo, la vanidad, la petulancia necia y la ambición baja. También en los partidos de ideas más generosas hay levadura de la esclavitud y de la

explotación. Aun en el círculo de los más nobles ideales pupulan el charlatanismo y el endiosamiento; el fanatismo, pronto a la intransigencia con el amigo, más pronto a la cobardía con el adversario; la fatuidad que se hombrea al amparo de la ignorancia general. En todas partes la mala hierba brota y crece. No vivamos de espejismos.

¿Dejaremos que nos aplaste la pesadumbre de todo lo atávico que resurge, con nombres sonoros, en nosotros y alrededor de nosotros?

Erguirse firme, más firme que nunca, poniendo la mira más allá, siempre más allá de una concepción cualquiera, revelará al verdadero luchador, al revolucionario de ayer, de hoy y de mañana. Sin arrestos de heroe, es menester pasar impávido al través de las llamas que consumen la mole de los tiempos, arriesgarse entre las maderas que crujen, los techos que se hunden, los altos muros que se desploman. Y detrás no quedarán sino cenizas, cascote, informes escombros que habrán aplastado la mala hierba. Para los que vengan después no restará más que una obra sencilla: desembarazar el suelo de obstáculos sin vida.

Si la caída de la fe ha permitido que en campo fértil del humano espíritu crezca la creencia, y la creencia a su vez vacila y se inclina marchita hacia la tierra, cantemos la bancarrota de la creencia, porque ella es un nuevo paso en el camino de la libertad individual.

Si hay ideas, por avanzadas que sean, que nos han atado al cepo del doctrinarismo, hagámoslas añicos. Una idealidad suprema para la mente, una grata satisfacción para el espíritu desdeñoso de las pequeñeces humanas, una fuerza poderosa para la actividad creadora, puesto el pensamiento en el porvenir y el corazón en el bienestar de todos los hombres, quedará siempre en pie, aun después de la bancarrota de todas las creencias.

En estos momentos, aunque se espanten los mentecatos, aunque se subleven todos los encasillados, bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere; más allá de la anarquía hay también un sol que nace, que en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto.



El Anarquismo naciente

Nunca segundas partes fueron buenas. Pero amigos queridos que, juzgando buena la primera, decidieron editarla en folleto, me piden que amplíe la materia en unas cuantas cuartillas más, y no puedo ni quiero negarme.

Escribí "La bancarrota de las creencias" en un momento de dolorosas impresiones por el derrumbamiento de algo que vive en la ilusión, mas no en la realidad, que juega a veces con las ideas y con los afectos para darnos el tormento de nuestra propia impotencia y de nuestros propios errores reconocidos.

No cede la verdad sus fueros a los convencionalismos ideológicos, y los que nos preciamos de rendirla culto, ni aun por sentimiento de solidaridad, mucho menos por espíritu de partido, habíamos de sacrificar la más pequeña parcela de aquello que entendemos está sobre todas las doctrinas.

Quien quiera que haya seguido atento el desenvolvimiento gradual de las ideas revolucionarias, del anarquismo principalmente, habrá visto que en el curso del tiempo llegaron a cristalizar en los cerebros ciertos principios a modo de condiciones infalibles de la verdad absoluta. Habrá visto cómo se han ido elaborando pequeños dogmas y cómo por el influjo de un misticismo extraño se llegó, en fin, a la afirmación de credos cerrados, pretendiendo nada menos que la posesión de toda la

verdad, la verdad de hoy y de mañana, la verdad de siempre. Y habrá visto, cómo después de nuestros escarceos metafísicos, nos hemos ido quedando con las palabras, con los nombres, y vacíos por completo de ideas. Al culto a la verdad sucedió la idolatría por la nomenclatura sonora, la magia del efectismo, casi la fe en la fortuíta combinación de las letras.

Es el proceso evolutivo de todas las creencias. El anarquismo, que nace como crítica, se trueca en afirmación que toca los linderos del dogma y de la secta. Surgen los creyentes, los fanáticos, los entusiastas del nombre. Y surgen también los teorizantes que hacen de la anarquía un credo individualista o socialista, colectivista o comunista, ateo, materialista, de esta o de la otra escuela filosófica. Finalmente nacen en el seno del anarquismo los particularismos por la vida, por el arte, por la belleza, por la superhombría o por la irreductible egoística independencia personal. Se parcela así la síntesis ideal y, poco a poco, hay tantas capillas como propagandistas, tantas doctrinas como escritores. El resultado es fatal: caemos en todas las vulgaridades del espíritu de partido, en todas las pasioncillas del personalismo, en todas las bajezas de la ambición y de la vanidad.

¿Cómo poner la llaga al descubierto sin tocar a las personas, sin convertir el asunto en piedra de escándalo, en materia de nuevas acusaciones e injurias?

Que el anarquismo ha llegado a ser para muchos una creencia o una fe, ¿quién ha de negarlo? Pues porque ha llegado a serlo y por serlo se han provocado apasionadas contiendas, divisiones injustificadas, exclusivismos dogmáticos, es por lo que, cumplida la evolución, la bancarrota de las creencias, realidad en los hechos, debe ser proclamada sin rebozo por cuantos amamos la verdad.

Cuando el anarquismo ha ganado más terreno, debía surgir necesariamente la crisis. La inquietud se manifiesta en todas partes. Libros, revistas, periódicos, reuniones reflejan los efectos del raro contraste producido por el choque de tantas opiniones que se han colado de rondón en el campo anarquista. En pugna abierta los particularismos doctrinales, caen uno a uno en la batalla de las creencias. Ninguna está firme, no puede estarlo, bajo pena de auto-negación.

La ilusión de un anarquismo cerrado, compacto, uniforme, puro y fijo como la fe inmaculada en lo absoluto, pudo vivir en los entusiasmos de momento, en las imaginaciones febriles, ansiosas de bondad y de justicia; pero exhaustas de verdad y de razón. Muere fatalmente cuando el entendimiento se aclara y el análisis desgaja las entrañas de la idealidad. Y llega el momento supremo de hacer añicos las propias creencias, de romper los cachivaches ideológicos adquiridos en tal o cual autor, en el amorío con esta o la otra tesis social o filosófica. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué continuar batallando a nombre de puerilidades pseudo-científicas y semilógicas? La verdad no se encierra en un punto de vista exclusivo; no se guarda en arcas de frágil tabla; no está ahí a la mano ni al alcance del primer osado que resuelva descubrirla. Como las ciencias, como todo lo humano está en formación, estará perpétuamente en formación. Estamos y estaremos siempre obligados a caminar tras ella por tanteos sucesivos, que no de otra suerte se forma el cuadal de los conocimientos y se establece la certidumbre.

Es así como el anarquismo será superado. Y cuando hablo del anarquismo y digo que bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere, y que se presiente más allá de la anarquía un sol, que nace porque en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto, es del anarquismo doctrinario, que forma escuela, que

levanta capillas, que edifica altares, del que digo que hace quiebra. Sí; más allá de este momento necesario de la bancarrota de las creencias, está la amplia sintesis anarquista que recoge de todos los particularismos afirmados, de todas las tesis filosóficas, de todos los avances formidables de la común labor intelectual, las verdades establecidas bien comprobadas, por cuya demostración toda lucha es ya imposible. Esta síntesis amplísima, expresión acabada del anarquismo que abre sus puertas a todo lo que llega del mañana y a todo lo que queda firme y fuerte del ayer y se reafirma en el embate del hoy que escudriña lo desconocido, esta síntesis es la negación terminante de toda creencia.

No es menester gritar ¡abajo las creencias! Ellas perecen a sus propias manos .La creencia es un obstáculo al conocimiento, como la fe. Y en el rebullir inquieto de cuantos nos decimos anarquistas, las creencias fracasan. No lo ocultemos. Que cada uno arroje de si la vieja dogmática de sus opiniones, los amores de su predilección filosófica y, lanzando el espíritu por los anchos senderos de la investigación sin trabas, llegue hasta la concepción del anarquismo consciente, viril, generoso, que no riñe sino con los convencionalismos y con los errores y tiene tolerancia para todas las ideas, pero que no acepta, ni aun a título provisorio, sino aquello que esté bien comprobado.

Este anarquismo es el que se halla en formación callada, es el que se elabora lentamente en las creencias capaces de sentir la presión de los atavismos que surgen por doquier, es el que me hizo escribir "La bancarrota de las creencias": un grito de protesta contra la realidad del rebaño anarquista, de aliento para la independencia personal, de expansión para el ideal que cada día vive más fuerte en mí y me anima a la pelea por un porvenir que no he de gozar, pero que será de justicia, de bienes-

tar y de amor para los hombres de mañana. Este anarquismo es el anarquismo naciente, capaz de recoger en su seno todas las tendencias libertarias, de alentar todas las nobles rebeldías, de imprimir a los espíritus generosos el impulso de la libertad en todas direcciones, sin cortapisas y sin perjuicios, con la sola condición de que el exclusivismo no levante murallas chinescas y de que el entendimiento se entregue por entero y sin reservas a la verdad que late vigorosa en las más diversas modalidades del ideal nuevo.

Ya no se dirá a nombre del anarquismo: ¡no más allá! La justicia absoluta, revivida en el dogma que muere, no será sino la meta indeterminada que cambia según se desenvuelve la mentalidad humana. Y no caeremos de nuevo en el extraño y singular error de fijar un límite, por lejano que sea, al progreso de las ideas y de las formas de conveniencia social.

El anarquismo naciente proclama el más allá inacabable después de haber derribado todos los valladares del secular absolutismo intelectual de los hombres.

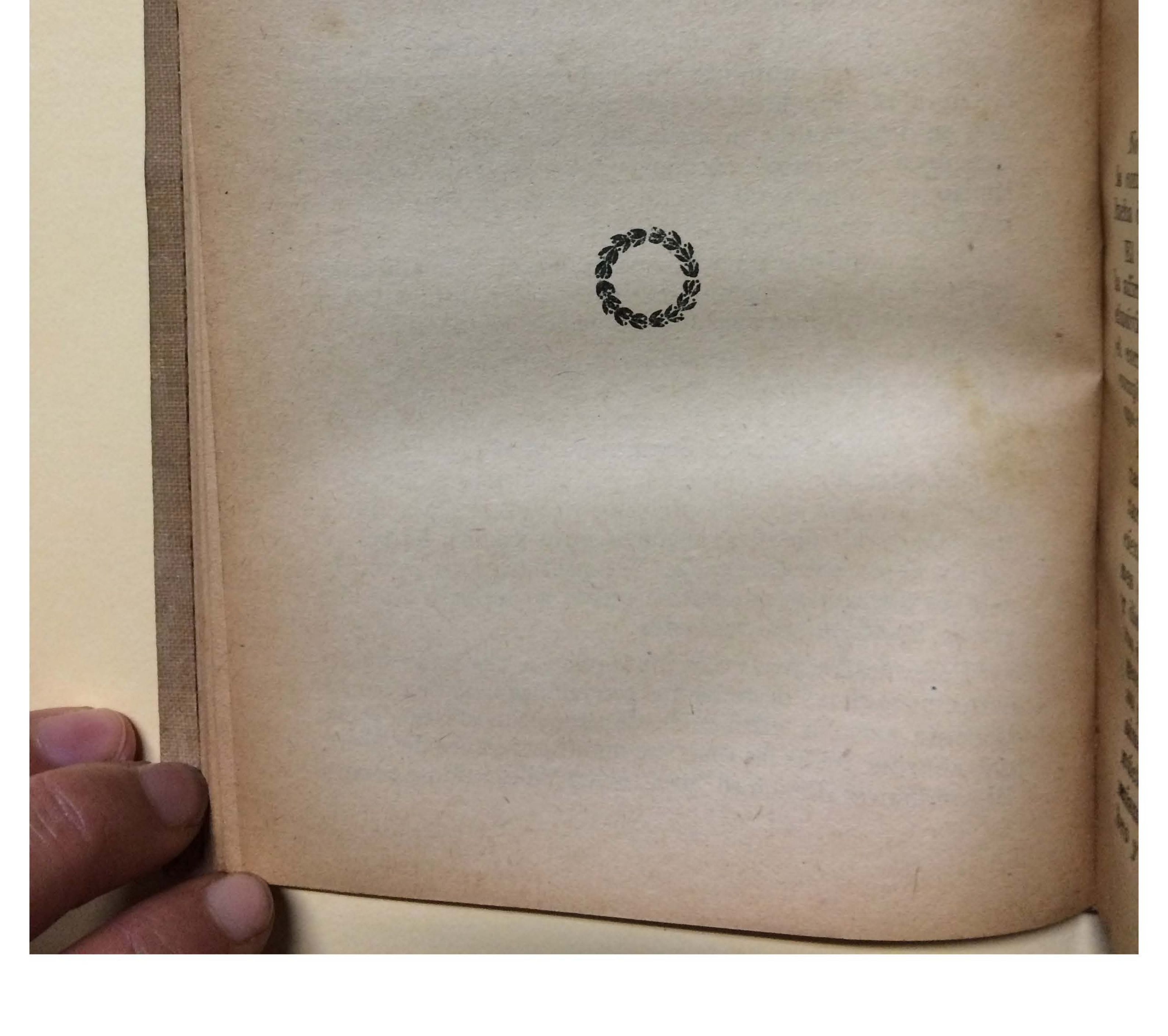
¿No creéis que fracasan actualmente todos los particularismos doctrinales, todas las teorías; que se derrumban todas las fábricas de cascote levantadas torpemente para mayor gloria de dogmas nuevos? ¿No creéis que la bancarrota de las creencias es el último anillo de la cadena humana que se quiebra y nos ofrece la amplitud total de la idealidad anarquista pura y sin mácula?

La fe os habrá cegado. Y haréis bien en renunciar a la palabra libertad; que se puede ser rebaño aun dentro de las ideas más radicales.

Por nuestra parte nos limitamos a registrar un hecho: anarquistas de todas las tendencias caminan resueltamente hacia la afirmación de una gran síntesis social que abarque todas las diversas manifestaciones del ideal. El caminar es silencioso; pronto vendrá el ruidoso rompi-

miento si hay quien se empeñe en continuar amarrado al espíritu de camarilla y de secta.

Quien no se haya emancipado por el mismo quedará rezagado con el movimiento actual y será en vano que busque redentores. **Morirá esclavo.**



La lucha de clases

No se puede sostener con razón en nuestros días que la contienda social se encierre en los términos de la lucha de clases.

El socialismo contemporáneo arranca, es cierto, de la afirmación rotunda de esa lucha, y en el espíritu exclusivista de clase se amparaba y se ampara. Mas en el correr del tiempo, la evolución de las ideas se ha cumplido y estamos muy lejos de las murallas chinas que partían, por gala, en dos a la sociedad humana.

A la hora presente, hay más socialistas y anarquistas en la clase media modesta que en las filas del proletariado. Los obreros, en general, permanecen inconscientes de sus derechos, dormidos para las aspiraciones emancipadoras, interesados a lo mas por pequeñas y discutibles ventajas de momento. Los militares obreros del socialismo y del anarquismo son, por lo regular, gentes escogidas por su ilustración por sus gustos, por su peculiar intelectualidad. Pero fuera de esta pequeñísima minoría, el socialismo y el anarquismo tienen el núcleo principal y más numeroso de sus adeptos en el mismo seno de la burguesía. La literatura social, el libro y el folleto de propaganda, están hoy en todas las

bibliotecas modestas o suntuosas de la clase media, mientras faltan en la inmensa mayoría de las casas obreras. A cuenta de nuestros tiempos, puede abonarse el éxito enorme de la literatura social en estos últimos años y ha sido precisamente la pequeña burguesía quien ha coronado con el más brillante triunfo los esfuerzos del proselitismo.

En el terreno de los intereses, las líneas fronterizas se borran cada vez más. Es difícil señalar dónde acaba un particularismo y empieza otro. Las luchas sociales agitan y suscitan una multitud de cuestiones imprevistas; entrelazan y mezclan los más opuestos bandos, y provocan frecuentemente antagonismos inesperados, que cambian por completo la faz de las cosas. Una simple huelga que comienza interesando únicamente a un oficio cualquiera, conmueve a lo mejor la sociedad toda, generalizándose la contienda; se dividen o se juntan las opiniones, se exasperan los egoismos, se exaltan las pasiones, y a veces, lo que proviene de una insignificante diferencia de dinero o de tiempo, se trueca en profundo problema de ética, que galvaniza y sacude fuertemente todas las energías humanas.

Por otra parte, la misma organización capitalista ha producido un cierto sedimiento de rebeldía fuera del campo societario y socialista. No sólo las ideas de emancipación aprendidas en el libro, en el periódico o en el mitin, sino también el anhelo, el vivo deseo, casi la voluntad firme de emanciparse ha surgido entre la numerosa clase situada entre la espada del obrerismo y la pared del capitalismo. Abogados, médicos, literatos, artistas, ingenieros, pequeños industriales y comerciantes, todos los que viven a la burguesa sin el dinero que posee la verdadera burguesía, sienten el socialismo más vivamente que muchísimos obreros, y si bien no se suman al movimiento de emancipación, si no «militan» en las filas de la revolución, hacen ellos más por la difusión de

las ideas que la mayoría de los que se dejan llamar socialistas sin entender una palabra de socialismo. Acaso el atavismo de clase pese sobre ellos; pero indudable es también que del otro lado hay todavía parapetos y reductos que no permiten penetrar en la fortaleza a quien no conozca bien la contraseña. A caso también sucede que la manera socialista obrera, que tiene mucho de exclusivista, mucho de mecánica y mucho de rebaño, no cuadra bien a gentes a quienes interesan más las cuestiones de idealidad que el magno problema del pan. Porque de cualquier manera que sea, y nos referimos ahora a la pequeña burguesía inteligente, estudiosa y trabajadora, estos elementos sociales habituados al individualismo ambiente, no se conforman de ningún modo con el régimen de disciplina y ordenancista del socialismo autoritario, ni tampoco con las osadías del anarquismo resuelto que salta por encima de todo convencionalismo y riñe de frente con todo lo estatuído. Hay una solución de continuidad que imposibilita por el momento la formación de un gran núcleo social, pronto al asalto y a la batalla decisiva por el porvenir presentido.

En los mismos movimientos obreros, suele ocurrir que una huelga determinada despierta grandes simpatías entre las clases medias, mientras la masa general de los obreros la ve con indiferencia, o una parte de esa misma masa traiciona a los luchadores.

Poco a poco va infiltrándose en el socialismo, cualquiera que sea su manera, la tendencia a los movimientos de interés general como la huelga de los inquilinos, la fiscalización del peso del pan y de la calidad de los alimentos, la resistencia a la fabricación de productos nocivos, etc., etc.

Todos estos hechos y otros que pudiéramos señalar, hacen patente el decaimiento del espíritu de clase y nos muestran que el campo de lucha se ensancha por mo-

mentos. Y es que a la postre, aún cuando el «materialismo histórico» sea el punto de partida, aún cuando sea la seguridad del pan para todos la gran cuestión de las cuestiones, toda contienda humana acaba necesariamente en una cuestión de ética, de idealidad, por lo mismo que acaso lo de menos para la mayoría de los hombres es la satisfacción de las necesidades materiales.

Toda la cuestión social, todo el sentido íntimo del socialismo, genéricamente hablando, se reduce a esto: a asegurar a todos los hombres la vida material para que puedan desenvolverse moral e intelectualmente de un modo tan libre como indefinido. Representa así la más alta y la más noble de las aspiraciones que haya podido formular la filosofía.

Por eso nosotros, anarquistas, podemos y debemos decir: «La revolución que nosotros preconizamos va más allá del interés de tal o cual clase; quiere llegar a la liberación completa e integral de la humanidad, de todas las esclavitudes políticas, económicas y morales».



Por el derecho individual

¿Qué es la sociedad? Una agrupación indefinida de individuos. Menos que un agregado o una suma, pues se dan en ella multitud de sumas, pero no una resultante total definida y concreta. Y una agrupación de individuos, un agregado si se quiere, ¿es algo distinto de éstos, que puede más y vale más que éstos? ¿Es la sociedad acaso un ente superior con personalidad propia, diferenciada de sus componentes? En rigor, la sociedad es una abstracción de nuestra mente, necesitada de expresar de algún modo un conjunto ideal más bien que real.

Así como del todo y de la nada no poseemos sinó abstracciones que la observación cotidiana de lo limitado y concreto nos sugiere, así de la sociedad como conjunto no poseemos más que una simple derivada de una operación mental necesaria.

Sí, pues, la sociedad carece de personalidad efectiva, ¿dónde reside la razón del pretendido derecho social? ¿Qué es en sí mismo ese derecho? Nada; una metafísica; una teología política. Es la superstición religiosa, desarrollada y fomentada en el orden de la vida ordinaria.

Así como en nombre de la superstición religiosa han sido sacrificados miles de seres generosos que vivían para el porvenir; así como en nombre de la superstición

religiosa se ha condenado, excomulgado y proscripto la verdad contínuamente, así en nombre de la superstición política del derecho social es sacrificada la personalidad humana, desconocido y atropellado el derecho individual, ahogada en sangre la verdad que formula atrevidamente el hombre de ciencia o el que generosamente pretende poner término a las desdichas de sus semejantes, o el que, en fin, trata de hacer valer su propio derecho ante la fuerza brutal del número. Al amparo del derecho social, por causa de salud pública, como dicen los revolucionarios místicos, se impone al individuo toda clase de torturas y vejámenes. Al amparo del derecho social y siempre por causa de salud pública, se sacrifica cuanto estorba, se mutila diariamente ese mismo cuerpo social, elevado a la categoría de ser superior y todopoderoso. Si es preciso cortar la cabeza a veinte o cien mil seres humanos para que los demás obtengan tales o cuales ventajas, siempre ficticias, caerán bajo el hacha del verdugo cien o veinte mil cabezas humanas. Si es preciso cercenar derechos y libertades, será todo cercenado con tal que la vindicta social quede satisfecha. Si es necesario llevar al matadero del campo de batalla dos o más pueblos que ningún rencor tienen entre sí, al matadero serán llevados, sin que por eso se estremezca la conciencia de los sabios legisladores que, en nombre del derecho social, cuidan y velan por la salud de la humanidad. El derecho social es la encarnación política de la idea de Dios. Cuanto en nombre de esta última se ha impuesto a la humanidad, haciéndola recorrer un calvario de sufrimientos terribles, se nos impone hoy en nombre de la primera por los revolucionarios «sui géneris» de la política, obligándonos a caminar bajo la acción de contínuos suplicios morales y materiales.

Frente al pretendido derecho social, urge levantar muy alta la bandera de la individualidad libre. Frente

al despotismo de grupo, es menester reivindicar la independencia y el respeto a la personalidad humana.

Mi derecho, mi libertad, mi salud, mi bienestar, valen tanto como el derecho, la libertad y la salud de los demás. No tolero ni consiento la imposición ni de uno ni de ciento. La fuerza numérica es para mí nula. Cada uno es libre de obrar como le plazca. Si los hombres necesitamos prestarnos auxilio, y sí lo necesitamos, libremente debemos buscarlo, asociándonos, cooperando a los fines comunes. Pero esto lo haremos y queremos hacerlo nosotros mismos, por volición propia, no por imposición de nadie.

El derecho social, juntamente con la ley de las mayorías, representa la eterna tutela de los pueblos, el sacrificio del individuo, la anulación del pensamiento y la muerte de los más caros afectos. Contra esta nefasta doctrina, el socialismo revolucionario proclama la completa independencia personal y la libertad de acción para todos los humanos en un mundo de igualdad, de solidaridad y de justicia.



LOS COTOS CERRADOS

Rondando la verdad y por fuera de ella, las cosas no son como son, sino como se quiere que sean. Razonar es frecuente gimnasia que deslumbra; filosofar, maravilloso arte que encanta; teorizar, taumaturgía que seduce, alucina, hipnotiza. Y razonando, filosofando y teorizando, se alzan suntuosos edificios que la más suave brisa desmorona. Tan frágiles y deleznables son sus fundamentos.

He aquí que los hombres abren surcos en la tierra, colocan en ellos recios mampuestos, levantan sobre éstos sólidos muros. Cada uno cierra su coto. Y comienza la maravillosa obra de arte. Aquí, en caracteres fulgurantes, la palabra «idealismo», Allá, en férreos signos, la palabra «materialismo». Por doquier palabras y palabras. Deismo, panteismo, aristocracia, democracia; autoridad, libertad; creación, evolución. Hay andamiajes para todos los gustos. Los artífices llevan nombres gloriosos: Platón y Aristóteles; Descartes, Kant, Hegel y Spencer. Descubrámonos reverentes ante tal grandeza.

Ya estamos separados en sectas, escuelas y partidos. Mil bifurcaciones, mil ramas, mil matices más esculpen en la historia otros tantos nombres imperecederos. Cada uno elige su coto y allá nos encerramos con una lógica propia, con una peculiar filosofía, con una tésis que ex-

cluye, que disgrega, que separa. El pensamiento queda esclavo de su propia obra.

Sistematizar es labor de ciencia y sistematizando nos cerramos a la ciencia: dogmatizamos. He ahí la razón de todo coto cerrado.

Alegrémonos de que se derrumben los muros; de que se vengan abajo los palacios. Hay arte y belleza y ciencia en todos; ninguno es el arte, ni la belleza, ni la ciencia. Obra de los siglos que fueron y de los que vendrán, jamás estará conclusa.

Más allí donde se alzare un nuevo andamiaje, donde se abrieren nuevos surcos y se edificaren nuevos muros, compareced con vuestros picos demoledores y no dejéis piedra sobre piedra. El pensamiento requiere el espacio sin límites, el tiempo sin término, la libertad sin mojones. No puede haber teorías acabadas, sistematizaciones completas, filosofías únicas, porque no hay una verdad absoluta, inmutable; hay verdades y verdades, adquiridas o por adquirir. Filosofar y razonar es aceptar las unas, investigar las otras. No más. Analicemos, investiguemos, guardándonos de acortar nuestro propio entendimiento. A esta condición, gimnasia, arte y taumaturgia intelectual tienen ancho campo de acción y de expansión.

Y si halláreis en vuestro camino quien intente deteneros ante las magias del ideal o ante las realidades de la materia o ante las impulsiones de la pasión, reflexionad andando.

Ideal, si; aspiraciones nobilísimas de humano intelecto que vuela hácia la Belleza, hácia la Justicia, hácia el Amor, saludadlas con la emoción de lo divinamente humano, grande sobre todas las grandezas.

Materia, si; realidad objetiva de todo lo que existe, que soporta todo lo pasado, todo lo presente y todo lo venidero; arcano donde la idea fragua el futuro, compedia la naturaleza y forja las leyes de la existencia

universal, abrazadla con el amor de si mismo, de la propia carne y de los propios huesos de la propia substancia y de la propia fuerza, que ella es trasunto acabado y definido de lo que no tiene principio ni fin, ni en el tiempo ni en el espacio.

Pasión, sí; flujo poderoso, magnetismo irresistible de la sustancia y de la fuerza; motor grandioso de la acción y de la vida; impulso y atracción, amor y odio; reverenciadla como el alma inagotable de todo lo que es arte y sentimiento, razón e idealidad.

Sin pasión es el hombre bloque berroqueño en la indiferencia de la materia inerte. Su ideal, es como el cerdo que chapotea la bazofia que le engoda. Sin materia, vísceras, órganos, arterias, miembros, sería como esas alucinaciones de los vesánicos creadores de espíritus, que forjan realidades allí donde no hay más que delirios.

Soñad cuanto queráis, apasionaos como queráis, pero reflexionad andando, que sois cuerpos reales con órganos y necesidades reales; que la idea es cosa grande, magnífica; el sentimiento cosa bella, óptima; y el estómago una víscera que requiere alimentos, el cerebro un órgano que demanda oleadas de sangre rica, el cuerpo un organismo maravilloso que se nutre de cereales y carnes y también de ideas. Un buen trozo de pan lleva en sus átomos las más geniales creaciones de los Platón; los Aristóteles, los Kant y los Spencer.

Conquistad, pues, el pan y también el ideal: todo en suma, pan para el cuerpo, pan para el alma, pan para el cerebro. Y que los artífices de cotos cerrados se queden en la soledad de sus vetustos palacios.

Diálogo acerca del escepticismo

—Nada, amigo mío; que las ideas hechas son una verdadera calamidad. Están en la circulación como las patatas, como los zapatos, como las letras de cambio, y parecen indispensables. Ellas son los útiles de las inteligencias mecanicistas. Y claro, no resulta comprensible aquel que no se acomoda a los preconceptos usuales. Es un monedero falso que perturba la circulación.

—Pues a mí me parece que el escéptico no distingue de valores y los acepta todos aunque no crea en su legitimidad. El hombre sin creencias, no digo sin fe, que es ciega, resulta realmente incomprensible y repugna desde luego al buen sentido que acierta reputándolo falsario.

—No hablemos del escéptico vulgar, del hombre degradado que tiene del esceptismo las plumas brillantes y de la corrupción de la entraña. No hablemos tampoco del escepticismo de escuela. En el sentido corriente de la palabra, escéptico es el hombre culto cuyos distintivos son un fuerte espíritu de análisis y la rebeldía al encasillamiento intelectual. Las gentes ilustradas, así entre las clases pudientes como entre las menesterosas, propenden cada vez a la duda y tienen el furor de examinarlo todo contínua y porfiadamente. Las creencias están en bancarrota.

—Bien, lo que quieras; pero aún así el escepticismo es dañoso porque mata el espíritu de iniciativa y de acción. Hombre sin idea directora es como ciego sin guía. Camina a tientas, vacila y, en fin de cuentas, no sabe nunca si avanza, retrocede o se está quedo. Conoce e ignora a un mismo tiempo todas las cosas y permanece inactivo, incapaz de decidirse. El escéptico es un aborto.

—Un tantico extremas el argumento. Observa que la distinción entre la fe y la creencia es pura sutileza. Una creencia cualquiera nos pone fuera de la realidad del resto del mundo. Todo lo que no cae dentro de la creencia se tiene por falsa y por irreal. El creyente, como el hombre de fe, reputa disparatado cuanto no se ajusta a los cánonos de su dogma, o de su idea directora, si lo prefieres. El es el verdadero ciego. Cierto que tiene una guía. No vé por sus propios ojos sino por los del guía. No puede caminar ni obrar más que en la dirección que se le impone. No puede elegir ni deliberar, aunque se imagine lo contrario. Está irremisiblemente perdido para la libertad. De aquí la razón del escepticismo. Fíjate en la enorme resistencia que las creencias oponen a toda idea nueva, a toda verdad descubierta.

—Barrunto que te hallas en trance de no creer ni en tí mismo. ¿Cómo no te haces cargo de que de todos modos ciegos somos y estamos necesitados de brújula que nos oriente, de algo que nos dirija? La razón,— ¿cómo no? — puede darnos la certidumbre y sinó, nos dará por lo menos la idealidad. Y la certidumbre o en su defecto la idealidad nos conducirá en el laberinto de la vida, mientras que tu escéptico famoso no haría sino perderse en él. Medita y verás que nuestra limitación física e intelectual, implica esta misma limitación directriz. Es necesario vivir de algo y para algo.

—¡Ay, amigo, cuantas veces nos ha engañado la razón! No es que yo la niegue. Es tanto el instrumento obligado de toda investigación y de toda sabiduría como la única autoridad para el individuo. Fíjate: digo que no es su único guía aunque sea su único rey, su único dios, su único todo. La razón sola, solita, ha engendrado los innumerables errores históricos y contemporáneos. Espero que no creerás en el estupendo milagro de que un puñado de vivos fuese el inventor del embuste religioso, del embuste político y del embuste económico, ni que una piña de sabios tuviese la ocurrencia infeliz de darnos gato por liebre llenando el mundo de atrocidades científicas. Todos en ello pusimos nuestras pecadoras manos. Las «razones» de los millones de hombres que fueron y que son, elaboraron y elaboran ahora mismo la enmarañada trama de las falsedades en que vivieron y vivimos. La razón distingue muy mal las buenas de las falsas monedas. En busca de aquéllas, anda siempre rica de éstas. Debo agregar que precisamente ocurre así por su empeño en darse valores fijos e inmutables y descansar tranquila de las pícaras y fatigosas investigaciones. Los valores fijos e inmutables son las creencias, las ideas hechas. Creer es más fácil que averiguar. ¡Y es tan cómodo decretar la certidumbre, creerse en posesión de lo absoluto verdadero!

—Largo y metafísico es tu discurso. Propendes, quieras que no, a anular la razón. Si no quieres que la verdad vaya envuelta casi siempre con mil errores, inventa una razón nueva, infinita, absoluta. Ya ves que también yo «metafisiqueo». Limitados somos, limitada es la razón. Sus esfuerzos por desenmarañar el misterio de todas las cosas, constituyen la historia entera de la humanidad. El futuro se compondrá también del desenvolvimiento triunfante de esfuerzos sucesivos. Y de aquí no hay posibilidad de salir. Poco a poco destruir errores, descubrir verdades. Las ya descubiertas dan el

presentimiento de otras nuevas que son nuestros guías. Sin esto caminaríamos a tontas y a locas.

—No quiero, no, anular la razón. Pero no la admito como soberano absoluto. De aquí a la infabilidad no hay más que un paso. La verdad no reside en ella sino en la naturaleza. Y la naturaleza no sabemos que sea un silogismo. Sabemos que allí está, para nosotros por lo menos, toda la realidad, toda la verdad, toda la ciencia. No sale la realidad de la lógica, sino la lógica de la realidad. La razón investiga, penetra trabajosamente la naturaleza y se da leyes, ideas. A lo mejor se figura haber creado lo que no ha hecho más que descubrir con mil fatigas, y he aquí a nuestro soberano absoluto dictando reglas hasta el mismísimo Cosmos. Te digo, en verdad, que la razón nos hace muchas veces un flaco servicio. ¿No te parece más de acuerdo con tus propias ideas, que la llamemos al orden reduciéndola a la experiencia y al conocimiento real de las cosas sin perjuicio de que divague todo lo que se le antoje siempre que no nos dé gato por liebre? También puede divagar el escéptico. Acaso divaga más que el creyente. Todos los caminos se abren ante el escéptico. Todos, menos uno, se cierran ante el creyente. Pero el escéptico se deja dirigir, imponer por ninguna idea, por ninguna creencia. Está siempre a disposición de la verdad próxima. El creyente no. Tiene que vencer antes la resistencia de las ideas adquiridas.

—Si reduces la razón a la experiencia y a la realidad, matas al genio creador de la humanidad, aniquilas la intuición, acabas con las invenciones maravillosas, con los prodigios imaginativos trocados en hermosas realidades. Deja que la razón poetice. Sus desvaríos son con frecuencia su gloria. En la razón misma has de buscar el freno al error. La realidad, harto deleznable tantas veces, es inferior a la razón forjadora de ilusiones que si no son verdades deberían serlo. Déjanos el

consuelo de la ficción creadora. Hay que vivir de algo y para algo.

—Eres incorregible idealista. La humanidad está enferma de sentimentalismo. Tú también. Acaso yo y los propios y mayores escépticos. ¡Qué empeño en vivir de quimeras y para quimeras! Puede que sea fatal la vida del ensueño mientras la realidad nos apremia y nos acorrala. La humanidad ¿no podrá subsistir sin idolillos, sin estatuas, sin genios, sin delirios, sin héroes, sin mártires? Por lo menos que no se haga esclava de ellos y sea luego lo que quiera. He ahí porque creo que debemos llamar al orden a la razón, demasiado ensoberbecida de su propio valer.

—Convendrás conmigo, por lo menos, en que persiguiendo ideales es como camina el mundo.

—Si; convengo en ello. Pero escucha: tu y yo militamos a favor de ideas radicales que arrancan de un mismo tronco; nos hemos dejado encasillar o nos hemos encasillados nosotros mismos, para el caso es igual. ¿Cuántas veces no has sentido el encierro de este encasillado? ¿Cuántas veces no te has visto obligado a desfigurar, a callar la verdad, tal como se presentaba a tu propia razón? Yo te aseguro, sinceramente, que he sentido muchas veces el aprieto de esos ataderos y me he declarado y me declaro rebelde aún dentro de las más grandes rebeldías. No se es mentalmente libre sino cuando no se obedece a ninguna creencia.

—No lo niego; pero creo que es imposible el estado mental que tan fieramente preconizas.

El autor interviene y dice:

Aún el más férvido creyente tiene sus horas de vacilación y de duda. ¡Gusta tanto el pensamiento volar libremente!

Aún el mayor escéptico acaricia idealismos tal vez irrealizables. ¡Es tan grata la ilusión de lo bello!

En los extremos opuestos, el creyente más ciego debe esforzarse por abrir bien los ojos, y el escéptico más empedernido orear su alma con la brisa del ensueño. Si no lo hace, caerá el primero en el fanatismo, la forma más degradante de la esclavitud intelectual; y el segundo en la corrupción, la forma más abyecta del libertinaje.

Un cerebro libre de perjuicios, mejor libre de todo elemento directriz; y una idealidad sana, dentro de la naturaleza, conciliaría enormemente las distintas tendencias que, en suma, dividen a los hombres.



LA HIPERBOLE INTELECTUALISTA

Obreros intelectuales y obreros manuales : : : :

Es moda lamentable la de distinguir con vocablos fuera de uso y también de todo sentido real, ciertas ocupaciones o determinadas preferencias personales. Está en boga actualmente la palabra «intelectual» aplicada a literatos, publicistas, hombres de estudio, etc. Tan bien ha sentado a los favorecidos aquel dictado, que hasta periodistas de la más modesta condición, hombres que se precian de demócratas, de socialistas y aún de anarquistas se llaman a sí mismos o se dejan llamar, con no disimulada complacencia, «intelectuales». Piénsenlo o no, establecen de este modo novísima e injustificada diferencia social; crean una nueva carta, modernizando el detestable pasado; propenden a instituir nueva idolatría en estos tiempos de fermento igualitario, de costumbres democráticas, de total derrumbamiento de todos los altares.

Aparte la falta de sentido y hasta la incorrección de la palabreja, ¿a título de qué ha de ser distinguido cualquier hombre por consagrarse a trabajos más o menos dependientes del ejercicio de las facultades mentales? ¿Existe alguna línea divisoria para las tareas puramente intelectuales y puramente manuales? ¿No es,

por el contrario, el trabajo una graduación insensible de lo menos cerebral a lo más cerebral, sin que en ningún caso quede del todo excluída cualquiera de las dos formas de la actividad humana? La aristocracia del talento parece asomar tras ese vocablo altisonante que debieran aborrecer todos los hombres de verdadero mérito.

El individuo que no hiciera más que pensar, sentir, sumirse en la contemplación de la belleza o en los arcanos de la ciencia, sería poco menos que inútil a la sociedad en que viviera. Sería un fenómeno, un aborto, y no tendría, en verdad, de que envanecerse. Inteligencia pura, como si dijéramos, espíritu puro; cerebro sin músculos y órganos que lo sustenten, sin nervios y sin materia que le dé plasticidad y vida: he ahí tal vez la soberbia idea que de sí mismos se forjan aquellos a quienes place el dictado de intelectuales. Y, sin embargo, ellos saben bien que un hombre, no en esas condiciones, sino simplemente en las del ejercicio cerebral excesivo, no puede ser más que un desequilibrado, un enfermo y que sólo por raro caso brotan los genios, los sabios, los artistas, los que llegan a las cumbres más elevadas del pensamiento y de la belleza. Saben bien que no hay trabajo exclusivamente intelectual como no lo hay exclusivamente material: que más o menos, escritores, artistas y sabios trabajan manualmente con la pluma, con la paleta, con el buril, con el instrumento de investigación, con la herramienta de operaciones.

¿No es en realidad petulancia de mal gusto esta exageración del intelectualismo, y perdóneseme la palabra?

En el fondo de la cuestión alienta profundo desprecio por el trabajo eminentemente útil. No son ciertos pretendidos obreros intelectuales de la madera de aquellos que entonan himnos gloriosísimos a la industria del hombre; no son de la cepa de los que escriben «Germi-

nal» y «Trabajo»; no son de los que desde la altura de un Fourier tienden la mano amiga al desdichado pocero para mostrarlos a la sociedad como uno de sus miembros útiles.

Quiérese la distinción bien marcada entre la semiholganza de una parte de las clases directoras (literatos, artistas, etc.) y la durísima labor diaria de la multitud. Y como si para labrar una piedra, echar unas medias suelas o forjar una pieza cualquiera de hierro no fuera necesario aguzar el entendimiento, pensar y discurrir y hasta sentir la parte bella de la obra, trázase fuerte divisoria entre los llamados obreros manuales y los pretendidos obreros de la inteligencia. Si se nos observa que el llamado obrero manual apenas perfecciona sus obras y se nos habla del automatismo de sus funciones productoras, recordaremos que es la ley de la concurrencia en que vivimos que le obliga a producir mecánicamente atendiendo más a la cantidad que a la calidad. Y recordaremos también que en las tareas del escritor y del artista no falta, sino que entra, por mucho, ese mismo automatismo que, a ser sinceros, confesarían los más de los intelectuales.

Asalariados siempre aquéllos, asalariados muchas veces éstos, tienen ambos en realidad comunes intereses; necesidades, si no iguales, análogas. Los sentimientos y las ideas los dividen, que no la naturaleza de sus ocupaciones.

Cierto que el pueblo tiene ojeriza a los «señoritos», que el obrero del taller y el obrero del campo odian al obrero de mostrador o de escritorio, odia colectivamente a los que se llaman clases acomodadas. Mas ¿no desprecian éstos a aquéllos ? ¿No hay entre dichas clases acomodadas, sean o no «intelectuales», desdén arraigadísimo para la blusa, para el trabajo? Desde el más humildc especiero, desde el más almibarado hortera hasta el más conspícuo burgués, todos sienten menosprecio, no

disimulado, por el pobre jornalero. Los mismos que hacen la corte, desde las columnas del periódico o las páginas del libro, a las clases trabajadoras, ¿no participan en su mayoría de tal desdén? Es menester hablar el lenguaje de la sinceridad. ¡Cuántos no se sentirán molestos, casi deshonrados, si en la vía pública les detuviera uno de esos desharrapados a quienes dicen defender!

Entre el odio y el desprecio preferimos el odio; lo preferirá toda persona de mediano sentido. El odio enciende el odio, la represalia; el desprecio humilla, confunde, anonada.

Todo ello tiene explicación en el antagonismo de los intelectuales. No somos solidarios en el convivir; menos lo somos en el trabajo y en los goces de los frutos del trabajo. Por otra parte, la mayoría de las gentes ilustradas sigue considerando el trabajo como una maldición, como una mancha. Y no son los denominados intelectuales los que menos participan de esta detestable opinión, aún cuando no la confiesen.

Mas, a pesar de todo, los sentimientos e ideas populares no cabe negarlo, van francamente hacia la fusión de las clases. Prescindiendo de la influencia del socialismo y de la de sus propagandistas, el pueblo en general tiende a borrar toda distinción y aspira a la igualdad por la elevación de las condiciones y el desarrollo de la inteligencia. Lo que queda contrario a esta tendencia, ya lo hemos dicho, es fruto de la oposición de los intereses.

¿Puede decirse lo mismo de los sentimientos e ideas de los intelectuales?

Creemos que no. Lo prueba su mismo afán por nuevas distinciones. Cualesquiera que sea su profesión de fe, arcáica o progresiva, no ven en el pueblo sino al inferior a quien tienen el derecho de dirigir. Teóricamente afirmarán los mayores atrevimientos, pero reve-

larán a seguida que no sienten ni se piensan iguales ni aún al culto obrero que sabe algo más que el mecanismo de su arte o industria. Pocos serían capaces de la exclamación de Proudhon cuando su editor se disculpaba por haberle confundido con el «fumiste»: «También yo soy hombre de oficio!»

De estas consideraciones generales no se deduce, por cierto, que no haya hombres de inteligencia, artistas de valía que se sientan iguales a los demás hombres y pongan al servicio del pueblo sus talentos. Pero éstos no se pagan de hiperbólicos dictados ni persiguen el éxito ruidoso o sienten el aguijón de conquistar renombre y trepar a las más altas posiciones. Son más modestos, precisamente porque valen más.

Si examinamos la actitud de los intelectuales con relación a los obreros militantes del socialismo y del anarquismo, veremos que la divergencia se hace más profunda.

Pretenden aquéllos que los trabajadores que se ocupan de su emancipación se lo deben todo y, no obstante, menosprecian o rechazan su concurso. No es cierto lo uno ni lo es lo otro.

Precisamente son los militantes del socialismo, genéricamente hablando, los que con más ahinco propagan entre el pueblo ideas contrarias a toda diferencia entre obreros intelectuales y obreros manuales. Para los socialistas no hay más que asalariados de un lado, cualquiera que sea su profesión, y explotadores de otra. Son, por tanto, compañeros todos los asalariados, primero por la comunidad de intereses, después por la solidaridad de opiniones. Frente al proletario, los burgueses (capitalistas, gobernantes, legisladores, etc.), son, para el obrero socialista, el enemigo. Y aún si el burgués comparte las opiniones y los sentimientos del obrero, no es la lucha de clases ni la doctrina social obstáculo para que el burgués sea bien acogido. Sobre todo los

anarquistas declaran continuamente que la emancipación será obra de los hombres de buena voluntad.

Prueba de que no rechaza el socialismo a los llamados obreros de la inteligencia es el gran número de literatos, publicistas, artistas y pensadores que militan tanto en el campo del socialismo autoritario como en el del socialismo anarquista. Hombres de posición social figuran asimismo en ambos partidos y gozan unos y otros de la estimación de los trabajadores del taller y del terruño.

No es menester citar nombres. Españoles y extranjeros, son muchos los de excepcionales condiciones conocidos como socialistas y anarquistas. Insistir, pues, en la supuesta prevención hacia los obreros intelectuales nos parece perfectamente inútil.

Es evidente por otra parte, que las clases populares tienen para los hombres de talento que han trabajado o trabajan por ellas, reconocimiento muy vivo. Tal vez se los reverencia demasiado. Porque en fin de cuentas es indigno que en cuestiones de justicia y de humanidad debidas, se aplique la teneduría de libros y se pretenda cobrar réditos. Cuando decidimos que un hombre lucha y se sacrifica por el pueblo, haríamos bien en decir que lucha y se sacrifica por la equidad. Simplemente esto y nada más. Así no habría quien se proclamara acreedor perpetuo, olvidando que el pueblo es quien hace los grandes hombres, quien los encumbra, quien los glorifica.

Y aún sin esta consideración pudiera decirse a los intelectuales que tal hablan, que no conocen ni siquiera superficialmente el movimiento obrero moderno. Podrá estar el punto de partida del socialismo de Fourier, Cabet, Poudhon, Marx, Bakunine, etc., pero la inmensa labor socialista que da ahora tan prodigiosos frutos débese a las masas obreras, ignorantes de filosofías trascendentales y de complicados economismos. Es el resulta-

do de su espíritu práctico unido a sus maravillosas instuiciones de la verdad y del bien. De las obras de aquellos pensadores, uno por mil de los obreros militantes conocerán algunas, no la totalidad de ellas. Aún los mismos periodistas y oradores del socialismo es seguro que no las conozcan todas. De modo que el trabajo realizado por las innumerables asociaciones políticas y de resistencia en que se agrupan los obreros, débese, no a los intelectuales de nuestros días, no tampoco a aquellos hombres eminenetes que grabaron en sus libros inmortales los principios del socialismo, sino, lo repetimos, a los propios obreros que «experimentalmente» han ido dándose una doctrina y una organización. Que el alma de los grandes pensadores del socialismo está en ellos, ¡quién lo duda!

¿Qué deben, pues, los obreros socialistas a los intelectuales, cuando son éstos los que empiezan ahora a ir a remolque de aquéllos? Las mismas «leyes protectoras» que han promulgado algunos Estados, ciertas campañas de la prensa, ¿qué son sino la resultante de la gran presión ejercidas sobre todos por las organizaciones obreras? En cambio pudieran decir los obreros que deben a los intelectuales, en Francia, las llamadas «leyes malvadas»; en España y Portugal, las leyes excepcionales contra los anarquistas; en Italia, el «domicilio coatto». ¿No fueron la resultante de inicuas campañas en que se perdió toda noción de justicia y de humanidad?

Vivieran los intelectuales de nuestros días la vida del socialismo obrero, y no formularían opiniones que revelan a un mismo tiempo sus pretensiones y su ignorancia. Todas sus lecturas de autores antiguos y modernos no pueden darle la aproximación siquiera de la realidad socialista. A lo más tendrán noción de lo que es el socialismo como la tendría del mar quien lo contemplase en un buen cromo. Pero, es menester embarcarse, asomar cuando menos a la costa para admirar el gran-

dioso espectáculo que ignoran las gentes de tierra adentro.

Acérquense al obraro sin aires de dómine, y el obrero los acogerá con aplauso. Lo que ocurre frecuentemente es que los señores intelectuales no toleran que se les discuta; pretenden que se les escuche y se les siga sin crítica; pero el obrero, que no está para aguantar tan molestas moscas, se sacude rudamente y prosigue su camino. Sobre las ruinas de todas las aristocracias no consentirá que se alce la aristocracia de la pluma.

Si hay hombres de fe sincera en el porvenir entre los que se llaman intelectuales—que si los habrá—que trabajen generosamente por lo que crean justo sin exigir que nadie se les someta, ni tolerar ningún género de sumisión y mucho menos demandar gratitudes, no sólo discutibles, sino también inadmisibles. Esto es lo honrado.

Es absurda la distinción de obreros intelectuales y obreros manuales. Todo hombre tiene necesidad y debe trabajar de una manera útil para sí y sus semejantes. En la realización del trabajo no hay más que iguales: productores. El que no produce es un zángano. Que saque la consecuencia quien quiera.

La hipérbole intelectualista, a más de ridícula, es indigna de los hombres que se estimen. El talento no necesita heraldos ni motes. Una virtud sencilla y modesta vale más que todos los ditirambos de la sabiduría cursi. Seamos sencilla y modestamente virtuosos.



LAS GRANDES OBRAS DE LA CIVILIZACIÓN

(CONFERENCIA)

Perdonad que un desconocido por su saber o por su arte, ose dirigiros la palabra. Requerimientos de la amistad oblíganme a correr el riesgo de un fracaso casi cierto.

Estimo, no obstante, que aun desprovisto de elocuencia y de ciencia, todo hombre medianamente culto y enteramente sincero, tiene algo interesante que decir a sus conciudadanos y, si la ocasión se le ofrece, debe manifestarlo, ya que de la recíproca comunicación de ideal y de sentimientos brota la armonía de la vida intelectual y afectiva y de la material también, que es, en último análisis, la suprema aspiración de los hombres. Tal es, a mis ojos, la razón que, si no me justifica, me disculpa.

No me propongo entreteneros con la minuciosa crónica de las grandes obras de la civilización. Aparte de que es labor erudita que requiere mayor espacio que el de una sola conferencia, conozco que fuera ocioso molestaros exponiendo aquí lo que todos más o menos conocéis por la cotidiana observación o por el estudio. Mi objeto es otro. No soy maestro de nada y por ello no he de explicaros una lección sobre la materia; bastará, a mis fines, que lo que aquí diga sugiera en vosotros

la apetecida reflexión sobre las condiciones de nuestros progresos.

En conjunto, las obras de la civilización pueden ser divididas en dos grupos bien definidos: el primero comprende las obras materiales, de utilidad y aplicación a la industria, a las comunicaciones, al comercio, a la vida práctica en su totalidad; el segundo abarca el amplio campo del desenvolvimiento intelectual y ético, de la ciencia, del arte, de la vida superior, en fin, de la especie.

Trataré, pues, de las grandes obras de la civilización sumariamente y por el orden indicado, advirtiendo, empero, que habré de ocuparme más de sus consecuencias que de su misma importancia intrínseca.

El carbón y el hierro han cambiado la faz de la tierra. La máquina de vapor es el moderno signo de redención, maravilloso generador de progresos incalculables. Reina y gobierna soberanamente todas las manifestaciones de la actividad. Nos emancipa del trabajo innoble y ennoblece el trabajo útil; convierte a la bestia que tira, en cerebro que dirije, y después de haber convertido en un placer el supuesto castigo, todavía nos regala comodidades y deleites desconocidos por siglos de siglos.

Apenas es necesario hablaros de las maravillas de la mecánica. Empezóse por sencillos artefactos casi del todo inútiles. A poco, millares de modificaciones, sucediéndose con rapidez vertiginosa, produjeron mecanismos asombrosos de práctica aplicación a todas industrias y a todas las artes. Y en la plenitud de la evolución, verificada en menos de un siglo, háse realizado el prodigio de obtener con el máximun de sencillez, el máximo de aplicación. La inventiva humana conquistó así el más feliz de los éxitos.

Nada, sin embargo, nos sorprende ya. El menos ilustrado de los obreros vive a diario en íntima fami-

liaridad con los colosos de la industria. Las generaciones, apenas deletrean, tienen a su alcance innumerables medios de adquirir pleno conocimiento del mundo en que entran. Los enormes productos de la industria, los prodigios de las invenciones nuevas, apenas atraen un momento nuestra atención. Todo ha llegado a ser cosa común de la vida ordinaria.

Por el contrario, antójasenos parsimoniosa la velocidad de los trenes, molestos el ruido de los tranvías, de los motores de gas, de las máquinas de vapor; poco artística la espesa maya de los conductores aéreos de electricidad, una bagatela los 30.000 kilómetros próximamente de la red ferroviaria de Europa y queremos más, mucho más.

El vapor, que dijo no se quién es el soberano del tiempo y del espacio, será vencido, como presiente todo el mundo ; será vencido también el alambre. Los ferrocarriles eléctricos, la telegrafía sin hilo, las mil aplicaciones novísimas de la electricidad inauguran en estos instantes una nueva época.

¡Que magnífico triunfo, no obstante, el de nuestros días! Se arranca a las entrañas de la tierra, a enormes profundidades, cuantiosas riquezas. Nubla el Sol la densa humareda de millares de fábricas. Vá la loca viajera, con asombrosa rapidéz, a través de profundos abismos y de gigantescas montañas y ora sube a las más culminantes alturas, ora desciende al llano y llega jadeante hasta la playa donde la besa el mar. Iluminánse las ciudades como por ensalmo, vuela y más que vuela la palabra del uno al otro confin, puéblanse las aguas de millares de naves que burlan la tempestad, súrcase los aires y penétrase en las tinieblas del fondo del océano, conviértense los pedregales en campos fértiles, los harapos en hermosas telas y apenas nos percatamos en el tráfago incensante de la vida actual, de que el hombre ha creado una existencia nueva diametralmente distinta

de aquella que nuestros tristes antepasados conllevaron casi del todo indefensos y frente a frente de temibles enemigos.

¿Qué importa ante la grandiosidad de esta labor, comenzada ayer, desarrollada vertiginosamente en un centenar de años, la exactitud de las fechas y las nomenclaturas y las preferencias o méritos individuales y nacionales? Es la obra de todos, poderosos y humildes, sabios e ignorantes; es la obra común de una época entera cuyo conjunto obscurece toda incidencia.

Y de esta obra común en que cada uno puso su grano de arena, más que de los hechos mismos, con ser muy importantes, han de solicitar nuestra atención las consecuencias.

En cada instante de la vida puede contarse por centenares de millares el número de hombres que viajan de uno al otro extremo del mundo; por millares de millones el de comunicaciones escritas y verbales que se transmiten a campos, villas y ciudades; por millones de millones de kilógramos el de las mercancías transportadas a las más diversas distancias. Una de las más grandes obras de la civilización ha sido la de suprimir todo género de barreras entre los hombres, estableciendo el cambio contínuo de impresiones, de acuerdos, de necesidades, de servicios, en tal forma, que puede afirmarse vive cada individuo por completo en toda la humanidad y recíprocamente. El prodigio ha sido este: expansión ilimitada de la personalidad.

¿Y qué no diremos de la inmensa diversidad de productos con que nos ha enriquecido la industria? El abrigo, la alimentación, la vivienda, todo ha progresado extraordinariamente así en calidad como en cantidad. Transfórmase rápidamente la agricultura. Los tubos de calefacción, los invernaderos, el suelo artificial, la maquinaria acabarán con la rutina inveterada del campesino. La ciudad invadirá el campo y el campo entrará

triunfante por las calles de las aglomeraciones urbanas. El telar mecánico asegura para siempre no solo el vestido, sino las satisfacciones del gusto y hasta el lujo. La higiene purifica las ciudades; el arte las embellece; no hay recurso a que no apele el ingenio humano para completar la gran obra, y el reinado de la abundancia llama a las puertas del mundo con fuertes aldabonazos .

No lo dudéis; las grandes obras de la civilización han hecho posible para todos los hombres la comodidad y el bienestar. Digan lo que quieran teorías arcáicas, aunque se cubran con el manto de la ciencia, es lo cierto que el trabajo humano puede producir pan, abrigo y vivienda confortable para todo el mundo. Pensad en la cifra que representaría la enorme cantidad de caballos de vapor que suponen los millares de máquinas que no cesan de trabajar en todos los paises de la tierra. Pensad en la equivalencia de esa fuerza convertida a brazos. Pensad en el despilfarro de trabajo humano que se hace en campos y ciudades y en el considerable provecho que se obtendrá si se organizase como demandan nuestros conocimientos y nuestras necesidades actuales. Podríase ocupar muchas horas enunciando cantidades y haciendo cálculos.

El resultado sería invariablemente el mismo: exceso de producción. No de otra suerte se explica casi todas las crisis económicas de nuestros días. A cada paso se hace indispensable para el industrial reducir la producción. Con la más elemental de las previsiones, sin embargo, apenas habría que ocuparse del mañana si el trabajo estuviese dirigido en el sentido de las necesidades generales y no en el de los beneficios particulares.

No sobran productos en el mercado porque falten consumidores, esto es, porque no haya necesidades que satisfacer; sobran porque no hay compradores, que no es lo mismo; porque las necesidades no van acompañadas

de la posibilidad de satisfacerlas. La riqueza ha aumentado y aumenta tan prodigiosamente a medida de los modernos inventos y de las geniales creaciones de la humanidad, que sería locura negar la posibilidad del bienestar para todos.

Verdad, y verdad amarga, que el contraste en nuestros mismos días es cruel para el menesteroso. El hartazgo y el hambre se codean; lujo y desnudez andan juntos por calles y plazuelas; hay madres sin amparo, huérfano perdido en el arroyo, en el asilo y en la cárcel, ancianos arruinados fisiológica y moralmente por la fatiga del trabajo excesivo, reducido a vivir de la compasión pública: hay al lado de todas las maravillas que benefician al hombre, las maravillas de la destrucción y de la muerte, los horribles artefactos de la guerra, bárbara y perenne amenaza al porvenir de paz y de justicia; hay todo un mundo de espantosas fealdades, de vicios, de corrupciones que envuelve y ahoga toda belleza, toda virtud y toda bondad.

Seánme perdonados estos que suele llamarse lugares comunes. La verdad debe decirse toda entera. Y forzoso es que la música triunfal de la civilización no suene al oído con una armonía de que carece.

Las grandes obras de la época moderna tienen a su cuenta la producción fatal de un fenómeno, patente a las más limitadas inteligencias, que es causa de todas nuestras luchas. Este fenómeno que lleva la pobreza allí donde va la mayor riqueza, es el desequilibrio enorme en que vivimos.

Aún para aquella parte de la sociedad más modesta a quien han llegado los beneficios de la civilización, el sello de ese desequilibrio marca muy claramente la característica de nuestros adelantos. El proletariado de levita, la clase media pobre, jóvenes que mal viven de sueldos mezquinos, sostenidos por la falaz esperanza de un aburguesamiento posible, son testimonios indu-

dables de nuestra miseria social, de la forma servil del trabajo moderno. ¿Qué decir de las clases llamadas torpemente inferiores? Ciertamente que millones de obreros "gozan" de las ventajas del ferrocarril. Pero algunos, muchos, los segadores gallegos, por ejemplo, viajan como en rebaño, llenos de inmundicia apiñados en cajones de madera, sin luz y sin aire, y viajan además a paso de tortuga con tiempo bastante para morirse en el camino víctima de una peste cualquiera. Cierto que el trabajo en la mina puede hacerse con todo género de seguridades y en condiciones de comodidad muy apreciables, pero en todas las minas del mundo ocurren a diario espantosas catástrofes sin que, por la frecuencia de tales sucesos, nadie se inquiete. Recuerdo a este propósito el horrible trabajo en las minas de azufre de Italia. Mosso, en su obra "La Fatiga" cita informaciones oficiales que hielan la sangre en las venas.

Centenares de muchachos y muchachas trepan, excesivamente cargados, por angostas escaleras o rápidos declives, hostigados por los pellizcos de los capataces. Cuando esto no basta, ¡espantáos! les aplican a las rodillas linternas encendidas que achicharran las carnes de las infelices criaturas. Y cita más: en una sola provincia, de 3.672 jóvenes trabajadores de las sulfataras, solamente 203 fueron útiles para el servicio militar.

Cierto, así mismo que el más humilde puede permitirse el "lujo" de cruzar los mares en magníficos trasatlánticos, pero habrá que cerrar los ojos ante el cuadro aterrador de las innarrables miserias de esas grandes levas de desarrapados que recuerdan el antiguo tráfico de esclavos. Cierto, que existen maravillosas fábricas bien oreadas, higiénicas, amplísimas, como la que cita Kropotkine en uno de sus libros, fábricas cuyo horno no se adivina a treinta pasos de distancia no obstante temperaturas superiores a mil grados; pero en talleres y fábricas malsanos, obscuros, sucios, agonizan lentamen-

te millares de hombres y, lo que es peor, de mujeres y niños. ¿Qué más? La misma clase media se extenúa en una semi-vida espantosamente triste bajo el torcedor de la impotencia. Todas las ventajas de la civilización no se obtienen sino mediante la esclavitud apenas disimulada de millones de criaturas humanas.

Y, sin embargo, las colosales obras de la civilización son el fruto del trabajo contínuo y tenaz de multitudes de sabios y de obreros igualmente desposeídos, igualmente sacrificados: las grandes empresas financieras casi no hacen otra cosa que percibir los intereses. Heroes y mártires de la ciencia, heroes y mártires del trabajo, señalan la ruta de nuestros progresos. Algunos, muy pocos, han tenido por compensación a las pasadas angustias, un nombre en la posteridad; otros que forman legión, heroes y mártires ignorados, sacrificaron o sacrifican en aras de la civilización todo su saber y todas sus energías, perdidos en el ambiente de usura y de mercantilismo que les ahoga. Laboriosos artesanos, modestos factores de todos los adelantos, luchan penosamente por conservarse en una situación decorosa que permita a su prole la continuación honrada de un trabajo semi-libre. Y después, después la gran masa, los millones de hombres sin oficio, los tristes jornaleros de dos pesetas, legionarios de la esclavitud, supervivencia de un mundo que nos holgamos haber destruído, rinden a la civilización su vida entera, y sobre las piltrafas de su carne y sobre las esquirlas de sus huesos se levanta orgulloso el monumento espléndido de todos los adelantos, de todas las innovaciones, de todos los prodigios del mundo.

Es que las grandes obras de la civilización carecen de aquel carácter de generalidad que requiere la justicia para que todos quememos en su altar el incienso de nuestra fé. ¡Se ha generalizado, universalizado tantas cosas insignificantes, inútiles y hasta perjudiciales

a la existencia normal de la humanidad que nos ha faltado tiempo para hacer llegar a todos la obra de todos! Los beneficios de la civilización son privilegio de unos pocos hombres; para los más son torturas y martirios. Y en cambio de este particularismo del progreso, fijáos como el mal hiere a todos, siquiera sea en diversos grados; hiere a los grandes y a los pequeños, a los poderosos y a los humildes, a los sabios y a los ignorantes. El espectáculo de la miseria desafía la indiferencia de la riqueza; la pestilencia de los arrabales invade las lujosas vías de la gran ciudad; las tinieblas de la ignorancia esterilizan toda sabiduría; la crueldad y la violencia engendran violencias y crueldades; la resignación de la masa convierte a la humanidad en rebaño hambriento y sucio. Nadie puede sustraerse a las influencias de un medio deprimente y mal sano.

Sería inútil callarlo; inícuo negarlo. Ha progresado el mundo rápidamente y este mismo progreso, reducido al cenáculo de los venturosos, produce grave desequilibrio social que nos hace infelices en medio de la posibilidad de todas las dichas. Se impone soluciones de armonía, de paz y de justicia, soluciones de liberación total. Es menester que la civilización consume su obra; el bienestar para todos.

Y ahora permitidme que desde la prosa de la vida, que dirían los poetas que cantan a la luna sin que ésta les escuche, salte a los dominios del cerebro y de la afectividad.

Si el carbón y el hierro y la maquinaria han cambiado la faz de la tierra, las ciencias, la inmensa suma de los conocimientos adquiridos, han transformado rádicalmente al hombre. La imprenta, con sus mil lenguas, ha hecho el prodigio de avivar millones de cerebros dormidos. La astronomía, la física y la química nos han dado nociones precisas del universo y de nosotros mismos y han emancipado el pensamiento de las superstición y

del fanatismo. La derrota de la teología y de la metafísica señala el comienzo de una nueva existencia para los hombres. El experimentalismo hanos traído a la realidad viviente donde toda verdad, conocida o ignorada, palpita. La gran mecánica del universo nos es tan familiar como el funcionalismo de la máquina humana. Los principios conforme a los cuales desenvuélvense a nuestra vista la existencia cósmica y la existencia individual son de día en día más y mejor conocidos. La certidumbre de las reacciones químicas en virtud de las que obran y reobran desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño nos conduce a maravillosos resultados que abren al porvenir amplios horizontes.

Inútil cantar la bancarrota de las ciencias. Lo que quiebra son las creencias, los dogmas. El pensamiento recaba su absoluta libertad.

El desarrollo intelectual de nuestra época es la consecuencia afortunada del triunfo de las ciencias y la consagración de la libertad en todas las manifestaciones de la vida. Las generaciones sucédense cada vez mejor dispuestas para recibir le herencia cuantiosa del saber conquistado. No se dan ciertamente generaciones de sabios y genios; pero así como el ejercicio especial de ciertos órganos produce generaciones mejor adaptadas a ciertas funciones, así el ejercicio mental produce cerebros más aptos para la adquisición rápida de todos los conocimientos. No de otra suerte se explica por la razón inversa, la atrofía intelectual de determinadas razas; no de otra suerte la mujer ha quedado rezagada en el desenvolvimiento de la civilización.

No he de hablaros de las encarnizadas contiendas acerca de la esfericidad y de los movimientos de la tierra y del destino del universo; de las luchas sangrientas sostenidas en el tránsito de la magia, de la alquimia

y de la astrología, achicharradas por las hogueras de la fé, a la física, la quimica y la astronomía triunfantes a la hora presente por la sola fuerza de la verdad, en cuyo holocausto se han sacrificado millares de existencias. El triunfo definitivo de la inteligencia quedó consagrado el día glorioso que en el campo del telescopio apareció con precisión matemática, el mundo perdido en los espacios que el cálculo de los hombres había previsto.

Bástenos en estos instantes patentizar las consecuencias de este triunfo.

Desde el momento que hemos aprendido que la tierra es diminutísimo grano de arena en la inmensidad de los espacios poblados de millones de mundos; que nuestro sistema planetario no es sino parte pequeñísima del gran todo en que multitud de otros sistemas giran sin cesar dentro de órbitas incalculables; desde el momento que nos ha sido dado el conocimiento de miriadas de existencias por debajo y por encima de nosotros y que el universo entero es todo vida que se desenvuelve en lo infinito del tiempo y del espacio, movimiento eterno que, palpable o impalpable, hace vibrar a la materia tan una en su esencia como diversa en su forma; desde el instante que hemos sabido que el corazón está constituido conforme a los principios de la hidráulica, que el organismo humano es magnífico laboratorio químico y asiento de las más precisas leyes de la dinámica; desde el instante que nos hemos dado cuenta de las influencias internas y externas que nos modifican o nos afirman, influencia del sol, del mar, de las actitudes, del clima, de las estaciones, de nuestros propios huesos y nuestra propia carne, de los agentes físicos y también de los agentes artificiales derivados de la constitución política, económica y social de los pueblos, el concepto de la personalidad cambió rádicalmente.

La educación idealista y teológica hubo de sumir a

la humanidad en la barbarie. La educación de las ciencias, si queréis positiva y materialista, hannos elevado, dignificándonos y redimiéndonos. Fijáos bien como bajo la influencia de las quimeras de antaño, se cayó en todos los horrores de la guerra, en todas las crueldades del fanatismo, en todas las degradaciones del cuerpo y del alma. Se condenaba la carne, y la carne embrutecíase, prostituíase. Y trás de la carne precipitábase en los abismos de la lujuria y de la bestialidad todo lo que hay de más hermoso y más noble en el hombre: afectos, sentimientos, gustos, aspiraciones.

Fijáos bien como bajo el influjo de las certidumbres de la verdad científica va el mundo caminando hacia la paz y el amor y la justicia; como por el conocimiento de la humildad de nuestro organismo, se agiganta el hombre, se enaltece la personalidad haciéndola apta para las más bellas empresas y para los más puros ideales; como se dignifica la carne y se lleva al alma por los senderos del más allá inacabable, tanto más lejano cuanto más a él nos aproximamos en el correr sin tregua tras el bienestar sin límites del individuo y de la especie.

La subordinación del pensamiento y de la conciencia, la quimérica aspiración a los goces inefables de una justicia y de un amor fuera de nosotros mismos, condujéronos a la anulación moral e intelectual y nos hundía en la más deprimente esclavitud. El triunfo de la inteligencia, emancipando conciencia y pensamiento, llévanos a la total dignificación humana por la liberación de las fatalidades ambientes, de los atavismos mentales y de los errores históricos. Exaltación de la personalidad, ante la que abre anchos horizontes del desarrollo espléndido de los conocimientos: he ahí la gran obra.

Concurren, como véis, las grandes obras de la civi-

lización todas al mismo fin. Materialmente nos han dado el aseo, la comodidad, la hartura, la posibilidad de satisfacer todas las necesidades cualquiera que sea su desarrollo, intelectualmente la dignidad, la ciencia, la posesión de nosotros mismos. Si admirable es por el progreso del trabajo industrial la civilización, mucho más lo es por el desenvolvimiento intelectual y ético.

Mas ¡ay! que por desdicha también aquí la música triunfal de los adelantos modernos suena inarmónicamente a nuestros oidos.

Las conquistas científicas no han llegado sino a muy contados cerebros. En el campo, millones de hombres ignoran todo. En las ciudades ¡cuántos y cuántos no desconocen los más elementales rudimentos de la ciencia! Y aún las gentes cultas, los que estudian, los que sienten ansias de saber ¡que deficiente caudal el suyo! Superviven errores, supersticiones y fanatismos que nos destrozan. Persiste la imposibilidad de emanciparse por insuficiencia de medios. La abundancia es la tortura del menesteroso intelectual y fisiológicamente.

No agitan al mundo aquellas graves contiendas entre los partidarios de las teorías geocéntrica y heliocéntrica, pero la multitud cree firmemente que el sol sale todos los días por oriente y se pone por occidente. Sobre esta inmensa ignorancia todavía reina el error y el fanatismo. No se pone ya en tela de juicio las verdades de la física y de la química, pero las gentes abrigan en sus cerebros las más estupendas ideas y creen, con más o menos firmeza, en la cabalística de los charlatanes y de los vividores. Un milagrero de esos que lo curan todo, merece mayor fe que el médico mejor reputado. La magia ridícula e insolente de cualquier arpía, tiene más crédito que el más sabio consejo de la prudencia o de la amistad. Continúan inexplicables para la masa, los fenómenos del movimiento, de la luz, del calor, del sonido, de la electricidad. No mencionemos siquiera las

relaciones de causas a efecto. La semi-cultura en que vivimos no ha logrado que nos diferenciemos de aquellos que perduran en la barbarie sino por la forma de expresar nuestros absurdos.

¡Qué tremenda ignorancia de todas los cosas por doquier! La sonrisa de la incredulidad es la mueca horrible de un mundo bestializado que se precia de sabio.

¿Necesitaré deciros que este abismo intelectual que separa a los hombres, agrava extraordinariamente el conflicto de la existencia y sus cruentas luchas? ¿Necesitaré deciros que hace más y más lejano el buen acuerdo entre los combatientes?

No son deficiencias de las leyes o pequeños lunares de la organización social los que ocasionan nuestra incultura. Es la organización misma, es la imposibilidad de satisfacer las necesidades adecuadamente, lo que nos sume en la ignorancia.

No soy de los que juzgan de la cultura de un pueblo por la estadística de analfabetos. Contenerlo en mucho pienso que es dato insuficiente, porque el caudal de los conocimientos actuales no puede llegar a la multitud por medio del pobre y trabajoso deletreo de unos cuantos renglones. Casi todo el mundo, contra lo que generalmente se cree, aprende a leer y escribir; pero cuando pudiera beneficiarse de esta ventaja, vienen las apremiantes necesidades de la vida material a arrojar sin piedad en el infierno del taller, de la mina o del surco, a tiernas criaturas que se agotan y se embrutecen y lo olvidan todo en la rudeza del trabajo esclavo. Es así como, a despecho de todas las pragmáticas, se perpetúan la ignorancia y el error y así también como por la resignación y el consentimiento general permanecen acaparados, lo mismo que los beneficios intelectuales, los beneficios materiales de la civilización.

Hay, pues, necesidad, y necesidad perentoria, de generalizar los conocimientos tanto como los medios de

existencia; urge llevar a todas partes con el alimento para el cuerpo el pan de la inteligencia. Nuestra civilización será incompleta mientras esta justicia no se cumpla.

Y permitidme que haga aquí un paréntesis que juzgo conveniente. En tanto la evolución humana no calma la aspiración final del bienestar y del saber para todos, hay mucho que hacer, muchos y grandes empeños para los hombres de corazón y para los pensadores.

Así como todas las ideas tuvieron sus apóstoles y sus sacrificios, es menester que los tenga la ciencia. Que el sabio salga de su gabinete a orearse con el puro ambiente; que nadie se encierre en su torre de marfil. Tal como se organizan estas conferencias, ¿por qué no extenderlas más allá de los cuatro muros del edificio? ¿por qué no llevar al valle y a la montaña, en días que pueden ser de agradable solaz, un poco del saber universal? ¿por qué no decidirse a poner ante los ojos del atónito campesino el conocimiento experimental de ciertas verdades que son ya para muchas gentes cosas vulgares? En los mismos grandes núcleos urbanos, ¿qué no podría hacerse si catedráticos, doctores, grandes o modestos talentos fueran a derramar su ciencia entre las multitudes desheredadas?

Ya sé que por regla general faltan medios donde sobran ciencia y voluntad. Es la impotencia económica que aquí también pone en relieve el desequilibrio en que vivimos. Mas, ¿no podría suplirse en parte la deficiencia económica con un poco de iniciativa y un mucho de asociación? Júntense los entusiastas del progreso social, los que aman la ciencia y los que la cultivan; broten espontáneas las iniciativas individuales y surja la cooperación necesaria y bien pronto podrá el céntimo lo que puede el millón y campos y ciudades se poblarán de predicadores de la buena nueva. Que no se lleven sólo

palabras: en este proselitismo nuevo a favor de la verdad, es necesario que la sencilla experiencia haga la luz en los cerebros que dormitan. La ignorancia aún ante la realidad es incrédula.

Y terminando este paréntesis, vuelvo a mí tema y concluyo.

Son tan verdaderos los hechos y consecuencias que muy a grandes trazos he apuntado, que juzgo innecesario esforzarme en acumular datos y pruebas que los confirmen. ¿Quién podría negar los beneficios morales y materiales de la civilización? ¿Quién los profundos males, causas de las luchas contemporáneas? ¿Quién por otra parte, ha de negarse a reconocer que vivimos en permanente desequilibrio por la ausencia de paralelismo entre los inmensos adelantos realizados y la posibilidad de su goce para todos?

No hablamos en nombre de ninguna idea predeterminada, de ninguna fe, de ningún dogma. Pero puede afirmarse en nombre de la verdad que la especie humana lucha con justicia por un ideal supremo: la independencia y el bienestar para todos.

Acallemos las pasiones; pongamos freno al encono de los intereses, a la dogmática de las creencias. Y si la bondad habla, si habla la justicia, si hay un solo destello de serena razón, vendremos obligados a reconocer que nuestro deber de hombres es acelerar este movimiento de avance que quiere para todos el bien, para todos la justicia, para todos la paz, para todos amor.

Cualquiera que sea el estado de la humanidad, es siempre transitorio. Transitorias son todas las cosas de la existencia. Así como la verdad está en perpétua formación, así también el organismo social se vacía en la variabilidad contínua de las necesidades y de las aspiraciones. ¡A qué empeñarnos en conservar el fruto de nuestras reformas, si ella contiene el gérmen de otras nuevas! Las formas, se dice, son transitorias, mas no

la ley. Y bien; la misma ley no es más que un compromiso, una convención provisional de nuestro entendimiento. ¿No os amparéis, pues, en la pretensión de que vivimos según la ley?

Aún en la propia esfera de las ciencias cuando decimos que las cosas suceden conforme al ritmo de tal o cual ley, mejor haríamos si dijéramos que el modo como las cosas suceden nos infiere la necesidad de establecer lo que se llama ley. Parece, de otro modo, que los mundos se han hecho por las leyes, y así es como se fortalece nuestra educación dogmática y sectaria, hasta el punto de que no sea raro que muchos libros reputados científicos estén plagados de pueriles decretos sobre el curso de los sucesos y el funcionalismo de la existencia.

¿Estamos seguros de que el universo entero obedece y obedecerá, sin variación posible, las leyes según las concebimos actualmente? ¿Estamos seguros de que el principio del movimiento por el cual se explica los fenómenos todos, luz, calor, sonido, etcétera, no es también aplicable a las leyes mismas?

No hablaremos aquí de los medios adecuados a la consecución de la suprema finalidad humana, es a saber; el bienestar de la especie y la libertad del hombre.

Hay una gran verdad reconocida; que vivimos mal y todo concurre a que vivamos bien, que vivimos esclavos y todo concurre a que vivamos libres.

Se llegará por mil caminos distintos, pero se llegará a la conquista del contenido de la evolución. No es la fe quien contesta; es el curso de los sucesos.

A los que piensen en el correr necesario de siglos y siglos y hagan paso a la voz de los egoismos brutales que viven en nosotros, convendría recordarles como en brevísimo tiempo ha realizado Europa un avance prodigioso y un cambio profundo.

La manera como después de dormitar largo tiempo

innumerables generaciones en la posesión de algunas verdades elementales, se avanzó de pronto en medio de las más maravillosas innovaciones, prueba que la evolución no es todo lo parsimoniosa que quisieran los doctores del quietismo que todo sucediese, dista bastante de estar bien establecida.

Mas sea del tiempo y de la oportunidad lo que quiera, es lo cierto que la obra de la civilización resulta deficiente, incompleta; que el propio desenvolvimiento de la industria y de los conocimientos implica la solución al problema de la miseria y de la ignorancia; y que, en fin, la más grande de las obras de la civilización está por realizar y será aquella que conduzca a todos los humanos al bienestar y a la libertad, solución de armonía y de paz social que el rápido caminar de los tiempos impondrá fatal y felizmente.



POR LA ANARQUIA

No me propongo terciar en una polémica a la que cada parte ha llevado sus razones y sus puntos de vista, sin que nada justifique intervenciones que podrían parecer pedanterías. Quiero simplemente ahora, como otras veces, aprovechar una ocasión para exponer mis ideas; y digo mías sin ínsulas de un personalismo aplastante y sabiendo que son las de muchos millares de hombres, cada uno de los cuales valen tanto como yo.

El lector puede estar tranquilo: no le serviré ideas demasiado luminosas para tiempos infantiles; nada nuevo presentaré que le maraville; ni siquiera pretenderé haber descubierto la pólvora yo solito estudiando a Darwin y Haeckel en lo que no los ha estudiado casi nadie. Mi soberbia no me llevará tan lejos.

Hablaré lisa y llanamente de la anarquía, dejando a un lado el enredo científico en que se meten los modernos candidatos a dioses sin que acierten a desembarazarse del atadero que en su pobre mente pusieron lecturas abstrusas cuya digestión requiere todo género de específicos auxiliares.

Pero como tenemos un si es o no es aficiones filosóficas, que también podemos tenerlas los viejos anarquistas, no entraremos en materia sin antes consignar ciertos puntos de vista que servirán de base a ulteriores afirmaciones.

Por ahora, que sepamos, esa señora encopetada que

se llama ciencia no ha dado debida satisfacción a multitud de interrogaciones formuladas por la mente humana. Y como no la ha dado, parécenos muy cuerdo atenernos a lo bien conocido, hechos, serie de hechos, deducciones, asociaciones de deducciones etc., etc., sin meternos en honduras que nos llevarían a caer de bruces en la teología de nuestros mayores o en la tontología de nuestros actuales superhombres. Un poquito de sentido común lo está pidiendo a voces el atasco de ciencia que algunos padecen. Lejos de nosotros todo contagio de tan molesta dolencia.

Démonos, pues, un rápido paseo por los dominios del conocimiento. Fuera de los hechos reales no hay más que abstracciones. Lo son no sólo el equilibrio sino también el espacio y el tiempo. Lo son el todo y la nada. De la evidencia de que algo existe, derivamos las ideas de conjunto y de no existencia. De lo infinito, real y palpable, lo infinito. Hablamos del movimiento y todavía no podemos explicarnoslo sin algo que se mueva. La misma materia, fuerza de los fenómenos que nos revelan que algo actúa, es una mera abstracción. Fuerza, substancia, ¿no están en el mismo caso? Hablamos del átomo como cosa indivisible ¿y estamos seguros de que más allá de esa limitación por nosotros forjada no es descomponible la materia?

No prosigamos. Fenómenos y series de fenómenos, he ahí todo. Pero ¿podríamos entendernos siquiera sin todas esas abstracciones? Los fenómenos no se suceden obedeciendo los mandatos de la ley como si ésta fuera un ser sobrenatural que todo lo ordenara; mas nosotros los estudiamos, los agrupamos en series y a seguida deducimos y establecemos que tales fenómenos se suceden conforme a tal ritmo y tales otros conforme a tal otro ritmo. Esa es la ley y no más, pura abstracción. Sin ella, no obstante, el edificio de la ciencia se vendría abajo.

Aún vamos más lejos. La misma ciencia no es, no

será nunca el conocimiento completo, cerrado de todas las cosas; no es, no será nunca el código acabado del entendimiento. Más de una vez lo hemos dicho: la ciencia, como todo, está en perpetua formación. La verdad de hoy es el error de mañana; la hipótesis atrevida de un día es la gran certidumbre del siguiente. La recíproca no es dudosa. ¿Cómo, hombres que se dicen consagrados a la ciencia, osan afirmar en redondo ideas que en el momento mismo son manzana de discordia entre sabios y profanos? ¿Cómo, aquello que no está comprobado, se erige en doctrina levantando así banderías en el pacífico campo de la investigación? ¿Se olvida que las teorías mejor establecidas, al parecer, han venido a tierra en un instante?

Cuerdo y prudente es siempre tener en cuenta que nada podemos afirmar de las cosas en sí mismas. Son sus «apariencias» lo único que conocemos, es decir, la manera como se nos presenta o las observamos o sentimos nosotros. Verdad que ello es nuestra realidad; pero ¿no cambian a menudo los términos de ésta? Por algo somos nosotros mismos un factor en el modo de forjarla.

Vengamos, pues, a cuentas. En la naturaleza, se dice, todo está en lucha. Mejor sería decir: en la naturaleza todo se comporta como si estuviera en lucha. Si todo está en lucha, si todas las fuerzas naturales obran y atentan contra la forma de la naturaleza entera y esto sucede en cada instante de tiempo y en todo lugar del espacio, ¿cómo en el espacio y en el tiempo, sin intermitencias ni soluciones de continuidad, persiste la resultante armónica de la existencia universal? La lucha implica destrucción continua y, si podemos afirmar que en la naturaleza todo es transformación y cambio, sería temerario aventurarse a decir que todo se destruye. La resultante de eso que se llama lucha es siempre y continuamente, en todos los órdenes de cosas, armonía, equi-

librio, permanencia de vida; no destrucción, no aniquilamiento. A tener razón los agoreros de la muerte que ensalzan la vida, el universo entero habría dejado de ser tiempo ha.

Acaso se discute una palabra y nada más. Suprimido el prejuicio establecido por el uso constante de un vocablo al cual nos aferramos más que a la idea en sí, tal vez la discusión cesare, que las cosas no ocurren para los sabios de distinto modo que para los simples mortales, por muy sabios que aquéllos sean y por muy simples que sean éstos.

No es menester detenerse a discutir si los elementos de nuestro cuerpo están en lucha o concurren por ley de relación o de subordinación a un mismo fin, para establecer el hecho indiscutible de que ellos nos dan constituída una «individualidad» que es al propio tiempo una asociación, o tal vez mejor una coordinación. ¿Hay lucha entre los elementos que compone esta individualidad? ¿Hay solidaridad? Discusión de partido, de bandería, de secta. Ociosa en el dominio de la ciencia, cuya labor es investigar y afirmar solamente cuando la investigación ha tenido completo éxito. Innecesaria en el terreno de nuestro objetivo, los medios de convivencia social. Lo cierto es que en lucha o solidariamente, aquellos elementos dan una resultante que no destruye ninguno de ellos y se llama hombre y constituye una individualidad soberana, ciertamente, al lado de millones de otras soberanías análogas.

Si hay luchas no será, en último término, sino la manifestación de vida de cada individualidad, y como en nuestro organismo, al igual que en la naturaleza entera, son a millares de millares tales manifestaciones, es necesario que para coexistir se coordinen, lo que significa que las mismas individualidades se limiten, se reduzcan su campo de acción propio, ensanchándolo al mismo tiempo por la invasión del ajeno, so pena de des-

trucción total. No de otro modo que coordinándose los elementos, si se quiere, en lucha, se llega a la individualidad hombre, resultante, si se quiere también del combate entre las individualidades que lo forman.

No es preciso hacer sendas excursiones por autores que muchas gentes se saben de memoria, para demostrar como el desequilibrio, en nuestras funciones o entre nuestros órganos da el predominio a la individualidad absorbente. Y no es sólo la relación de estómago a cerebro, sino de cada uno a todos y de todos a cada uno. ¿Pero no demuestran estos predominios del cerebro en el hombre dedicado al estudio, del estómago en el glotón, de los miembros inferiores en el andarín, de los brazos en el atleta, etc., que cuando falta o se debilita la coordinación de los elementos que componen el individuo hombre, la individualidad se quebranta? Luego, por brutal, por feroz que sea la lucha entre los seres vivientes, su coexistencia sería imposible, — y ella es un hecho indiscutible — sin la coordinación, sin la asociación, sin la solidaridad, en fin, de cuanto constituye la naturaleza entera.

No discutamos palabras. Los hechos lo son todo.

Para ensalzar, para «superar» esta individualidad que se llama hombre, nada más absurdo que establecer el derecho del más fuerte. Cuando el cerebro absorbe toda la savia del organismo, el organismo perece sin que, naturalmente, el cerebro escape a la catástrofe. Cuando una individualidad acapara, se apodera, roba parte de su savia, de su vida, de su individualidad a las restantes individualidades, la coordinación o asociación de los hombres perece también sin que la individualidad absorbente se salve de la general ruína.

Cada uno de nosotros no está en el centro del universo; cada gran parte o cada parte minúscula de la naturaleza, sea sol o sea infusorio, no es única en el concierto o en la lucha, como se quiera, de la substancia

universal. ¿Combate, solidaridad? Relación infinita de infinitas relaciones es la realidad de la existencia general y de la existencia particular... Puede haber y hay, sin duda, prejuicio en aquellas interpretaciones de la existencia; no la hay en esta última.

Pues así como las relaciones universales de todos los elementos, sea lo que quiera su forma aún no bien determinada, dan por resultante coordinaciones y más coordinaciones, individualidades y más individualidades, armonías y más armonías, tan fugaces como se quiera pero constantemente reproducidas, así también las relaciones de los elementos sociales, los hombres han de producir resultantes coordinadas, armónicas, tan poco permanentes como se pretenda pero siempre reproducidas al infinito, sin lo que la humanidad no podría ser considerada sino como una rara excepción dentro de la naturaleza.

Cada individualidad puede afirmarse como quiera, pero no puede librarse del contacto de las otras individualidades. En la naturaleza, como en la sociedad, las unas están constantemente en presencia de las otras afirmándose y reduciéndose, no destruyéndose. Vivir es eso, coexistir, no aniquilarse. ¡Desdichada intelectualidad la que no acierta a ver más que lobos devorando corderos!

Si ciertas ideas sobre el combate por la existencia fueran fundadas, tendríamos que erigir en regla de vida el desequilibrio, la anormalidad, y tal hacen los metafísicos de la legua que en la plaza pública emboban al respetable público con ridículos volatines.

Sólo así puede llamarse congestión del cerebro a la libertad que mata, con los demás órganos, la individualidad entera. Sólo así puede afirmarse la belleza de la tiranía y la fatalidad de la esclavitud. Sólo así puede decirse que el desenvolvimiento y la potencia de la individualidad está en relación inversa del desenvolvi-

miento y de la potencia de sus elementos componentes.

Cualquiera sutileza filosófica, por hermosa que parezca, será impotente para probar que la salud del hombre consiste en que el cerebro reviente de hartazgo mientras perecen de anemia los demás órganos; que la libertad del hombre estriba en devorar a los demás hombres. Por abstracta que sea la idea de normalidad, de salud, de libertad, se nos impone en el sentido del desenvolvimiento coordinado de «todos» los elementos componentes de una individualidad. Lo contrario equivale a establecer que la apoplegía es el estado de salud para el cerebro, que la indigestión es el estado de salud para el estómago y que... al individuo hombre que lo parta un rayo.

Sí; en general hay que considerar a todos los individuos de todas las especies como casos anormales, principalmente a los individuos de la especie hombre civilizado. Precisamente de la anormalidad reconocida de todos los individuos de todas las especies se deriva la concepción del tipo normal, del mismo modo que de la realidad conocida de la parte, se deriva el concepto del todo; de algo, el de nada; de lo infinito; de lo uno, lo vario. Todo existe en desequilibrio permanente, en estado anormal, sea. Pero ¿no hay siempre una resultante armónica, una tendencia invariable al equilibrio, a la normalidad, al estado de salud, mediante la que cada individuo, «todos» los individuos coexisten y se desenvuelven sin anularse? Para hablar de equilibrio es preciso un estado inicial de desequilibrio anterior. Se empieza por una oposición y se acaba por una coordinación.

Es necesaria la neurosis, la impotencia cerebral de composición para no ver en la existencia más que su lado patológico exigiendo en teoría de la vida la realidad de la muerte.

Lucha, guerra, esclavitud, tiranía, antropofagia, can-

tadas por hombres que presumen de ciencia y de anarquía, esas son las grandezas intelectuales que conducen á la superhombría y al manicomio. La filosofía ultrarradical se diluye en las alucinaciones del misticismo religioso. El pasado y el presente se dan la mano a través de las casas de salud.

Las relaciones, las influencias recíprocas de unos elementos respecto de otros no son la misma cosa que esclavitud y tiranía. Aquéllas son el caso general, éstas el particular. Cuando tales influencias no son coordinadas, puede surgir la absorción, la tiranía; surge casi siempre. Y entonces la salud falta, la normalidad se rompe. Patología pura, quiérase que no. Cuando las relaciones sociales no se libran en la armónica plenitud del desenvolvimiento de todos los componentes, la sociedad, como el hombre, enferma. Hay tiranía, hay esclavitud. Por todos los siglos de los siglos, pese a todas las teologías y a todas las metafísicas, la coexistencia de todo lo que es tendrá por condición el equilibrio, la normalidad, la salud. Póngase por delante toda la movilidad, toda la inestabilidad que se quiera; póngase por delante, a medida del deseo, lucha, desequilibrio, preponderancias y subordinaciones, sólo se es al precio del equilibrio, de la coordinación, de la armonía, de la solidaridad de cuanto existe. Si las cosas ocurrieran de otro modo, nada de lo que es sería.

Se nos habla del individuo en sí y para sí, de su única realidad. Se nos habla de su libertad interna. Pero ¿es que cabe hacer abstracción absoluta de los otros individuos? ¿es que la libertad interna misma, no depende, en gran parte, de las influencias infinitas de los demás individuos? ¿es que hay algo que pueda ser por sí solo? La existencia entera no es sino pura relación y cambio. No hay manera de concebirla desligada individualmente del resto de individualidades. La ciencia puede hacer y hace de hecho el estudio de un mús-

culo, de un átomo, aisladamente. Ello es simple artificio. Para estudiar una función se empieza por prescindir de sus concomitantes. Es una facultad de nuestro entendimiento y una convención que impone el método, nada más. Pero los concomitantes están siempre presentes estorbando la penosa investigación, llamando siempre al orden al atrevido estudiante que osa olvidarse, abstraerse de la vida de relación que bulle en derredor de su soñado individuo, con su única realidad de laboratorio.

Dejemos en paz el lado psicológico de la cuestión. Ello está muy obscuro todavía y mientras la vida nos llame con recios aldabonazos tenemos algo muy importante en que ocuparnos fuera de las sutilezas y filigranas con que quieren singularizarse los que no se acomodan a la pequeñez de su individualidad y deliran con el delirio de la grandeza, oficiantes presuntos de dioses, despreciadores de la enorme masa humana que trabaja y se afana en la estulticie, vengadores y crueles de boquilla, sanguinarios imaginativos como Jehovás de guardarropía con su caja de rayos y truenos, que harían reir a medio mundo si este medio mundo no padeciera una lamentable flojedad en las extremidades inferiores por imbecilidad congénita de todo el organismo.

Quedemos, pues, en que considerado el individuo en sí mismo, es su única realidad, su dios, su todo y en que la libertad consiste precisamente en el pleno desenvolvimiento de la individualidad. Quedemos asimismo en que, naturalmente, como las individualidades se cuentan por millones, para que cada una se desenvuelva es necesario que entren, por así decirlo, en competencia de desarrollo y que, por fin, el principio de vida es precisamente, o lo parece, un principio de lucha, de combate, de pugilato. ¿Deduciremos de aquí la fatalidad de la tiranía de unos sobre otros, la destrucción

de unas individualidades por otras individualidades? Tanto valdría que mi vecino dijera: «Puesto que Fulanito come todos los días buenas chuletas y se atraca de aves, peces y plantas, y los Fulanitos que tal hacen se cuentan por millones, es claro como el agua, cuando el agua no está turbia, que en el mundo no hay más principio formal que el de devorarse los unos a los otros, y desde mañana mismo me dispongo a tragarme hasta a mis congéneres, si me es necesario o se me antoja. Así engordaré y me desarrollaré integralmente, que es todo lo que exige mi personalidad, o dígase mi única realidad».

Glosando a Newton cuando afirma que la materia atrae a la materia, o por lo menos las cosas pasan «como si se atrajeran», diremos que así como del mundo de la materia inconsciente no podemos afirmar sino que las cosas pasan como si unas moléculas atrajesen a otras moléculas, unos planetas a otros planetas, del mundo vivo, del mundo consciente, no podemos afirmar sino que las cosas pasan como si unos elementos lucharan con otros. Mas así como en los espacios planetarios cada mundo persiste en su órbita y coexisten todos armónicamente sin que la atracción los lance unos contra otros; así como en los espacios intermoleculares cada molécula perdura en su esfera de acción sin que las unas a las otras se aniquilen, formando, por el contrario, coordinaciones superiores, organismos variados; así también en los espacios sociales cada individualidad, todas las individualidades a un mismo tiempo, conservan su autonomía sin que la lucha las arroje al aniquilamiento mutuo. Dijérase que es precisamente la lucha lo que las conduce a la asociación, del mismo modo que la atracción conduce al equilibrio de los mundos.

Es así como en el reino animal persisten y prodigiosamente se multiplican los peces chicos que los peces grandes se comen, según el dicho vulgar. Es así como

la humanidad ha podido salvar todos los despotismos y todas las tiranías. La solidaridad ha sido el gran escollo de la bárbara lucha ensalzada por los superhombres de todas las épocas.

El principio de toda existencia «parece» un principio de lucha. La existencia «es, de hecho», una asociación, mil asociaciones, millares de millones de asociaciones. Existencia y coordinación son una misma cosa. La vida, podría decirse en términos algebráicos, es una función de dos principios contrarios, la lucha y la solidaridad, de los cuales conocemos el primero como apariencia y como realidad el segundo.

Cada molécula, cada planeta, cada ser viviente, plantas, animales, hombres, es para sí su todo y única realidad. Pero ninguna de esas unidades, compuestas de otras unidades, tendría realidad alguna fuera de lo que propiamente constituye la existencia, la relación coordinada, permanente y variable a un mismo tiempo, de todas las unidades, cualquiera que sea su naturaleza.

Y si en el mundo de lo inconsciente, en el mundo de las plantas, en el mundo de los animales, la resultante es la solidaridad ¿qué diremos con relación al mundo de los hombres? La «única realidad» de los Stirner y Nietzche es pura quimera. No hay realidad fuera de la vida social. Somos porque coexistimos. Nadie, por poderoso que sea, podrá existir fuera de las relaciones que constituyen la realidad social. Cada uno es «todo» para sí, pero es «algo» para los demás. En vez de limitarse cada uno de nosotros, ensancha su esfera de acción mediante las relaciones de igual a igual. La libertad no tiene un límite en las otras libertades, tiene una ampliación. Cada individualidad es ella misma y un poco también cada una de las demás, del mismo modo que todo el elemento de la materia es algo por sí y algo más por lo que toma a los otros. Lo que está potencialmente en

el ser aislado, está en presencia durante la vida de relación. Esta es la condición indispensable de todo ese desenvolvimiento.

¿Puede, ahora, establecerse una completa analogia entre el mundo físico y el mundo social? Vamos despacio, que cada mundo es un escollo.

Hay en el hombre un factor principal que lo diferencia del resto; hay la conciencia. Ningún determinismo osará afirmar y menos probar que el hombre funciona ni más ni menos que como una partícula cualquiera de materia inconsciente. Por mucho que se quiera reducir el elemento voluntad, y quien dice voluntad dice libertad, de ningún modo son susceptibles de identificación el hombre y la roca. El hombre elige, compara, acepta o rechaza, o bien siguiendo la expresión empleada en otras partes de este artículo, obra como si eligiera, comparara aceptara o rechazara. La vida social tiene para ello todos los caracteres de un concierto voluntario. No es menester ahondar más. A los efectos de buscar los mejores medios de convivencia social, lo repetimos, la parte psicológica de la cuestión no tiene gran importancia. Lo esencial es que el individuo pueda obrar como si eligiera, comparara y aceptara o rechazara libremente.

Aunque la sociedad venga dada por las condiciones generales de la existencia, carece de realidad para el individuo mientras éste no entra en relación directa o indirecta con sus análogos. El hecho de hallarse en presencia los unos de los otros, constituye por sí solo la sociedad, pero no se hace efectiva sino mediante millares de millones de pequeños convenios para los que la libertad, toda la libertad es necesaria al hombre.

Tal es la razón fundamental de la anarquía. Libertad y solidaridad son su esencia.

Ya que de libertad hablamos, preciso será que concretemos el alcance de la palabra.

La libertad, en el sentido absoluto que se da a este vocablo, es una quimera. Cuanto existe está condicionado de tal forma que no queda espacio para el libre arbitrio. Físicamente nada puede salirse de las condiciones generales de la naturaleza y de sus condiciones propias. No cabe hacer excepción a beneficio del hombre. Aun cuando éste parece sobreponerse a las condiciones del medio y a sus propias facultades, no hace sino acudir a un subterfugio. Surca los aires, pero no vuela. Desciende al fondo de los mares y allí respira y vive un cierto tiempo, pero encierra y lleva consigo el ambiente exterior necesario a su existencia. La libertad moral es simplemente un caso particular de la libertad física. Cada uno sólo quiere lo que puede; y, si hace lo que quiere, es porque no quiere más que lo que puede. Así la libertad no es, en todo caso, más que el esfuerzo por substraerse a condiciones dadas en la naturaleza o en nuestro organismo. El desenvolvimiento de la personalidad implica el combate por liberarnos de todo atadero físico y moral.

Socialmente la libertad tiene análogo sentido relativo. En el mejor de los mundos, en el más libre de los estados sociales, cada uno habrá de soportar, cuando no solicitar, la presencia y la cooperación de los demás; vivirá en un medio común, por tanto, con todos los inconvenientes y cortapisas, y también con todas las ventajas de la comunidad. Aquí también el esfuerzo individual por sobrepujar determinadas condiciones, es en lo que estriba la libertad.

Pero, en tal terreno, hay que tener en cuenta álgo más esencial. A los ataderos físicos, morales y sociales, ha venido a sumarse en el curso de la historia un atadero más, el atadero artificial de las instituciones autoritarias, la propiedad inclusive. Así, en ese estado actual, el individuo no sólo lucha por superar condiciones que reducen a un mínimum su libertad sino que tam-

bién por destruir todo un mundo de artificios que le aplasta y le estruja. Y ese problema es verdaderamente importante y únicamente práctico. Aquellos otros habrán de resolverse teóricamente en el dominio de la ciencia, y en el de los hechos a medio del esfuerzo personal y el esfuerzo común en la continua mudanza de las costumbres, de los gustos, de las inclinaciones, de la educación, etc. Es la labor eterna de los tiempos presentes o futuros.

Mas el otro problema, el que toca a la vida real en sociedad, habrá de ser resuelto sobre la marcha por la conquista de «toda la libertad de sentimiento, de pensamiento y de acción» indispensable al desenvolvimiento integral de todas las individualidades. Esta libertad real y efectiva, no la soñada y estrafalaria de los neoindividualistas, es la que entraña el socialismo anarquista.

Proclamamos, pues, la libertad total del individuo y porque esta libertad sea un hecho para «todos» los individuos, proclamamos también la igualdad o equivalencia de condiciones. Inútil fuera el derrocamiento de todas las tiranías si quedara en pie la tiranía de la riqueza para unos y la penuria para otros. Basta que la naturaleza nos arme desigualmente para que en el combate por superarnos, flote triunfante la virilidad, el arte, el saber, etc. Agregar desigualdades artificiales, es castrar a la mayor y mejor parte de la humanidad. Y aun entendemos que si fuera hacedero el empeño de encumbrar a todos al arte, a la ciencia, a la virilidad, al heroismo, habría de ser ello el más noble y el más bello de los ideales humanos. No se trata desde luego de la igualdad de cuartel o de convento; se trata de que cada uno tenga a su libre disposición todos los medios de desenvolverse física, moral e intelectualmente del mismo modo que puede tomar a la naturaleza el aire respirable necesario, el sol que le caliente, todo lo

que precise, las fuerzas, en fin, que juzgue indispensables a su existencia. ¿Es esto claro? ¿Puede desear más el más exigente individualista?

Presupone este principio, proclamado por todos los anarquistas viejos, el mismo hecho de convivencia en sociedad. Ciertamente no es preciso que agreguemos nada a la idea de libertad tal como la hemos expuesto. La solidaridad, el libre acuerdo, etc., son modos de designar un método. Porque la vida en sociedad o comunidad es y será siempre un hecho fuera de toda discusión y es claro que por mucha libertad que se goce se gozarán dentro y no fuera de la vida de relación. Y pues que esta vida de relación, que esta vida de sociedad o de solidaridad no es un artificio ni una invención sino una realidad y una necesidad, ¿qué otro método que el de libre acuerdo sería aplicable en el mundo anarquista? Agreguémoslo, por lo tanto, o no, cualquier discusión sería baladí. Libertad y solidaridad vienen siempre aparejadas, como instrumento aquélla, como consecuencia ésta.

Sin método no hay estudio posible, no hay ciencia posible, no hay arte posible, no hay trabajo, no hay vida posibles. Anarquía supone método, como autoridad supone subordinación. El método anarquista es el de la libre cooperación mediante acuerdos voluntarios, naturalmente. Lo otro será el entronizamiento de cierto número de individualidades, será lo que se quiera menos la anarquía en acción o sea la libertad para todos. El principio anarquista implica la coordinación espontánea de los individuos para el trabajo, para la ciencia, para el arte, para la vida, en fin, o no significa nada como no sea el hermoso caos de que nos hablan a toda hora los imbéciles de la burguesía o nos ensalzan algunos que del natural individualismo anárquico, pretenden hacer una novísima tontología individualista.

No hablamos ni queremos hablar de sistemas cerra-

dos, de más o menos comunismo. Ello ha sido descartado de toda discusión tiempo ha. Cooperación libre, es decir, anarquía: he ahí todo. Y que no se nos venga con los distingos de que en ciertos trabajos se impondrá el comunismo y en ciertos otros el individualismo por el hecho sencillo de que un cuadro no se ejecute por un centenar de pintores, y para hacer una locomotora se necesite en cambio un millar de mecánicos. Tales puerilidades acusan una mentalidad muy pobre, denuncian una mollera de cal y canto. Y esas puerilidades vienen del lado de los superhombres que han puesto una frontera entre el trabajo mecánico y el trabajo intelectual inventando la categoría ridícula del intelectualismo, como si los demás mortales tuvieran el cerebro para defecar en salvo sea la parte.

Prescindamos de que ningún cuadro, grande ni chico, saldría de manos del pintor sin la cooperación del que fabrica la tela, del que prepara las pinturas, etc. y de que ni aun el mismo pintor sería algo sin el que le suministra los alimentos, los vestidos, la vivienda. ¿Qué relación puede haber entre el individualismo, como principio, y el hecho vulgarísimo de que para echar unas medias suelas no sea necesario más que un solo individuo? Porque para el caso es tan respetable ejemplo el sapiente zapatero como el melenudo Apeles, salvo el más acabado dictamen de nuestros superhombres.

Por otra parte ¿no anda por ahí también un poco de preocupación, de hábito, de prejuicio? Cada vez se hacen más difíciles las obras individuales de ciencia. Ya en nuestros tiempos colaboran en una misma faena científica multitud de sabios y cuando una nueva invención sale a la superficie, sería muy aventurado atribuirla a estudios exclusivos del que la pregunta. ¿No podría ocurrir lo mismo en el campo del arte? Aun cuando tal o cual obra sea el fruto de un pensamiento individual,

y esto ocurre siempre, ¿no podría ser al propio tiempo el resultado de una cooperación necesaria?

Todo ello no significa sino que aun los que más pregonan la libertad, se empeñan en meter la vida por estrechos y tortuosos senderos. Hay campo en la anarquía para todas las formas de trabajo, de acción, de pensamiento. Hay campo para la expresión amplia y libre de todas las modalidades posibles.

Por el momento vamos derechamente a conquistar toda la libertad para vivir a nuestro gusto. Por el momento vamos derechamente a conquistar todos los medios de convivencia social para ser real y efectivamente libres. El resto vendrá por añadidura sin necesidad de determinaciones «a priori» que cierran el paso a posibilidades que no podemos prever.

La anarquía no significa de ningún modo una forma exclusiva de acción, más o menos comunismo, menos o más individualismo. Significa la posibilidad de todos los modos de acción a medio de la total libertad de iniciativas, de procedimientos, de conducta. Podrá haber y habrá, sin duda, una resultante que prepondere, pero sin negar ni destruir cualesquiera otras resultantes. Se trata de la vida en sociedad, producto de millones de libres conciertos. La abstracción a un lado; aquí queremos hablar y debemos hablar de la realidad, del tanto cuanto de cada día, de la práctica simple de la libertad de acción. En el curso del tiempo la evolución hará su camino sin trabas: esto es todo. Hartos de pragmáticas sobre el porvenir, nos reducimos al momento inicial de la anarquía, seguros de que, conquistada la libertad, ella hará su obra. Inútil que desde ahora decretemos fórmulas. Y no es esto renunciar al estudio del desenvolvimiento social presente o venidero. Es afirmar todo lo que conocemos, comprobado por la experiencia, acogiendo con desdén disquisiciones que quisiera hacérsenos tragar como sendas verdades. Nos interesan todos

los problemas, pero carecemos de fe para toda solución hipotética. Necesitamos realidades; realidades para liberarnos socialmente. Contentarse con unos trozos de metafísica mejor o peor hilvanados, quédese para los escuálidos de músculos y de cerebro. Los que hablan del hombre fuerte olvidan, sin duda, que la vieja anarquía los quiere tan fuertes, tan equilibradamente fuertes, que no se satisface con menos que verlos recios de músculos y recios de intelecto. Por eso reclama pan, mucho pan, según la expresión gráfica y vulgar, y luz, mucha luz para que el desarrollo individual no caiga ni del lado de la bestia ni del lado de la neurastenia. De brutos y de desequilibrados estamos ya hasta la coronilla.

Si esto es cristianismo, si esto es falsa ciencia, si esto es estática social, imitación, retroceso, confesámonos los más ignorantes de los hombres. El empleo de ciertas locuciones no autoriza consecuencias a todas luces aventuradas, sobre todo en aquéllos que tienen por fetiches la lucha por la vida, la reconcentración egoista del individuo, el superhombre, etc. Por mi parte confieso que me es profundamente antipático el proselitismo a golpe de frases. Ellas acusan generalmente carencia de ideas. Pero nuestro pobre estado mental explica bien, a quien examine el asunto sin pasión, porque vale más la terminología Revolución social, Huelga general, Felicidad humana, Fraternidad universal, Solidaridad, Apoyo mútuo, que las mismas ideas que encierran. Del mismo modo tiene explicación el hecho de que la mayor parte de las gentes propendan a conclusiones definitivas y que muchos anarquistas hablen como hombres de fe respecto a la futura armonía social, el apagamiento de las pasiones, etc. Nosotros no creemos que la anarquía será un paraíso. No creemos en la total realización de la felicidad. No creemos en el amor universal. No creemos en la perfecta solidaridad humana. Y no creemos en todas estas cosas y otras más porque no nos arrastran

un falso sentimentalismo por senderos que a la postre nos conducirían al sacrificio de la personalidad y al sacrificio también de la humanidad.

La anarquía no será un paraíso porque el paraíso no es realizable. La anarquía será siempre la vida libre, la vida cómodo y plena lo más posible; siempre más y más cómodo, siempre más y más plena, más y más libre. Sin ninguno de los obstáculos, de las tiranías y de las expoliaciones actuales, cada uno podrá desenvolverse a su placer en todos los órdenes de la existencia. La evolución se hará libre y expontáneamente. Y si la posibilidad de actuar en todas direcciones no implicara la posibilidad de todas las comodidades ,y recíprocamente, la anarquía sería una mentira más, indigna del menor esfuerzo individual o colectivo de conquista. Pero quien dice más y menos, dice imperfección, dice naturalmente movimiento, camino recorrido o a recorrer de uno a otro término. ¿Qué otra cosa si no es la vida? ¿Qué otra cosa será en plena anarquía? Movimiento de avance, de mejoramiento, de liberación mayor, no cabe dudarlo, ello será la anarquía prácticamente. ¿Una realización absoluta? ¿Superar de una vez para siempre todas las condiciones? ¡Jamás! Eso sería la cesación de la vida por falta de objeto. Por esto es un sueño la decantada felicidad paradística, el amor universal, la solidaridad perfecta de los humanos. La anarquía no supone, no puede suponer la muerte de las pasiones ni la capacidad absoluta de realización. Sabemos muy bien que no caminamos en pos de una sociedad de ángeles y que la libertad no nos hará todopoderosos. Habrá, pues, deficiencias, contrariedades, obstáculos, antagonismos; habrá todo lo que se deriva de nuestra naturaleza limitada e imperfecta. Habrá asimismo imposibilidad temporal o absoluta de realización. ¿Cómo no si el acicate de nuestra existencia es precisamente la lucha con toda limitación y con toda imposibilidad? Solamente los ce-

rebros castrados pueden atribuirnos la tontería de aspirar a un mundo de ángeles en un paraíso de divinidades.

Vamos a la anarquía con hombres de carne y hueso, defectuosos, apasionados, violentos o flemáticos, amorosos o indiferentes. Y vamos a un mundo social de libertad y comodidad sin que pretendamos alcanzar toda la comodidad y toda la libertad. Mas allá de la anarquía habrá siempre libertad y comodidad que conquistar. Inexplicable una negativa en labios que proclaman la necesidad de que el hombre se supere a sí mismo.

¿Es cristianismo este sentido de la anarquía? Necio, quien tal diga. ¿Qué tiene que ver el más allá religioso, que olvida la vida terrenal, con el más allá de todo indefinido desenvolvimiento humano, físico o moral? Científicamente, y si se quiere metafísicamente, toda realización absoluta es absurda. Fuera, pues, el orden sobrehumano que es en el que únicamente podría asentarse por pretendidas ciencias lo absoluto; no hay más que realizaciones parciales, relativas; caminos a recorrer, movimientos oscilatorios, más o menos; una escalera sin fin por la que van trepando cosas y seres sin alcanzar jamás el postrer peldaño. ¿Hay un término absoluto para toda evolución? Que contesten los que nos tachan de cristianos y anticientíficos.

Será, pues, la anarquía condicionada por circunstancias de lugar y de tiempo; será, pues, la libertad y la solidaridad lo que puedan ser dados nuestros conocimientos, nuestra educación, etc., del momento; será la felicidad, será el amor entre humanos lo que permita el estado de nuestro propio desenvolvimiento en el curso del tiempo. Y por eso la anarquía no será un paraíso, ni es necesario que lo sea; no querríamos siquiera que lo fuera.

La libertad, toda la libertad para todos; la libertad de «poder» elaborar la dicha propia y la dicha general;

la libertad de «poder» emanciparnos interior y exteriormente cada vez más: esa es la anarquía.

Y la libertad no existirá jamás para todos, allí donde todos también no puedan disponer de los mismos medios de acción, allí donde las condiciones de la existencia social favorezcan exclusivismos que se escudan en diferencias naturales que deberían bastarse a si mismas, ya que tal es su decantado poder.

Hay en verdad dos medios de que los hombres se apropien lo necesario a su existencia. O bien se conciertan para obtenerlo o bien cada uno a su modo de agencia como pueda cuanto necesite. El primer método supone asociación o cooperación; el segundo, si tal puede llamarse, es el asalto a la naturaleza, la lucha a brazo partido por el pedazo de pan. Ya sabemos como este segundo procedimiento ha sido aplicado hasta ahora; el término de la evolución se llama asociación capitalista y subordinación obrera. El asalto, la lucha no ha podido prescindir de la cooperación aunque ésta sea voluntaria para un grupo de hombres muy pequeño y forzosa para otro muy grande.

En plena libertad social, ¿qué haríamos? Ciertamente la libertad sería un mito si el individuo no tuviera a su disposición todos los medios de desenvolverse, alimentos, vivienda, vestidos, conocimientos, artes, etc. Pero... y sin «peros no hay razonamiento posible, no es un individuo solo el que se halla en aquel caso; son millones de individuos y por tanto no se puede decir que el individuo ha de apropiarse, sin ningún género de consideraciones, cuando necesite para su total integración sino que los millones de individuos presentes o futuros han de tomar lo que precisen donde y como lo encuentren.

Aceptemos el léxico especial de los aficionados a sacar punta a las cosas más sencillas. Pues bien; o los hombres se entienden para el mejor aprovechamiento de

lo que está a disposición de todos, o cada uno tira por su lado y a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga. Este último es el caso de los señores de la reconcentración egoísta del individuo y también de los comunistas aficionados a la filosofía simplista del montón. Las consecuencias son bien llanas. Cada uno tomará lo más que pueda y al paso que algunos lo tendrán todo, muchos no tendrán nada. A la postre, la mayor parte será víctima del despilfarro de una minoría, — ni más ni menos que como ahora — y eso de la integración y de la reconcentración egoísta del individuo y otras zarandajas metafísicas, serán música celestial para los millones de individuos que, sin duda, no significan nada para los secuaces del «Unico y su Propiedad».

Permítaseme que llegado a este punto haga gracia al sentido común, al buen sentido de los ignorantes que como yo, uno de tantos, no comulgan en las aberraciones de la neurastenia, haga gracia digo, de mayores razonamientos. No son necesarios.

Para disponer de los frutos del campo, será menester que contemos con los campesinos. Para disponer de las viviendas, de las telas, de las máquinas, etc., será preciso que nos entendamos amigablemente, muy amigablemente, o muy pronto no tendremos ni máquinas, ni telas, ni viviendas, ni frutos de la tierra. La producción es imposible sin el concierto de millones de voluntades. Y si se habla de la producción que baste, por lo menos a satisfacer todas las necesidades, la imposibilidad crece de punto. Para que cada uno pueda desenvolverse en el mayor grado, habrá de asegurar primeramente los medios adecuados a tal desenvolvimiento o bien conformarse a que la mayor parte se quede en ayunas. Así, lisa y llanamente, sin más honduras filosóficas, hay que plantear la cuestión. La libertad es ante todo una cuestión de pan, por mucho que lo sientan los que quisieran alimentarnos de rayos de luna y puestas

de sol. El problema es ante todo un problema de nutrición, pese a la andante caballería del neo- individualista. Un animal, un simple animal primero, eso es el hombre; después todo lo que se quiera. Pues resolvamos aquel problema y todos los demás quedarán resueltos. Porque asegurar los medios de subsistencia en un mundo de libertad es posibilitar a todos los hombres el desenvolvimiento pleno de sus individualidades, que es precisamente el credo de la vieja anarquía. Toda la libertad será necesariamente, fatalmente, cooperación voluntaria, libre acuerdo, solidaridad humana. En el concierto libre de las voluntades estriba la independencia individual, la independencia de todas las individualidades.

La cooperación no impedirá sino que facilitará la integración individual. Tan solo, tan aislado como quiera podrá vivir quien quiera. A los que la multitud moleste con su tufo de rebaño, nadie irá a sacarlos de su torre de marfil. Hasta para la masturbación intelectual habrá espacio. Y también compasión.

*

* *

Hagamos un paréntesis para decir, por si es necesario, que no sólo de pan vive el hombre. La más gran parte de la vida humana pertenece a los afectos, a los gustos, al arte, a la ciencia. Vivimos más por el cerebro y por el corazón que por el estómago, sin olvidar que sin estómago no hay ni siquiera individuo. Y porque millones de hombres son apenas algo más que bestias que comen y trabajan, el anhelo de felicidad, de libertad, de justicia; la sed de los goces elevados que la ciencia y el arte suministran, toman en las almas sencillas de la multitud — y vaya por delante mi repugnancia a tal lenguaje — formas de religiosidad que sueña en lo ab-

soluto. ¿Cómo no, cuando se relaciona la vida plena que se entrevé con la vida mísera que se sufre? Hartos de odios, deliran con el amor universal humano; hartos de luchas, con la más grande y la hermosa de las hermandades; hartos de violencias, con la más paradisíaca de las paces. Ignorantes, de presente, hasta la bestialidad, antójanse futuros sabios infalibles, artistas consumados. Sueñan en un mismo punto y en un mismo instante la realización de todos los inaccesibles ideales. Habla, sí, el sentimentalismo infantil y habla fuertemente. Dejemos que también los niños laboren por el porvenir. Y entre tanto, cultivemos su inteligencia iluminándola con las realidades de la ciencia, no atiborrándola de pócimas mortíferas de charlatán de plazuela.

Nosotros cantamos a la ciencia y al arte el himno de nuestros más vivos entusiasmos y, a poder hacerlo, desde ahora socializaríamos con el pan todos los goces y todos los conocimientos. Porque queremos la plenitud de la vida afectiva y del pensamiento, aplicamos nuestras fuerzas a la realización de aquella forma de vida social en que tal plenitud sería posible.

Mas cuando nos salen al paso pretendidos filósofos o envanecidos sociólogos, literatos y artistas de guardarropía que, como en los anuncios de cuarta plana de la prensa rotativa, nos endilgan cada cuatro palabras un elogio a la ciencia o al arte y prodigan a porrillo los adjetivos derivados, sentimos tentación vivísima de enviar a la porra la ciencia, el arte, los científicos y los artistas. Todo ello es música celestial para embobar incautos o recrear imbéciles.

Y a pesar de nuestras aficiones al estudio y a pesar de nuestros gustos artísticos y a pesar también de nuestro entusiasmo por la gran obra del progreso humano, nos sentimos entonces cada vez más pueblo, cada vez más multitud y parécenos ver alzarse fuertes y amenazadores los brazos vellosos de los supuestos sub-hom-

bres que, en su brutalidad ciega que destruye y crea, son el sostén de toda la pandilla de necios infatuados que no hallan mejor modo de considerarse grandes que achicando extraordinariamente cuanto les rodea.

*
* *

Concluimos. La anarquía oscila entre dos abismos. De una parte el culto a la violencia por la violencia misma; de otra la adoración fetichista del yo escueto en la absurda soledad de una libertad mentida. A fuerza de proclamar la rebeldía y la revolución, hay quien ha pensado que era justicia en el obrero todo lo que reputaba injusto en el burgués y, paso a paso, se ha caído en la justificación del sacrificio humano. El viejo jacobinismo. resurgió en las luchas de nuestros días y por la salud del pueblo se hizo la apología del asesinato. Del mismo modo, a fuerza de ensalzar la libertad individual, el derecho autónomo del hombre, se ha creído que todo lazo de solidaridad entre humanos era un atentado a la individualidad y que fuera del absoluto y egoísta yo, no había realidad ni vida posibles. De un lado y de otro se da la razón a los poderosos y avisados que nos diezman y nos explotan. En defensa propia, y por su propia justificación mata la burguesía y roba la burguesía; por la suprema ley de su individualidad irreductible, el tirano, en cualquier forma, gobernante o sacerdote, soldado o magistrado, asesina, esquilma, encarcela, explota, hace, en fin, y hace bien, conforme a la tesis individualista, cuanto quiere y como quiere. Todos los esfuerzos hechos por una filosofía humana que vé hacia afuera precisamente porque sabe reconcentrarse en sí misma la soberana razón, quedan declarados nulos después de esta vuelta bárbara al derecho del más fuerte por su astucia, por su crueldad o por su violencia. Cuan-

do se había creído que la finalidad del progreso humano era la sofocación de la bestia en el hombre, he aquí que la bestia resurge práctica y teóricamente. Y si en la sucesión histórica de nuestras luchas se halla explicación para todas las exageraciones, incluso la que pregona la matanza sin objeto y la que proclama el aislamiento egoista, no hay nada que las justifique y que hable a la razón de una sombra de equidad, de humanidad y mucho menos de libertad.

Los desbordes de la pasión y del pensamiento son fruto corrosivo de un mundo de odios donde se lucha a dentelladas y ese fruto ha venido del anarquismo, del lado de la fuerza obrera, del lado de allá del elemento popular que sin sutilezas de ninguna especie está en marcha hace ya tiempo hacia un mundo que son incapaces de comprender los que serían seguramente incapaces de vivirlo.

Un poquito de atención lo merecen hasta los mayores desatinos de la inteligencia, porque casi siempre encierran algo de verdad que se escapa a los mismos que los formulan. Pero para desatinos que revelan concupiscencias y vanidades, orgullos y soberbias de impotentes, un poco de desdén es indispensable.

Somos de los que creen que el anarquismo debe volver sobre sí mismo huyendo de quintas esencias que, además de no conducir a nada práctico, tienen la propiedad de extraviar a las cabezas más firmes. Y si siempre es conveniente poner freno a las demasías del charlatanismo que habla a tontas y a locas de lo que no entiende, mucho más lo es ponerla a los excesos de la petulancia que se infla con palabras e ideas resonantes pero faltas de médula.

Por la anarquía afirmamos que la vieja tendencia de la revolución clásica ahogará, sin grande esfuerzo, esas notas disonantes en que parecen complacerse gentes que

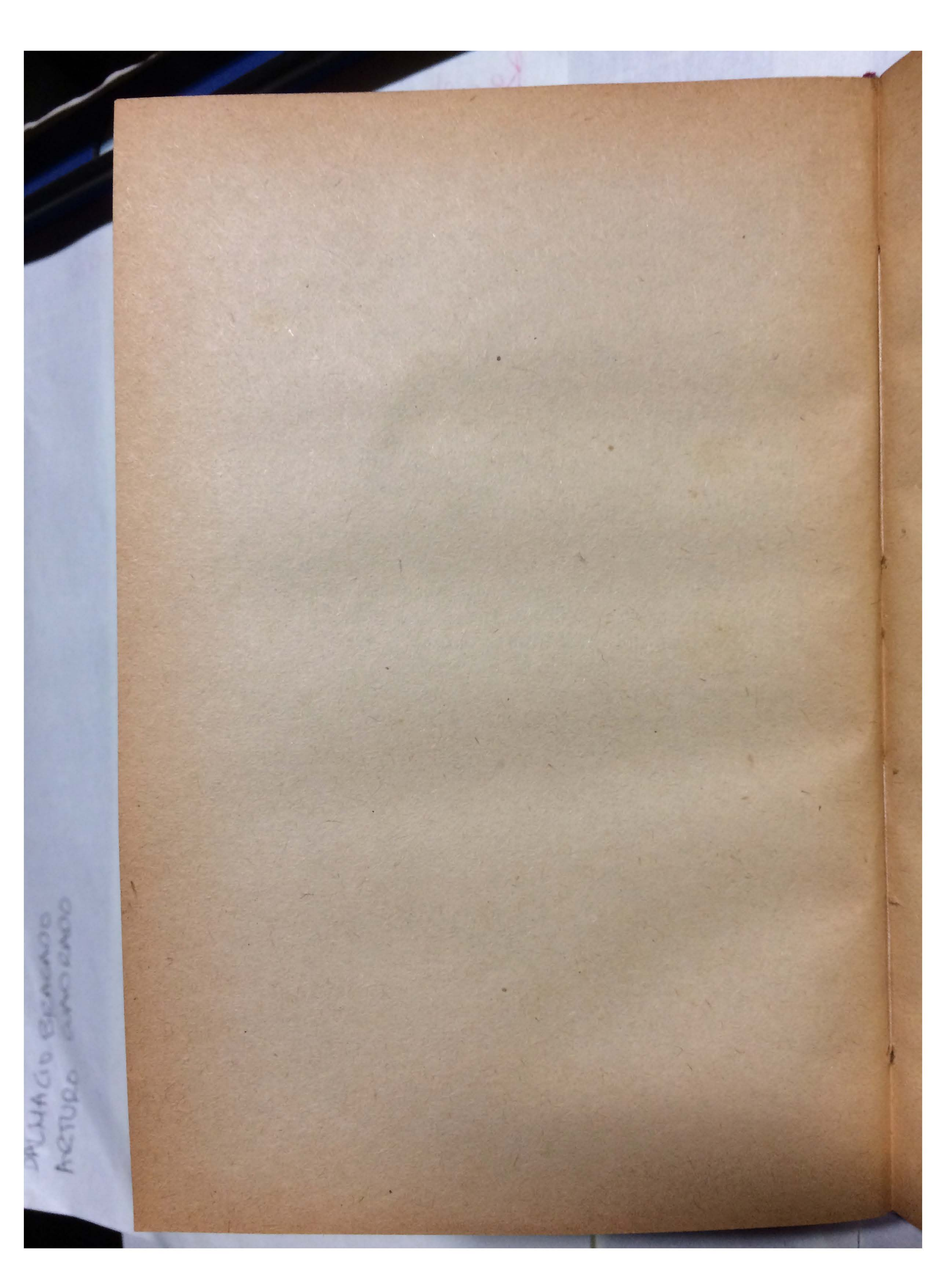
tienen oídos reñidos con la armonía plácida del arte de las artes.

No hay abismo en que pueda precipitarse lo que es resultado positivo de la evolución humana. La anarquía, la vieja anarquía, triunfará de todos los perros que le ladran al paso.

Síntesis amplísima de los dos términos, al parecer contrarios, en que el hombre libra su existencia y la humanidad perdura a través de todas las aberraciones, la anarquía es al propio tiempo libertad y solidaridad, equilibrio instable, resultante continua de atracciones y repulsiones en que la vida oscila, en que vibra la existencia como vibra la materia en el seno de la armonía universal. Símbolo de símbolos, representación vivida de todas las cosas, es el ideal que se ensancha, que se engrandece a medida que a él nos aproximamos. No hay límite ni valla; no hay molde ni fórmula que pueda contenerlo porque tiene una expresión ilimitada: el ilimitado progreso del individuo y de la especie.

Es así como entiende la anarquía un viejo anarquista, bastante joven para no dejarse atrapar en ninguna malla por los pescadores, más o menos hábiles, del intelectualismo en boga.





LAS DOS ESPAÑAS

No voy a hablar, naturalmente, a título de patriota; pero como pudiera parecerlo, allá vá una pequeña digresión a tal propósito.

Substituír una preocupación a otra preocupación, un prejuicio a otro prejuicio; nada resuelve ni nada corrige. La afirmación de la patria, estado de fuerza o de derecho, nada o poco tiene que ver con la afirmación de la patria, estado afectivo. Se puede sentir hondamente las cosas de la tierra y ser tan cosmopolita como se quiera. Para negar las patrias, expresión de antagonismos irreductibles, no es menester que demos de bruces en el exclusivismo que halla bueno, excelente, todo lo distante; y malo, más bien pésimo, todo lo próximo, por la sola razón de referirse a la patria propia. Es esta una manera de ser patriota al revés, es decir, patriota de las otras patrias. Para tratar desapasionadamente cualquier asunto que con la idea o la realidad de la patria se refiera, hay que estar curado de esos dos prejuicios, igualmente dañosos.

¿Puede, en ese supuesto, hablar un anarquista de cualquier país, así haya nacido en él y examinar, sin «parti pris», las condiciones recomendables o censurables del mismo? Creo que la respuesta no es dudosa.

Parezca lo que parezca, así se me tache de patriotero, amparado en una razón y en un derecho, que tengo por indiscutible, voy a decir, a renglón seguido, lo que

pienso de ciertos juicios y de ciertas afirmaciones referentes a España.

Anda por ahí una leyenda que nos pinta como país absolutamente ignorante, degenerado por la tauromaquía y el flamenquismo, sometido servilmente a la más dura tiranía, atenaceado por el atavismo inquisitorial. Aquí, por lo visto, llevan todavía las mujeres la navaja en la liga, perdura el derecho de pernada, subsisten los señores feudales y la sopa de convento, se mata el hambre arañando rabiosamente las cuerdas de la guitarra, y entre cañas y toros, y juergas y rezos, el pueblo español está tan embrutecido ogaño como antaño. Los demás países de Europa y América nos miran como bichos raros y nosotros mismos parecemos complacidos de que se nos tenga por anacrónicos.

Dije leyenda y no rectifico. Porque España, a la hora presente, guarda sin duda reminiscencias del tiempo viejo (¿cómo negarlo?); conserva acaso demasiados restos del dominio inquisitorial y del despotismo político; anda sin pulso, en crisis innegable de transición; persiste en su idiosincracia singular, en costumbres y hábitos que tal vez arraiguen en el carácter y en el temperamento, pero la España actual tiene también otras condiciones que la alejan definitivamente del tiempo pasado. Desconocerlas, vale tanto como negar la evidencia y empeñarse en galvanizar un cadáver. Esto pretenden, sin duda, los que desde fuera o desde dentro gritan, pintan y exageran cosas que fueron y callan cosas que son.

Cierto que el mundo oficial, religioso y capitalista se nutre en la historia de tiranías y crueldades bárbaras: cierto que nuestro llamado progreso político es mera apariencia, máscara el constitucionalismo, farsa el parlamento; cierto que no hay ni respeto ni garantía para la independencia y el derecho personal, que gobierna el capricho y la nulidad, que reviven a ratos

castigos infamantes torturas y suplicios y que, por poco más de nada, se persigue y se encarcela a todo el que disiente del cómodo pensar de los que mandan. Pero, ¿dónde, cómo y cuándo se vive fuera de los atavismos políticos y religiosos? ¿Qué país ha roto con su pasado de sangre y de negrura? ¿Dónde está el Eden en que no sea farsa el parlamento, y máscara la constitución? ¿Cuál es la tierra de promisión de las leyes inflexibles, iguales para todos, donde no gobiernen los granujas, los prevaricadores y los concupiscentes?

La republicana Francia tiene a su cuenta las leyes de excepción contra los anarquistas, la cuestión Dreyfus, los fusilamientos de huelguistas, los procesos escandalosos en que se pretendió englobar a escritores y revolucionarios con delincuentes comunes. Las acechanzas policiales contra nuestros amigos, no han tenido hasta ahora semejanza en parte alguna. Se los asediaba hasta arrojarlos de los talleres y de las viviendas, acorralándolos solapadamente. El Congreso socialista revolucionario convocado cuando la Exposición, se habría, seguramente, reunido en España, y no pudo reunirse en París porque lo prohibió aquel gobierno republicano. El lema Libertad, Igualdad, Fraternidad se ostenta en todas partes fanfarronamente y es allí, como en cualquier nación, burla grosera con que se insulta al pueblo.

Las leyes de represión del anarquismo son en España copia de las francesas, como los destierros actuales son una pésima traducción del «domicilio coatto» de Italia. Si aquí tenemos tormentos de Montjuich, la muy republicana y muy federal América del Norte, tiene las horcas de Chicago: su expulsión de anarquistas la muy libre Argentina.

Estos son apuntes a la ligera y muy someros. Puesto a «documentar» este artículo, no bastaría un volu-

men para las pruebas mil de que en todas partes cuecen habas.

¿Diremos una perogrullada afirmando que hay otra España que no es rufianesca, que no es despótica, que no es servil, que no es ignara, que hay, en fin, dos Españas, como hay dos Francias, dos Italias, etc.?

Pues sí; hay otra España que no se quiere conocer, de la que por acá mismo no se tienen muchas noticias. Socialmente hay una España opuesta a la chulapería y a los toros, una España que estudia y labora por un mejor estado; que desarrolla y extiende la cultura, fomenta las artes y moraliza las costumbres.

Principalmente en Cataluña, y conste que no es catalán el que habla, la clase obrera y la burguesía modesta pódrían y deberían servir de modelo a otros países que nos juzgan mal porque nos desconocen. La afición a la música y al canto son generales. Las diversiones favoritas son los teatros, los conciertos, las conferencias, las excursiones al campo. La moderación en las costumbres es tal, que difícilmente se ve un borracho por las calles. Guardo grata memoria de una de esas excursiones a que fuí invitado por algunos amigos. Mi sorpresa fué grande, no obstante los antecedentes que ya tenía, cuando observé que en aquella reunión de veinte a treinta hombres y sus familias, en la que se hizo música, se cantó, se bailó y comió y bebió bien, no hubo ni una sola nota discordante, ni el menor indicio de embriaguez, ni el más pequeño choque, nada que pudiese hacer torcer el gesto al más exigente.

¿Y qué decir del Norte y Noroeste de España? Bien conocidos y ponderados son los hábitos morigeradores, la dulzura del carácter, la bondad de trato y de costumbres de aquellas gentes.

Se dirá que Andalucía es atrozmente ignorante y miserable y vive aún en plena Edad Media. ¡Desdichada región que por rica, es pobre; ella da la nota a un

tiempo penosa y risueña, de la España clásica! Y sin embargo, el ingenio, la viva imaginación, la riqueza de sentimientos y la alegría del vivir de aquellos escuálidos y depauperados campesinos, para sí las quisieran los misántropos que los denigran. Allí se canta y se baila y se ríe porque la naturaleza toda, aire, luz, sol, canta, ríe y baila. Cabrillea en los cerebros el fulgor de la vida plena, difundido en el ambiente espléndido, magnífico, insuperable. Cosquillea en los nervios el impulso vigoroso, el hálito fecundante y cálido de la naturaleza que allí vibra fortísimo como en parte alguna Y la alegría del vivir salta y brinca en el «frou frou» de las faldas mujeriles y en el aroma de las flores con que adornan su cabeza y en los vivos colores de sus pañuelos mantones. Ello no impide ni impedirá que Andalucía progrese, que sus campesinos vayan entrando en los dominios de la cultura general. El obstáculo feroz, obstinado, es la riqueza acumulada, la explotación escandalosa, que auxilian autoridades bárbaras. Pero el obstáculo será vencido porque hay una España que lo arrollará, una España sin manolas y chisperos, que estudia, rinde culto al arte y ambiciona la ciencia.

¿Somos por todo lo dicho, mejores o peores que otros? Ni peores ni mejores; somos como somos y los otros son como son. Y los que quieran conocernos que se den una vuelta por acá y en lugar de colarse de rondón en las plazas de toros y en los degenerados cafés cantantes, donde sólo obtendrán la caricatura de España, que se tomen la molestia de estudiarnos. Y a su vez los que del lado de acá, cargados de bilis, vociferan sus pesimismos, que se den una vuelta por Europa y América y si no se reducen a visitar museos y bibliotecas, verán que en ninguna parte se atan los perros con longaniza.

Políticamente, la España actual, la otra España, agena al oficialismo, distinta y opuesta al Estado; con-

traria a la frailocracia, nuestra mayor calamidad; reñida del todo con la tradición de que la leyenda arranca, es quizá menos conocida que la España social. Esta otra España es la del federalismo insurgente, del socialismo y del anarquismo activos, una España de ideas netamente progresivas, fautora, no simple recipiente de ideales y aspiraciones generosas. Es otra España es la de los centenares de escuelas neutras clausuradas ahora por la reacción sin duda para hacernos conocer lo que ni nosotros mismos conocíamos en toda su magnitud; es la de esa gran obra de educación y cultura que revela la existencia de un pueblo capaz de todas las empresas, lleno de energía y de constancia y de firmeza. Al lado de esos centenares de escuelas que se abrirán de nuevo, los mil centros políticos, sociales, de cultura, las asociaciones progresivas, los sindicatos y las cooperativas obreras, ponen bien de manifiesto que en todas direcciones labora, una España nueva, por la regeneración total del país, más aún, de todos los países.

El alzamiento de Cataluña entera, más algunas ciudades del resto de España, contra la acción militar en Melilla, acaso no igualado hasta el día ¿no demuestra, «con hechos», que la España de la leyenda es una España falsa, amasada con convencionalismos y mentiras negras o rojas?

No obstante los reiterados acuerdos de la Internacional obrera sobre la guerra, nadie hizo, ni el pueblo francés cuando la Casa Blanca, protesta tan vigorosa como la realizada por este pueblo español que no obstante que no obedece acuerdos pero sigue valientemente impulsos propios.

Cuidado que no hago comparaciones para establecer supremacías y menos para mortificar. No hago tampoco patriotismo. Constato hechos para fijar ideas y condiciones y defiendo a mis camaradas de lucha, demos-

trando que estamos donde está todo el mundo progresivo.

Hay, pues, una España que no es la España de Torquemada como hay una Francia que no es la de la hiena Thiers.

Los tormentos de Montjuich no se repetirán, no se repiten ahora mismo, a causa de la acción constante de esa España nueva, pues digan lo que quieran amigos o adversarios, aquellos que no pueden vivir sin forjar novelas, la reacción actual no osa dar la batalla de frente rastrea solapadamente, silenciosamente, fusilando por entregas, persiguiendo y encarcelando con sordina. Reta con las palabras, es cruel e hipócrita en los hechos, pero también cobarde con relación a sus ansias de exterminio contenidas por la amenaza de mayores males que presiente y rehuye.

Lo que ocurre, en realidad de verdad, es que los reaccionarios de acá, hinchan el perro revolucionario, con los fines que son de suponer, y los revolucionarios de allá inflan el perro reaccionario con los mismísimos fines, pero en sentido contrario. Y me dan ganas de gritar: ¡embusteros todos! De esta reacción, no blanda ciertamente, ni rastro quedará dentro de unos meses. Se abrirán las escuelas clausuradas, se reanudarán las propagandas, se reorganizarán centros y sindicatos; se creará nueva prensa y acaso, acaso, ni aún presos quedarán en las cárceles. ¿De qué nos serviría, sino esta indómita independencia y esta testarudez indómita que nos distingue de otros pueblos?

Quedan unos cuantos Torquemadas, pero son a millares los rebeldes. Yo me río cuando veo a gentes graves organizar campañas truculentas alrededor de un simple nombre cuando aquí tenemos algún millar de nombres de encarcelados a su disposición. Yo me río de las notas conminatorias que parecen declarar nuestra impotencia revolucionaria. Y me reiré locamente,

por no indignarme, si se repiten las amenazas de algunos de los nuestros en otra campaña reciente, amenazas de apelación a los gobiernos extranjeros formuladas por circunspectos internacionalistas. ¿Es qué la libertad, el respecto al ciudadano, las garantías del derecho, la humanidad, la equidad se dan en los gobiernos, en la magistratura, en el capitalismo y en las iglesias del lado de allá de los Pirineos y de las costas ibéricas?

Bien está la solidaridad internacional, pero que no trueque en compasión y limosna, que no se convierta en mentira que deprime y molesta. La España nueva va donde vayan todos los pueblos renovadores y brinda su solidaridad expontánea a cuantos de ella tengan necesidad y no solo acepta, sinó que reclama, ahora más que nunca, la solidaridad de cuantos luchan por la emancipación humana.

En las horas de combate huelgan los distingos. Combatamos sin tregua, con la verdad, que es lo que interesa por encima del fárrago de preocupaciones que anidan aún en nosotros mismos, radicales, socialistas y anarquistas de todos los tonos.

Cuanto no sea esto es pisar los talones a nuestros enemigos, siguiendo su propia ruta de mentiras, de engaños y de iniquidades. Y ciertamente para tal viaje, no se necesitan alforjas.

Centralismo avasallador

En vano se alzan voces poderosas contra la creciente centralización en la vida pública. Inútilmente se declama contra la absorción de las energías y de las actividades en los centros de mayor intensificación vital. Poco o nada importa que el espíritu federalista aliente vigoroso tanto en los partidos más avanzados como en los más retrógrados. El centralismo prosigue su obra avasalladora.

Madrid, el Madrid oficial lo es todo. En política, en literatura, en artes, en ciencias, no hay más que Madrid. La vida entera de España se refunde, se concentra allí, y no hay modo, al parecer, de evitarlo. Todos los esfuerzos de las capitalidades subalternas por sustraerse a la dominación central, quedan infecundos. Barcelona mismo, que es un centralismo frente a otro centralismo, no consigue sustraerse del todo a la dominación, al influjo todopoderoso de la Capital de la Monarquía. Sus políticos, sus literatos, sus periodistas, sus pintores, sus poetas a Madrid han de someterse si quieren salvar las fronteras del provincialismo.

La centralización es la médula de la superestructura social moderna. La gran industria, el gran comercio, el acaparamiento de la riqueza, la organización toda de la vida política, jurídica y económica, tiene por condición el centralismo de las funciones. Sin ese mónstruo pletórico de la savia de todos sus órganos esenciales, la superestructura se vendría al suelo con estrépito, y

adiós orden público, mecanismo legislativo, disciplina social, feudalismo capitalista, gerarquía militar, jurídica y teocracia, todo lo que es artificio impuesto a la naturaleza en que parece no vivimos hace ya largo tiempo.

Todo principio ha de desenvolverse hasta sus últimas consecuencias. Podrá vacilar en teoría; una vez llevado a la práctica va hasta el fin, quiérase o no.

La centralización tomará todos los nombres posibles: absoluta, parlamentaria, constitucional, monárquica, republicana, socialista. Esta es su última etapa. Por de pronto el socialismo se parapeta tras la palabra «intervención»; a poco tardar se hará francamente socialismo de Estado, socialismo centralista, socialismo de capitabilidad.

Los mismos partidos que protestan de la centralización, por la centralización laboran. Ellos hacen la misma cosa que el Estado. Son pequeños estados de estructuras semejantes a la estructura política. Toda la vida del partido fluye a la cabeza, jefatura, consejo, lo que fuere. De arriba procede todo, aunque parezca y aunque debiera ser lo contrario. La taumaturgía centralista tiene el poder de nutrirse de la savia de los componentes y devolver a éstos, como cosa propia, lo que de ellos ha recibido. El gran creador está allá en lo alto; en lo alto el gran dispensador. Y cuanto devuelve, lo devuelve falsificado, con la ponzoña de todo lo que se acumula y se estanca y se descompone. Se le manda sangre rica, roja, pura, y devuelve, postemas repletos de pus. El tamíz de la centralización sólo deja pasar detritus.

En el mismo movimiento proletario, los tentáculos del centralismo deprimen la vida de los centros subalternos. Los grandes focos de industria ejercen la capitabilidad y la hegemonía. El periódico central, la junta central, el grupo central lo son todo. Los modes-

tos periódicos de provincias, los comités, las agrupaciones de pueblo apenas sirven para otra cosa que para reflejar y obedecer los mandatos de arriba. Hacia el centro van las cuotas, los votos, los donativos. Y si algo vuelve ¡qué mermado!

Pocas son las fuerzas realmente opuestas a tal funesta tendencia. Y son pocas, porque la rutina, el hábito adquirido, la herencia de siglos de subordinación, son más poderosas que las predicaciones y las rebeldías. Aún queriendo descentralizar, se va ciegamente, inconscientemente, hacia el centralismo avasallador. Brilla arriba con destellos deslumbradores un trozo de cristal; fulgura abajo la luz mortecina el más esplendoroso diamante. La distancia acrece las cosas y el charlatán es tenido por sabio, el farsante por mártir. La trasmutación de todos los valores es el eje sobre que gira el centralismo.

No importa que nos digamos resueltamente rebeldes a la absorción del grupo o del individuo. La pesadumbre de nuestros prejuicios nos lleva a la inconsciente sumisión. ¡Somos tan perezosos para el ejercicio de la libertad!

La lucha es dura y es larga. Luchemos. Es menester que vivamos de nosotros mismos, que cada uno encuentre en sí mismo la razón de su vida, de su fuerza, de su acción. Las ideas iluminan; los hechos emancipan. Reconozcamos en plena servidumbre real e intelectual y comenzaremos a saber como nos haremos libres intelectual y realmente. Cada uno un centro, un poder, una fuerza autónoma. Cada uno sabiendo y queriendo su propio yo. Otra vez: las ideas iluminan; los hechos emancipan. Con todas las ideas del mundo, si no sabemos actuarlas, seremos siervos, esclavos, cosas a merced del listo, del vivo, del charlatán, del farsante.

Hacerse autónomo, gobernarse a sí mismo, «de he-

cho», valdrá más que las mejores predicaciones y propagandas. Es así como el centralismo será barrido de entre nosotros.

Allá en los dominios de la política, del industrialismo, del comercio de la vida corriente y moliente, no se puede entender esto más que a medias a lo sumo. Allá se puede ser autonomista sin querer las condiciones indispensables de la autonomía. Nosotros, no. El proletariado mira a la emancipación real y sabe que la centralización, aunque sea socialista y obrera, es régimen de servidumbre, de superestructura, de cosa sobrepuesta a la naturaleza. Y porque lo sabe es radicalmente anarquista, piénselo o no. Pero es necesario pensarlo y serlo, tener conciencia del ideal y ciencia (conocimiento) para practicarlo. En la inconsciencia de las cosas, más fácil es ser dirigido que dirigirse; más fácilmente gobernado que gobernarse. Que cada uno delibere y obre en consecuencia. Sin deliberación se es autómata. Ni aún la fe en ideal es suficiente. La ceguera intelectual no puede servir de guía ni guiar a nadie. Quien voluntariamente cierra los ojos, voluntariamente se declara irredento. Abramos bien los ojos y seamos nosotros mismos. La vida verdadera no está en el conjunto, está en los componentes.

Cuando cada uno sepa ser su dios, su rey, su todo, será el momento de la conciliación general humana. La solidaridad será una resultante, al contrario de la centralización que es forzamiento.

Laboremos por la anarquía consciente, que es a su mismo tiempo libertad y solidaridad.

La tristeza de vivir

Canten otros «la alegría de vivir». Quien ha visto siempre de frente la vida, quien lleva en los labios continuamente la sonrisa y el alborozo del colegial, incapaz de sostener diez minutos seguidos un sentimiento penoso, quiere cantar hoy la tristeza de vivir.

Contra las profecías infundadas de un amigo, no tengo nada de hipocondríaco; mis horas tristes pertenecen a los veinte años; cuando al caer de la tarde veían sobre mi las melancolías de la «terriña», las dulces melancolías que me arrancaban hondas canciones. Ahora, ahora, ya entradito en años, no queda más que el disgusto de que no vengan aquellas melancolías con igual intensidad. Después, si alcanzo la vejez, volveré acaso a las murrias de mozalbete, pero no seré jamás un pesimista ni teórica ni prácticamente. Salud, sobre todo, para ver y saber.

No me siento de ningún modo Shopenhauer y, sin embargo, pienso muchas veces como él, «que no vale la pena de vivir».

¿Soy pesimista? ¿Soy optimista? ¡Horror me dan las teorías! No soy ni lo uno ni lo otro; miro simplemente de frente a la vida, entiéndase a la vida tal cual es; sueño luego la vida posible y deseable, la vida digna de ser vivida, y se me atraganta la forzada tésis de la alegría de vivir.

La tristeza de vivir es lo firme para un alma que siente y un cerebro que piensa. ¿Hay más feroz tortu-

ra que la de llevar en la sangre todos los anhelos del bien, de la justicia, del amor y quemarse al contacto de todas las maldades, de todas las injusticias, de todos los odios? Se necesita vivir muy para sí mismo, casi en los términos de lo imposible, o ser muy bestia para cantar la alegría de vivir.

Mirad a la vida privada: nada hay que no esté tocado, envenenado por la envidia, por los celos, hasta por el rencor. Las más bajas pasiones, los vicios más puercos, los sentimientos más degradantes nos empujan sigilosamente en una guerra despiadada de víboras, a dentellones con toda humana razón con toda humana bondad. Si queréis permanecer puro y sano, os despedazan a mansalva y sin compasión. Ni aún se consiente ser bueno. Y cuando os habéis imaginado en posesión de una conciencia elevada, de una conducta severa, reparáis, a lo mejor, que muerde allá dentro cobardemente el mal, la bajeza, la basura hereditaria de universal patrimonio. Entonces os sube la amargura a los labios y exclamáis: «no vale la pena de vivir».

¡Qué terrible lucha! Forcejear constantemente contra si mismo; atreverse a pasar desdeñoso sobre las miserias agenas; pelear contra todo y contra todos, verse de pronto cogido entre las redes de la propia mezquindad, de la propia pequeñez, ¡no hay optimismo que no ceda y claudique!

Sí; por la vida digna de ser vivida hay que cantar la tristeza de vivir. La tristeza mental, la tristeza de la razón, que cae como nube funeraria sobre las carcajadas de la carne, del organismo entero que quiere expansionarse sin importarle un ardite del dolor y de la miseria agenas.

Ampliad un poco el círculo de observación. El mundo político, el mundo de las ideas (?), el mundo literario y artístico, el gran mundo del trabajo, ¿qué os parecen?

Los hombres aseméjanse a muñecos de resorte que repiten la consabida frase o la aplauden estrepitosamente. No hablemos de las mezquindades, de las farsas, de las ambiciones, de los crímenes ostensibles de la vida pública. Es moneda corriente que no quita ni pone a la honorabilidad de los señores del margen. ¡Qué gran vergüenza haber llegado a tal extremo!

Fábricas de programas, de doctrinas, de teorías, como las de quincalla barata, están dirigidas por las eminencias más afamadas. Cada prójimo se aferra a su tésis y trepa por la escalera sin fin de la audacia de vivir, de vivir a toda costa, al precio de la indignidad, del engaño, de la expoliación, hasta del robo y del asesinato. ¡Oh, la alegría de vivir!

Y no solo los directores. La multitud imita, sinó es que obra por impulso propio de la propia manera. La multitud, todos, adopta su postura, elige su «filosofía» y gravemente, seriamente, lucha a brazo partido por lo mejor de lo mejor: una patarata aprendida de carretilla en cualquier sosaina letanía del primer tunante a quien plugo enseñar las artes especiales de su especial quiromancia.

Lo esencial es atrapar un nombre, darse una doctrina, encasillarse, ostentar una etiqueta y jugar a los partidos, a las escuelas, a las iglesias. ¿Convicción, creencias, fe, sinceridad? ¡Bah! La inmensa mayoría ni se cuida de encubrir el engaño. No se juega a todas esas cosas «inocentemente». Cada uno va impulsado por ambición, por envidia, por codicia, y las más ruines pasiones son el motor verdadero de toda agitación.

Más ahí están los grandes artistas para embellecer la vida. ¡Qué enorme montón de torpezas, de amasijos bárbaramente preparados! Ellos también trepan como pueden por la empinada cuesta. Cantan el asesinato colectivo postrándose a los pies de César triunfante; pintan las excelencias de la vida de rebaño; dirigen

salmos al poderoso e himnos gloriosos a las sanguinarias hazañas de los aventureros de la patria; tienen sus dioses, sus sacerdotes y hasta sus eunucos. Son tan inmensamente grandes que al menor rasguño de la envidia se desnudan ante el respetable público y muestran el horrible esqueleto carcomido, agujereado, polvoriento ya. Y entonces ellos también procuran atrapar una etiqueta, y, una vez atrapada, batallan denonadamente por el realismo, por el romanticismo, por el decadentismo y también... por el esteticismo. El «The struggle for life», digámoslo en inglés para mayor claridad, ello es necesario para alcanzar las cumbres de la gloria. Y a la verdad, y a la justicia y a la humanidad, ¡qué las parta un rayo!

Perdona, lector, que no concluya todavía. Estoy en vena de que me zurren los que cantan la alegría de vivir.

Espera un poco, que ahora le toca el turno a la gran colmena social, al mundo del trabajo. ¿Ves todos esos borregos que van y vienen de la fábrica a la pocilga, del sembrado a la cueva, de la buhardilla a la oficina? Pobres maniquíes que trabajan como bestias, ¡y qué cobardes son! Pues ellos también tienen su corazoncito. Ahora, en el gran vendabal socialista, siguen a los otros, a los fabricantes de programas y de doctrinas, juegan a los comités y a las elecciones. De vez en cuando corre la sangre: se dejan asesinar como mansos. Es que la alegría de vivir los arrastra a la locura. ¡Y cuántas, y cuantas bajas ambiciones, cuantas pobrezas, cuantas sordas contiendas por pasar delante en la peligrosa ascensión por la escalera del deseo! Los jefes, los directores, los que charlan bonitamente en las reuniones, los que despotrican en los periódicos, adoptan asimismo su postura correspondiente y, por la emancipación social de los pobres, a los pobres dividen por el eje llevándolos

al fangal de la lucha miserable en que sólo se debaten las ruinas ambiciones, las codicias innobles.

Si, como ha dicho no sé quien, es burgués el que piensa bajamente, ¡todo es burgués en el mundo que tenemos la alegría de vivir!

Ya sé, ya sé que no es solamente basura lo que rebosa del pozo. Hay hombres enteros, verdaderamente grandes; hombres de fe y de sinceridad así entre los que descuellan por su genio y por su talento como entre los humildes que vegetan en el silencio ignorados del todo; hay hombres, hombres de verdad, en cualquier parte. Para éstos precisamente es la tristeza de vivir, la tristeza mental, de la razón. Para éstos es la tristeza de vivir porque la realidad malsana en que se mueven ahoga toda su potencia vigorosa de bondad y de justicia. ¿Cómo podrían entregarse a la alegría intelectual, si todo lo que perdura en derredor es deleznable y vergonzoso? Su refugio es la lucha, la lucha por el bien, por la regeneración del hombre, por la renovación del mundo. Pero la lucha es dolor, es tristeza, es forzamiento brutal de la propia bondad, de la justicia bien sentida. Y, pues, luchar equivale a dolor, la tristeza de vivir, por fecunda que sea en el hombre de bien, es fatalmente la carcoma del corazón y del cerebro.

Repugna, cuando se posee una sensibilidad medianamente desenvuelta, el contacto con todas las porquerías de la vida privada y de la vida pública. Asquea el estómago el continuo rozamiento con la honorabilidad mentida, la justicia ficticia, el amor afectado, la amistad simulada. ¡Desdichado el que va por el mundo en la confianza de su natural bondadoso y recto! Cada desengaño será un hierro candente que le achicharrará la carne. Y los desengaños, uno tras otro, le llevarán lentamente, lentamente a la tristeza de vivir.

¿Revolverse contra el mal? ¡Oh, sí; es necesario! Allá, en la lejanía, asoma el sol fulgente de la nueva

vida, la vida digna de ser vivida. La multitud que se refocila en las suciedades de una existencia vergonzosa, la degradada por el azuzamiento de la codicia, de la ambición, de la envidia, de los celos, del odio y del rencor, vendrá a los senderos de la justicia y del amor, porque en cada hombre palpita el anhelo de renovación sostenido por la llama del bien, medio apagada en el transcurso del tiempo infame que nos condujo a la vil y actual negación de nosotros mismos.

Esta vida que algunos quieren que nos inspire la alegría de vivir, trae a mi pluma una palabra sucia...

Perdona, lector; no osaré escribirla. Es la alegría de vivir que estuvo a punto de tornarme grosero.



El trabajo libre

Es verdad que en la contienda por mejorar las condiciones del trabajo, parece que el obrero necesita regular ciertas circunstancias del mismo; necesita establecer cierta reglamentación de sus actos para luchar con algunas probabilidades de éxito. No quiero discutir en este momento la razón o sinrazón de tales reglamentos. No quiero detenerme a considerar el absurdo despotismo a que por consecuencia de aquella necesidad se ven conducidas algunas fuerzas obreras.

Pero los hechos, que a toda hora ponen de relieve la funesta tendencia de esas fuerzas a reducirse a un automatismo enervante, me inducen a hablar brevemente del trabajo libre.

Empiezo por declarar que no creo que el trabajo sea una virtud. Es una necesidad económica y muy dura, por cierto. Quien quiera que hable con sinceridad, dirá conmigo que el trabajo es una cosa penosa, molesta, de la que renegamos en silencio a cada instante; podríamos decir que todo el mundo trabaja imbuído únicamente por el vivo deseo de no trabajar.

No me inquieta la acusación de reaccionario. Acaso las religiones han visto más claro en este asunto que los moralistas pedantes del humanismo rancio.

Para que el trabajo llegue a no ser una cosa penosa, es menester que se convierta en un deporte. Puesto que el ejercicio — y no el trabajo, propiamente dicho — es necesidad fisiológica en la que encontramos siempre

placer, resulta evidente que cuando el trabajo se convierte en un ejercicio fisiológico espontáneo, deviene un deporte, una cosa agradable, plácida. Tal es el trabajo libre.

En cualesquiera condiciones que se trabaje por necesidad, lo que hace insoportable el trabajo es la regularidad impuesta del horario. Lo penoso, lo molesto, es la idea de que hay que trabajar por fuerza, de que se carece en absoluto de libertad durante tantas o cuantas horas. Todo el mundo tiene conciencia de su esclavitud periódica de cada día. Entre bostezo y bostezo transcurre la jornada, puesta la atención toda entera en el momento de la libertad. La ordinaria faena es ejecutada automáticamente, sin amor, sin interés, sin voluntad. Cada uno hace lo menos que puede. Sustraerse al trabajo es la aspiración, confesada o no, de todos los hombres.

Pongo aparte las máquinas humanas que ni sienten ni piensan, ni gozan ni sufren; macizos de carne fofa, indiferentes a todos los masajes.

En cambio, quien quiera que haga algo por su gusto, por su voluntad, cuando y como quiera, sin sujeción de horario, sin obligación de encerrarse entre cuatro tabiques, goza en su tarea, recrea su cuerpo y su espíritu, aún cuando el ejercicio exceda de la medida y sobrepase toda prudente reserva. El trabajo así ejecutado, sin imposición de metro ni de ritmo, el trabajo libre, en fin, es la realidad para muy pocos, el ideal de casi todo el mundo, por lo menos de aquella parte que tiene conciencia de sí misma.

Repito que dejo aparte aquellos desdichados que ni siquiera saben si son hombres, ni si están por algo y para algo en el mundo. Es muy probable que si quisiéramos enseñárselo, nos replicaran que maldito para lo que lo necesitan, y que están bien como están y son bien lo que son.

Si se consultara a aquellos otros que tienen conciencia de sí mismos, y todos quisieran responder con sinceridad, es bien seguro que todos también, sin distinción de ideas, colores ni nacionalidades, como decían los clásicos de la Internacional, confesarían que siempre, sin excepción, han trabajado a pleno placer cuando lo han hecho de su libre voluntad, que han trabajado más y mejor en las cosas de su gusto y de su libre elección: que, en fin, la certeza de la libertad en el trabajo ha hecho innecesarios todo límite, toda imposición, todo reglamento; y más que innecesarios, supérfluos; y más que supérfluos, dañosos.

En más reducido espacio, puede hacerse la prueba con los pocos que trabajan para sí, por su cuenta, sin maestro, patrono, jefe, etc.

Queda en este caso todavía la necesidad económica, lo que vulgarmente se dice, la necesidad de ganarse los garbanzos; pero es incuestionable que aún así la cosa cambia completamente de aspecto.

De donde se infiere que lo que es aspiración de todas las escuelas socialistas, esto es, la transformación del trabajo esclavo, del trabajo pena y castigo, en trabajo libre, en trabajo placer; lo es también de todo el mundo y está en la propia naturaleza del organismo animal, mucho más si este animal se llama hombre, que el trabajo se emancipe y se redima más pronto o más tarde.

Y de donde se infiere asimismo que hacen mal, muy mal los que se esfuerzan, engañados por las necesidades de la lucha social, en aumentar el número de autómatas, de macizos de carne que andan en dos pies por casualidad, empujando a las fuerzas obreras hacia una cada vez mayor reglamentación de todas las cosas, que agrega a las condiciones generales de esclavitud en que vivimos otras nuevas condiciones del todo innecesarias y del todo dañosas, porque ello va precisamente con-

tra la tendencia de libertad que en todo el mundo alienta y también contra aquellas mismas predicaciones de emancipación social y económica que sirven de plataforma a los propios organizadores de rebaños humanos.

Es menester no olvidar que educándoles en la férrea disciplina preconizada por algunos y practicada por muchos pretendidos redentores, no es precisamente como se harán hombres libres, hombres del porvenir.



Táctica Libertaria

Teóricamente se han expuesto algunas ideas; prácticamente se han hecho unos cuantos ensayos sobre esta materia. En general, la táctica libertaria se ha reducido a la propaganda oral y escrita o, empujada por circunstancias excepcionales, se ha lanzado a vías de hecho. Esto último ha pasado ya a la historia y no es probable se repita en idéntica forma; la propaganda parece sufrir crisis de cansancio y agotamiento.

Unos cuantos intentos de intervencionismo directo en las luchas obreras, no han logrado reavivar la acción anarquista. No obstante, se insiste en orientarse de algún modo nuevo y mejor para hacer eficaz la propaganda.

Acaso la dificultad consiste en que siempre razonamos en vista del fin absoluto del ideal y no acertamos a dar sino soluciones definitivas con posible realidad a larga distancia. Las soluciones transitorias se nos escapan por temor al oportunismo y al reformismo. Y sin embargo, son necesarias. La meta no es lo mismo que el camino a recorrer. Puede ponerse la vista tan lejos como se quiera, pero no sin mirar, al propio tiempo, donde se asienta el pie sino se quiere estar siempre en riesgo de dar con el cuerpo en tierra. Así el anarquismo viene obligado, hasta por idealismo, a suministrar soluciones prácticas que sean como los indicadores del largo camino que es menester recorrer.

La exposición doctrinal no basta. Es preciso además impregnar la acción social del espíritu libertario. ¿Cómo hacerlo?

En el hecho de la lucha de clases que, aunque quisiéramos, no podríamos esquivar, el intervencionismo no es discutible. Es una realidad por encima de todos los distingos. Y puesto que existe, la solución al problema es sencilla: ensanchar el campo de la lucha; excitar la dignidad personal, el ejercicio de la autonomía, y hacerse fuertes contra todos los particularismos que tienen embrutecida la masa. El espíritu libertario penetrando, poco a poco, entre los trabajadores, los hará conscientes de su misión, los «irá haciendo» libres y solidarios. Es preciso darse cuenta de que de golpe y porrazo nos vamos a encontrarnos, un día cualquiera, con hombres hechos a medida del porvenir, aptos para realizar el contenido de los ideales nuevos. Y es preciso también rendirse a la evidencia de que sin el ejercicio continuo y creciente de las facultades, sin el hábito de la autonomía, todo lo amplio posible, no se harán hombres libres o por lo menos en condiciones de serlo tan luego el hecho social cambie la faz de las cosas. La revolución externa y la revolución interna se presuponen y han de ser simultáneas para ser fructíferas.

Hay para los anarquistas, en el intervencionismo, el peligro de ser arrollados por la lucha de clases. Ahora mismo el afán sindicalista tiene sorbido el seso a muchos de los nuestros hasta el punto de que no sea el ideal la fuerza directriz sino la rutina asociacionista y de clase. No es esto, sin embargo, suficiente para que abandonemos un campo tan bien dispuesto para recibir la semilla de los ideales nuevos. La superficial cultura libertaria de algunos y la impulsividad desorientada de otros dará fatalmente aquellos frutos, pero también a la larga la obra de saturación del espíritu libertario se hará patente en el seno de las multitudes obre-

ras organizadas y a la hora precisa el método anarquista contará por millares los que lo actúen aunque sólo cuente por docenas los adeptos.

Fuera de las agrupaciones de oficio, la táctica libertaria tiene asimismo ancha esfera de acción. No solamente expone ideas repetidas en mil periódicos, folletos y libros, sino también dando soluciones y hechos adecuados a cada materia y a cada circunstancia y haciendo ver prácticamente lo que en la experimentación, lo que en la vida real, vale el método anarquista. Favorecer e impulsar con hechos tanto como con la palabra, las fuertes tendencias autonomistas de nuestros tiempos y fomentar a la vez todo modo de acción, directa en lo político, en lo económico y en lo religioso. sería obra tan eficazmente libertaria que ninguna propaganda podría igualarla. Para realizarla es necesario que los grupos anarquistas no se reduzcan a una finalidad negativa como sucede casi siempre, sino que se decidan por soluciones positivas de intervención en todas las formas de la lucha social. Y para este cambio de frente, es preciso asimismo que, previamente, los grupos se ejerciten por el estudio, por la discusión, por la enseñanza recíproca, por una constante labor de cultura, en la traducción clara y precisa y en la práctica sincera del método libertario. Porque no basta ni bastará nunca la demostración dialéctica, sino que es indispensable hacer ver como las cosas pueden hacerse experimentalmente según el método de la libertad, según el procedimiento de la cooperación voluntaria, del libre acuerdo entre los hombres. Tan distanciados andamos de la rutina ambiente, que hay que meter en las cabezas de maza la posibilidad y las ventajas y la justicia de la verdad anarquista.

Naturalmente todo esto excluye el acostumbrado vocerío de los deslenguados sin pizca de cacumen, y la baratería de los majaderos que resuelven las mayores

dificultades milagrosamente. El jacobinismo y la algazara motinesca no son tampoco ni medios de acción revolucionaria ni instrumentos de enseñanza y propaganda adecuados al método libertario. Quiérase que no, la acción anarquista ha de ser tan pedagógica, por así decirlo, como de combate. Los espíritus prácticos, que tanto abundan en el seno del proletariado, darán a la propaganda y a la experimentación anarquista, en el sentido que dejamos indicado, soluciones que no son de posible ni deseable adivinación para un solo individuo. Lo principal es ponerse sobre un ruta; una vez en ella, las facilidades de seguirla aumentarán rápidamente con la inventiva y las iniciativas de todos.

Por nuestra parte, creemos que un período de ensayos en el sentido dicho, produciría más pronto o más tarde una orientación segura a las mil diversas actividades actualmente malgastadas en inútiles griteríos y en dañosas sutilezas. Y puesto que el mal es indiscutible y la propaganda decae visiblemente, necesario será que intentemos algo que reanime, que vigorice la acción netamente anarquista, sin olvidar que no consiste tanto en hacer prosélitos como en conseguir que actúen anárquicamente el mayor número posible de individuos.



La esclavitud moderna

Escuchad, obreros de todos los países, de todas las ideas; escuchad los que os movéis a impulsos de una aspiración generosa, y los que permanecéis indiferentes a todo lo que no sea la rítmica rutina de la faena diaria, ¿qué contestaríais si os fuese preguntado qué debía hacer el esclavo en un momento cualquiera, presente o futuro?

No diríais sin vacilar que el deber del esclavo es rebelarse, romper la cadena que le subyuga, sacudir violentamente la tiranía que le ata, que le sujeta a la voluntad extraña? ¿No diríais que su deber imperioso en cualquiera y en todos los instantes de su vida, es levantarse decidido contra el opresor y recobrar por la fuerza su libertad que por la fuerza se le arrebata?

¿Y qué sois vosotros y qué somos nosotros, todos los que del salario vivimos, más que esclavos modernos, esclavos del taller y del terruño, esclavos del Estado y de la Iglesia, esclavos de las fórmulas sociales y de las preocupaciones políticas? ¿Qué somos, víctimas de la latifundia y del mercantilismo, sinó verdaderos esclavos del privilegio capitalista y de la infamia gubernamental?

¿Lo dudáis? Nó, mil veces nó; es imposible. La miseria nos rodea por doquier. Hijos sin instrucción, sin pan y sin abrigo; hijas lanzadas a la prostitución, a la esclavitud más horrenda de nuestros tiempos; compañeras obligadas a las rudas faenas de trabajos inadecua-

dos; padres e hijos sin hogar, sin alimento y sin ropas, trabajando noche y día, robando a la naturaleza, sus más preciosas facultades para degradarlas en un esfuerzo brutal sin término ni descanso, tal es el cuadro de vuestra servidumbre humillante. Lucha sin tregua es vuestra existencia miserable, y no obstante vuestros titánicos esfuerzos, ¿qué os espera? La cárcel, si en un momento de desesperación lleváis a vuestros hijos un pedazo de pan cogido aquí o acullá; el hospital, si cobardemente se encoje vuestro ánimo y os rendís a lo que llamáis reveses de la fortuna; la limosna indigna, si vuestra altivez de hombre se humilla y os lanza a la calle a implorar la caridad mentida del que os explota y explota a vuestros hijos y mancilla, si puede, a vuestras esposas y a vuestras hijas. ¿Dudáis aún de la certeza de vuestra esclavitud? ¿Dudáis de esa servidumbre que a todos nos comprende y nos envilece? ¿Dudáis que sois esclavos cuando el maestro o el burgués os insulta groseramente, cuando os arroja de sus talleres y os niega el trabajo y con él el raquítico salario con que sella nuestra ignominia? ¿Dudáis de esa servidumbre cuando os arranca a vuestros hijos para convertirlos en arlequines, mientras se exceptúan a los hijos del «amo» mediante un puñado de dinero? ¿Dudáis de vuestra esclavitud cuando se os niega todo derecho a intervenir en la cosa pública o se os concede el del sufragio, para que resulte que es al burgués a quien conceden todos vuestros votos? ¿Dudáis aún, cuando, supuesto el ejercicio libre de ese derecho, todo lo que podéis hacer es elegir nuevos amos y remachar más y más vuestras propias cadenas?

En el orden económico, dependéis del favor que pueda dispensaros un burgués cualquiera, industrial o agricultor. ¡Y qué caro os cuesta el favor de que os dén trabajo! En el orden político, no podéis pensar ni obrar; si pensáis y obráis alguna vez, es por gracia especial.

Pero entonces corréis toda clase de riesgos. ¡Ay de vosotros si pensáis u os manifestáis libres, si hacéis algo que disguste a los «señores!» La religión os predica la mansedumbre, el Estado os la impone por la ley, y el Capital, el privilegio de la propiedad, la hace efectiva en todo tiempo y lugar. Vosotros no tenéis otro derecho que el de obedecer y callar, que el de sufrir y resignarse; sois mecanismos supeditados en todo y por todo a los que os mandan desde lo alto. ¿Queréis esclavitud más degradante?

Y si sois esclavos, si no tenéis personalidad propia, ni libertad, ni derecho, ¿a qué esperáis?

Contra la creciente tiranía del privilegio capitalista, contra el despotismo hipócrita del Estado, contra la iniquidad de la Iglesia, nuestro deber es rebelarnos, deber imperioso, ineludible para cuantos sientan en sí mismos la chispa abrasadora que enciende en el ser humano la dignidad, la personalidad, la libertad.

Somos hombres, y debemos ser libres. Arrojemos con fuerza de sus pedestales a los que sobre la ignorancia, sumisión y la degradación se erigen en soberanos de vidas y haciendas. Rompamos todas las ligaduras, y rompámoslas violentamente, lanzando al abismo cuanto perpetúe en la sociedad los privilegios y prerrogativas de los que nos esclavizan. El hombre libre e igual al hombre. Que nadie profane la libertad poniendo la impura mano sobre el derecho de su semejante. Que nadie ose interponerse entre los hombres para reducirlos a la obediencia nuevamente.

El problema de la enseñanza

I

Por oposición a la enseñanza religiosa, a la que cada vez muéstranse más refractarias gentes de muy diversas ideas políticas y sociales, se preconizan y actúan las enseñanzas laica, neutral y racionalista.

Al principio, el laicismo satisfacía suficientemente las aspiraciones populares. Pero cuando se fué comprendiendo que en las escuelas laicas no se hacía más que poner el civismo en lugar de la religión, el Estado en vez de Dios, surgió la idea de una enseñanza ajena a las doctrinas así religiosas como políticas. Entonces se proclamó por unos la escuela neutral, por otros la racionalista.

Las objeciones a estos nuevos métodos no faltan, y a no tardar harán también crisis las denominaciones correspondientes.

Porque, en rigor, mientras no se disciernan perfectamente enseñanza y educación, cualquier método será defectuoso. Si redujéramos la cuestión a la enseñanza, propiamente dicha, no habría problema. Lo hay porque lo que se quiere en todo caso es «educar», inculcar en los niños un modo especial de conducirse, de ser y de pensar. Y contra esta tendencia, todo imposición, se le-

vantarán siempre cuantos pongan por encima de cualquier finalidad, la independencia intelectual y corporal de la juventud.

La cuestión no consiste, pues, en que la escuela se llame laica, neutral o racionalista; o, según nuevas y posibles denominaciones, naturalista, realista, etc. Esto sería un simple juego de palabras trasladado de nuestras preocupaciones políticas a nuestras opiniones pedagógicas.

El racionalismo variará y varía al presente según las ideas de los que lo propagan o practican. El neutralismo, por otra parte, aun en el sentido relativo que debe dársele, queda a merced de permanecer libre y por encima de sus propias ideas y sentimientos. Mientras enseñanza y educación vayan confundidas, la tendencia, ya que no el propósito, será modelar la juventud conforme a fines particulares y determinados.

Pero en el fondo la cuestión es más sencilla si se atiende al propósito real más que a las formas externas. Alienta en cuantos se pronuncian contra la enseñanza religiosa, el deseo de emancipar a la infancia y a la juventud de toda imposición y de todo dogma. Vienen luego los prejuicios políticos y sociales a confundir y mezclar con la función instructiva, la misión educativa. Mas todo el mundo reconocerá llanamente que tan sólo donde no se haga o pretenda hacer política, sociología o moral y filosofía tendenciosas, se dará verdadera instrucción, cualquiera que sea el nombre en que se ampare.

Y precisamente porque cada método se proclama capacitado no sólo para enseñar sino también para educar según principios preestablecidos y tremola en consecuencia una bandera doctrinaria, es necesario que hagamos ver claramente que si nos limitáramos a instruir a la juventud en las verdades adquiridas, haciéndoselas

asequibles por la experiencia y por el entendimiento, el problema quedaría de plano resuelto.

Por buenos que nos reconozcamos, por mucho que estimemos nuestra propia bondad y nuestra propia justicia, no tenemos ni peor ni mejor derecho que los de la acera de enfrente para hacer a los jóvenes a nuestra imagen y semejanza. Si no hay el derecho de sugerir, de imponer a los niños un dogma religioso cualquiera, tampoco lo hay para aleccionarlos en una opinión política, en un ideal social, económico o filosófico.

Por otra parte, es evidente que para enseñar primeras letras, Geografía, Gramática, Matemáticas, etc., tanto en su aspecto útil como en el puramente artístico o científico, ninguna falta hace ampararse en doctrinas laicistas o racionalistas que suponen determinadas tendencias y, por serlo, son contrarias a la función instructiva en sí misma. En términos claros y precisos: la escuela no debe, no puede ser ni republicana, ni masónica, ni socialista, ni anarquista, del mismo modo que no debe ni puede ser religiosa.

La escuela no puede ni debe ser más que el gimnasio adecuado al total desarrollo, al completo desenvolvimiento de los individuos. No hay, pues, que dar a la juventud ideas hechas, cualesquiera que sean, porque ello implica castración y atrofia de aquellas mismas facultades que se pretende excitar.

Fuera de toda bandería hay que instituir la enseñanza, arrancando a la juventud del poder de los doctrinarios aunque se digan revolucionarios. Verdades conquistadas aunque, universalmente reconocidas, bastarán a formar individuos libres intelectualmente.

Se nos dirá que la juventud necesita más amplias enseñanzas, que es preciso que conozca todo el desenvolvimiento mental e histórico, que entre en posesión de sucesos e ideales sin cuyo aprendizaje el conocimiento sería incompleto.

Sin duda ninguna. Pero estos conocimientos no corresponden ya a la escuela y es aquí cuando la neutralidad reclama sus fueros. Poner a la vista de los jóvenes, previamente instruídos en las verdades comprobadas, el desenvolvimiento de todas las metafísicas, de todas las teologías, de todos los sistemas filosóficos, de todas las formas de organización pasadas, presentes y futuras, de todos los hechos cumplidos y de todas las idealidades, será precisamente el complemento obligado de la escuela, el medio indispensable para suscitar en los entendimientos, no para imponer, una concepción real de la vida. Que cada uno, ante este inmenso arsenal de hechos e ideas, se forme a sí mismo. El preceptor será fácilmente neutral, si está obligado a enseñar, no a dogmatizar.

Es cosa muy distinta explicar ideas religiosas a enseñar un dogma religioso; exponer ideas políticas a enseñar democracia, socialismo o anarquía. Es necesario explicarlo todo, pero no imponer cosa alguna por cierta y justa que se crea. Sólo a este precio la independencia intelectual será efectiva.

Y nosotros, que colocamos por encima de todo la libertad, toda la libertad de pensamiento y de acción; que proclamamos la real independencia del individuo, no podemos preconizar, para los jóvenes, métodos de imposición, ni aún métodos de enseñanza doctrinaria.

La escuela que queremos, sin denominación previa, es aquella en que mejor y más se suscite en los jóvenes el deseo de saber por sí mismos, de formarse sus propias ideas. Dondequiera que esto se haga, allí estaremos con nuestro modesto concurso.

Todo lo demás, en mayor o menor grado, es repasar los caminos trillados, encarrilarse voluntariamente, cambiar de andadores, pero no arrojarlos.

Y lo que importa precisamente es arrojarlos de una vez.

II

Sabíamos que no faltan librepensadores, radicales y anarquistas que entienden la libertad al modo que la entienden los sectarios religiosos. Sabíamos que los tales actúan en la enseñanza, como en todas las manifestaciones de la vida, a la manera que los inquisidores actuaban y al modo que actúan hoy sus dignos herederos, los jesuitas laicos o religiosos. Y porque lo sabíamos, abordamos el problema de la enseñanza en nuestro artículo anterior.

Como no queremos ningún fanatismo, ni aun el fanatismo anarquista; como no queremos ningún dogma, así se titule libertario; como no transigimos con ninguna imposición, aun cuando se ampare en la ciencia, insistiremos en nuestros puntos de vista.

Se lleva tan lejos el sectarismo que se presenta en forma de dilema: o conmigo o contra mí. Libertarios se dicen los que así hablan. Les perturba la eufonía de una palabra: racionalismo. Y nosotros preguntamos: ¿qué es el racionalismo? ¿Es la filosofía de Kant, es la ciencia pura y simple, es el ateismo y es el anarquismo? ¡Cuántas y cuántas voces clamarían en contra de tales asertos!

Sea lo que quiera el racionalismo, es para algunos de los nuestros la imposición de una doctrina a la juventud. Su propio lenguaje lo denuncia. Se dice y se repite que la enseñanza racionalista será anarquista o no será racionalista. Se afirma enfáticamente que la misión del profesor racionalista «es hacer seres para vivir una sociedad de dicha y de libertad». Se identifica ciencia, racionalismo y anarquismo, y se sale del paso convirtiendo la enseñanza en una propaganda, en un proselitismo. Son más lógicos los que más lejos van y sostienen que se debe decir resueltamente enseñanza anarquista y dar de lado al resto de adjetivos sonoros

que hacen la felicidad de los papamoscas que no llevan en el cerebro un adarme de fósforo.

No reparan estos libertarios que nadie tiene la misión de «hacer» a los demás de este o del otro modo, sino el deber de no estorbar que cada uno se haga a sí mismo como quiera. No observan que una cosa es instruir en las ciencias y otra enseñar una doctrina. No se detienen a considerar que para los adultos es simplemente propaganda, para los niños resulta imposición. Y en último extremo, que aunque el racionalismo y el anarquismo sean todo lo idénticos que se quiera, nosotros, anarquistas, debemos guardarnos bien de grabar deliberadamente en los tiernos cerebros infantiles una creencia cualquiera, impidiéndoles así o tratando de impedirles futuros desarrollos.

«Para mucha gente — decía Clementina Jacquinet, en una conferencia dada en Barcelona acerca de la sociología en la escuela, — y desgraciadamente para muchos maestros, la ciencia social está contenida por entero en sus periódicos, en los problemas de emancipación que tan vivamente agitan nuestra época.

«Todo su saber consiste en inculcar a sus discípulos sus opiniones preferidas, a fin de que causen en los cerebros una impresión imborrable, que se implanten en ellos y se extiendan ni más ni menos que a semejanza de una hierba parásita. Todo lo que han podido encontrar mejor para formar libertarios, es obrar al modo de los curas de todas las religiones.

«No se dan cuenta de que forjando las inteligencias según su modelo predilecto, «hacen obra anti-libertaria», puesto que arrebatan al niño desde su más tierna infancia la facultad de pensar según su propia iniciativa».

Se insistirá, no obstante lo dicho y transcrito, en que la anarquía y el racionalismo son una misma cosa, y hasta se dirá que son la verdad indiscutible, la cien-

cia toda, la evidencia absoluta. Puestos en el carril de la dogmática, decretarán la infalibilidad de sus creencias.

Mas aunque así fuera, ¿qué se haría de la libre elección, de la independencia intelectual del niño? Ni aun la verdad absoluta debería ser impuesta, sino libremente buscada y aceptada, si la verdad absoluta no fuera un absurdo y un imposible en los términos fatalmente limitados de nuestro entendimiento.

No; no tenemos el derecho de imprimir en los vírgenes cerebros infantiles nuestras particulares ideas. Si ellas son verdaderas, es el niño quien debe deducirlas de los conocimientos generales que hayamos puesto a su alcance. No opiniones, sino principios bien probados para todo el mundo, lo que propiamente se llama ciencia, debe constituir el programa de la verdadera enseñanza, llamada ayer integral, hoy laica, neutral o racionalista, que el nombre importa poco. La sustancia de las cosas: he ahí lo que interesa. Y si en esa sustancia está, como creemos, la verdad fundamental del anarquismo, anarquistas serán, cuando hombres, los jóvenes instruídos en las verdades científicas; pero lo serán por libre elección, por propio convencimiento, no porque los hayamos modelado, siguiendo la rutina de todos los creyentes, según nuestro leal saber y entender.

La evidencia puede hacerse inmediata. ¿Qué clase de anarquismo enseñaríamos en las escuelas en el supuesto de que ciencia y anarquismo fueran una misma cosa? Un profesor comunista enseñaría a los niños el simplísimo e idílico anarquismo de Kropotkine. Otro profesor individualista enseñaría el feroz egolatrismo de los Niestche y Stirner, o el complicado mutualismo proudhoniano. Un tercer profesor enseñaría el anarquismo a base sindicalista influído por las ideas de Malatesta y otros. ¿Cuál es aquí la verdad, la ciencia, para que quede establecido en firme ese desapoderado absurdo de lo absoluto racionalista?

Se olvida sencillamente que el anarquismo no es más que un cuerpo de doctrina y que por firme y razonable y científica que sea su base, no se sale del terreno de lo especulativo, de lo opinable y, como tal, puede y debe explicarse, como todas las demás doctrinas, pero no es igual. Se olvida asimismo que la verdad de un día es el error del día siguiente y que nada hay capaz de establecer sólidamente que el porvenir no se reserva otras aspiraciones y otras verdades. Y se olvida, en fin, que estamos nosotros mismos prisioneros de mil prejuicios, de mil anacronismos, de mil sofismas que habríamos de transmitir necesariamente a las siguientes generaciones si hubiera de prevalecer el criterio sectario y estrecho de los doctrinarios del anarquismo.

Como nosotros hay miles de hombres que se creen en posesión de la verdad. Son probablemente, seguramente honrados, y honradamente piensan y sienten. Tienen el derecho a la neutralidad. Ni ellos han de imponerle a la infancia sus ideas ni hemos de imponerle nosotros las nuestras. Enseñemos las verdades adquiridas y que «cada uno se haga a sí mismo como pueda y quiera». Esto será más libertario que la funesta labor de dar a los niños ideas hechas que pueden ser, que serán muchas veces enormes errores.

Y guárdense los dómines del anarquismo que se consideran únicos poseedores de la verdad, la palmeta para mejor ocasión, que es ya tarde para resucitar risibles dictaduras y para expedir o denegar patentes que nadie solicita ni nadie admite.

Como anarquistas, precisamente como anarquistas, queremos la enseñanza libre de toda clase de «ismos», para que los hombres del porvenir puedan hacerse libres y dichosos por sí y no a medio de pretendidos modeladores, que es como quien dice redentores.

¿Qué se entiende por racionalismo?

No vamos a examinar lo que significa el racionalismo para Juan o para Pedro, sino lo que significa en general, lo que por tal entiende el común de las gentes. Perderíamos el tiempo lastimosamente si nos detuviéramos a considerar las mil opiniones particulares que no tienen más base que los fáciles decretos de la pereza intelectual.

Racionalismo (primera definición): Doctrina filosófica cuya base es la omnipotencia e independencia de la razón humana.

Racionalismo (segunda definición): Sistema filosófico que funda sobre la razón las creencias religiosas.

Racionalismo (tercera definición): Más que un sistema filosófico o un método, es el carácter general de todo pensamiento «especulativo» que únicamente admite la razón como criterio de verdad.

Y basta. Como se ve, en las tres definiciones se proclama la soberanía de la razón. Frente a toda fe y a toda autoridad, la razón recaba sus fueros. Y al recabarlos, crea sistemas nuevos de filosofía, religiones nuevas también. Todo el gran movimiento filosófico cumplido por los filósofos alemanes, ha sido esencialmente racionalista.

Racionalista y librepensador es todo uno, puesto que ambos «sólo admiten para garantir la verdad de su pensamiento el pensamiento mismo y sus leyes, refutan-

do toda otra clase de argumentos, incluso el histórico, interín la razón no discierne por sí misma el tanto o cuanto de verdad que encierra».

Y no hay más ni hay menos. Frente a la fe y a la autoridad, la razón. Pero, ¿qué razón? ¿La de Juan o la de Pedro? La razón es meramente individual, y al proclamarse soberana ha engendrado errores y absurdos que la experiencia se ha encargado de desbaratar. El racionalismo ha llenado el mundo con las mil geniales divagaciones, pero divagaciones al fin, de la metafísica y de la filosofía. Como añadidura al error religioso, tuvimos el error filosófico, y el error político, y el error económico. La razón ha creado tales sistemas, tales dogmas, que contra sí misma tiene que rebelarse. ¿Y cómo no, si no hay regla o ley alguna que determine en todas las razones individuales las mismas conclusiones, aun en el supuesto de que las premisas sean idénticas?

Enhorabuena que el individuo recabe el derecho de guiarse por los dictados de su razón; pero erigirla en soberana, suponerla capaz de dar a todo el mundo el criterio exacto y la certidumbre de la verdad, es tan gran desvarío, que sólo así se comprende que los cien genios del filosofismo racionalista no hayan logrado estar de acuerdo ni una sola vez. Al gran Leibnitz se le ocurrió idear una razón impersonal («perennis philosophia») como base de la verdad, penetrado, sin duda, de que, para la razón individual, todo es según el color del cristal con que se mira. Pero semejante razón impersonal es pura abstracción, puro expediente filosófico para resolver de la mejor manera posible una dificultad insuperable. Así, el racionalismo como sistema, método o lo que sea de indagación de la verdad ha fracasado, aunque permanezca firme como la lucha contra la revelación, contra la fe, contra la autoridad del dogma.

Por esto es cosa pasada el filosofismo y anacrónica la pretendida soberanía de la razón. La verdadera

ciencia, que no se paga de soberanías, ha tomado resueltamente el camino de la experiencia, y funda sus construcciones sobre hechos y leyes comprobadas y no sobre frágiles creaciones del pensamiento, tan dado a lo extraordinario y a lo maravilloso. Naturalmente que la razón es el instrumento necesario para traducir, ordenar y metodizar los datos de la experiencia, pero no va más allá, y cuando lo pretende, por una vez que da en la verdad, cien da en el error.

Y no se nos arguya que así como hay la razón de Pedro y la razón de Juan, hay también la ciencia de Juan y la ciencia de Pedro. Cuando se habla de ciencia, se traspasa sus propios límites si en ella se quiere incluir algo que no esté comprobado y verificado de tal modo que no pueda suministrar materia de discusión. Si la suministra, podrá el asunto estar en los dominios de la investigación científica, pero no estará en la ciencia constituída; por cuyo motivo, la ciencia, propiamente dicha, es una y solamente una.

Dadas estas premisas, ¿cómo admitir el adoctrinamiento de las gentes por medio del racionalismo que para cada individuo puede significar tal o cual otro método, sistema o doctrina filosófica y hasta religiosa? ¿Cómo admitirlo, sobre todo, cuando se trata de los niños que aún no están en el pleno uso de sus facultades y pueden, por ello, ser inducidos a error?

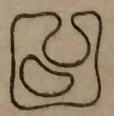
Perfectamente que cada uno opine como quiera, que cada uno, como es natural, no admita autoridad alguna sobre su razón; pero esta misma razón, si no está cegada por las enseñanzas dogmáticas o por sus reminiscencias, habrá de decirle que ella no basta para determinar la verdad, que se halla toda entera en las cosas universales y en sus leyes, en los hechos de experiencia y en las realidades de la vida toda, no en las imaginaciones de cualquier buen ciudadano cada bella mañana. Y esa misma razón que se proclama soberana, habrá de dic-

tarle imperativamente el respeto a las otras razones, tan soberanas como la propia. Y dictándoselo, la enseñanza habrá de reducirse necesariamente a las cosas comprobadas y verificadas, que es lo que constituye la ciencia. Ni aun las ideas que más verdaderas parezcan por militar a su favor el universal consentimiento, habrán de ser enseñadas, al menos como verdades comprobadas, puesto que los más grandes absurdos han contado o cuentan todavía con ese universal consentimiento.

Parécenos lo dicho claro y sencillo, fuera de toda parcialidad de doctrina o de opinión, y porque nos lo parece, procuramos llevar estas ideas al sentimiento de nuestros lectores. Si hay quien por ello se disguste o se moleste, será sensible, pero no suficiente para que renunciemos a la afirmación constante de lo que creemos puesto en razón.

Y si aún se dijere que no es eso el racionalismo, replicamos por anticipado que ni antes ni ahora nos preocupamos de lo que las cosas puedan ser para fulanito o para menganito, muy señores nuestros, sino de lo que en sí mismo significan o nos parece que significan.

Por todo lo cual habremos de continuar, mientras podamos, multiplicando los golpes de martillo sin temor a que se rompa el yunque.



El verbalismo en la enseñanza

Predomina, por desdicha, en todo lo que pretende ser nuevo la influencia de lo viejo. El patrimonio de nuestros antepasados, que diría Le Dantec, con su enorme pesadumbre, impide el avance rápido de las conquistas y del conocimiento de la Ciencia. La experiencia actual tiene por contrapeso poderoso la experiencia atávica.

Son las palabras del vehículo obligado en la transmisión de los conocimientos. Mediante ellas, van las generaciones transmitiéndose sus errores y sus verdades, más los primeros que las segundas. Imitadores los unos de los otros, no acertamos más que a emplear en la lucha las mismas armas de nuestros contradictores. Con palabras pretendemos destruír el imperio de las palabras.

Todo lo que es anterior a la ciencia, se reduce a puro verbalismo. Detrás de la teología, de la metafísica especulativa no hay más que artificios retóricos, frases bellas, figuras poéticas, pero ninguna realidad, ningun conocimiento positivo. Todo el pasado está impregnadísimo de una gran repugnancia por los hechos y por las realidades.

¿Qué hacemos los innovadores enfrente de la influencia perniciosa, naturalmente perniciosa, de ese verbalismo atávico?

Poco más o menos lo mismo que nuestros adversarios. Nos pegamos también de palabras. La magia de los hombres sonoros nos seduce. Y a unos conceptos alti-

sonantes, oponemos otros altisonantes conceptos; a unas entidades metafísicas, contestamos con otras abstrusas entidades; a unos artificios, substituímos otros artificios. La herencia es más poderosa que nuestra razón y que nuestra voluntad.

En el determinismo fisiológico y social hay explicación para el fenómeno; pero en la inconsciencia de la realidad y en la ignorancia del saber humano sería menester que buscáramos la causa eficiente de nuestra impotencia renovadora.

Pretendemos ser científicos y andamos ayunos de ciencia. Queremos ser prácticos y divagamos atrozmente. Soñamos con la vida sencilla y natural, y no hacemos sino acumular complicaciones y amontonar viejos o nuevos cachivaches. Es que ha sonado agradablemente a nuestros oídos la palabra saber, pero no hemos podido todavía apoderarnos del ritmo armónico de su contenido. Somos nuevos por el deseo, caducos por el conocimiento.

Y asi, tan verbalistas como nuestros contrincantes, giramos constantemente en el círculo vicioso.

En ninguna de nuestras manifestaciones activas como en materia de enseñanza, se muestra más claramente esta triste realidad. En nuestras escuelas se atiborra a los niños de indigestas palabras, palabras que quieren ser algo, que algo encierran en el generoso deseo del que las profiere, pero que en realidad de verdad no llevan al cerebro ni un solo rayo de luz. Enseñamos y aprendemos, como antes, figuras retóricas, conceptos filósofos, abstrusas metafísicas. artificios lógicos; nada de realidades, nada de verdades experimentales. Poner la experiencia, los hechos, ante las criaturas y dejar que ellas mismas se hagan su conocimiento, su lógica, su ciencia, es cosa que no entra en nuestros cálculos. Es más sencilla y más cómoda la rutina de darles opiniones hechas, de llenarles la cabeza de discursos vehementes, de

sugerirles argumentos en correcta formación. Buena voluntad no falta. Lo que falta son medios y conocimientos, educación pedagógica y ecuanimidad doctrinal.

Habríamos de aprender primeramente que en la realidad está toda la experiencia y que en la experiencia está toda la ciencia, para que nos diéramos cuenta de que la enseñanza se reduce a lecciones de cosas y no a lecciones de palabras. Y aprendiéndolo primero, estaríamos luego en camino de adquirir los mejores métodos, para que la realidad misma, no el maestro, fuera grabando en el cerebro y en la conciencia de las criaturas aquellos ejemplos de bondad, de amor, de justicia que hubieran de constituír el futuro hombre de una sociedad de justicia, de amor y de bondad.

Sin quererlo fabricamos hoy hombres a medida de nuestros prejuicios, de nuestras rutinas, de nuestra insuficiencia científica porque somos verbalistas y estamos nosotros mismos hechos a la medida de otros verbalismos que repudiamos. ¡Cuántos bellos discursos infructuosos! ¡Cuántos impotentes esfuerzos intelectuales de sujestión de ideas! ¡Cuántas energías malgastadas en vanas divagaciones!

La enseñanza nueva deberá ser algo más sencilla que todo esto. Sin grandes sabidurías, se puede enseñar grandes cosas; diríamos mejor, se pueda hacer que los niños aprendan muchas cosas por sí mismos. Sin discursos, sin esfuerzos de lógica que envuelven siempre algo de imposición, se puede obtener óptimos resultados en el desenvolvimiento intelectual de las criaturas. Bastará que la infancia pueda ir desentrañando sucesivamente el mundo que le rodea, los hechos de naturaleza y los hechos sociales, para que, con pequeño esfuerzo del profesor, ella misma se forme su ciencia de la vida. Por cada cien palabras de las muchas que se emplean en perjuicio de las criaturas, un solo hecho será suficiente para que cualquier niño se dé buena cuenta de razones

que acaso los más elocuentes discursos no lograrían meter en su cerebro. Lecciones de cosas, examen de la realidad, repetición de experiencias, son la única base sólida de la razón. Sin hechos, sin experiencias, sin realidades, la razón fracasa comúnmente.

Nuestros esfuerzos, en materia de enseñanza, deben propender, no a un proselitismo extensivo, sino al cultivo intensivo de las inteligencias. Un puñado de niños hechos a su propia medida y por su propia iniciativa, será una mayor conquista que si ganáramos algunos millares de ellos para determinadas ideas.

Es de tal eficacia el factor libertad, que hasta en las criaturas educadas en el mayor abandono da sus beneficiosos frutos. No hay golfo tonto, ni pilluelo que no sea inteligente.

Y si en la humanidad persiste la esclavitud moral y material, es porque precisamente se ha empleado en la enseñanza el factor imposición. El instrumento de esta imposición ha sido y es el verbalismo teológico, metafísico o filosófico.

¿Queremos una enseñanza nueva? Pues nada de verbalismo ni de imposición. Experiencia, observación, análisis, completa libertad de juicio, y los hombres del porvenir no tendrán que reprocharnos la continuación de la cadena que queremos romper.

El verbalismo es la peste de la humanidad. En la enseñanza es peor que la peste: es la atrofia, cuando no la muerte, de la inteligencia.



La razón no basta

No me convence el racionalismo, cualquiera que sea su significado. Me parece que tras esa palabra se esconde siempre algo de metafísica, de teología. Por el solo esfuerzo de la razón se construyen muy grandes cosas especulativas, pero casi ninguna sólida y firme. Y, sin embargo, muchos se pagan extraordinariamente de las resonantes palabras racional, razón, etc.

En general, ponemos escasa atención en el examen y análisis de nuestras palabras y de nuestros argumentos; olvidamos que lo que uno reputa lógico, razonable, otro lo estima fuera de toda racionalidad, y, lo que es peor, propendemos a creer firmemente que los dictados de la razón son algo universal e induscutible, algo que todos debemos acatar.

Nada más lejos de la realidad. Contra los dictados de la razón se ha levantado el grandioso edificio de la astronomía; contra los dictados de la razón han caído religiones y sistemas filosóficos en completo olvido; contra los dictados de la razón se ha cumplido y se cumple el progreso de la humanidad. Porque es la razón humana la que ha forjado todos los errores históricos y la que ahora mismo mantiene el mundo en los linderos de la ignorancia y de la superstición. Aun los mismos que se reputan revolucionarios y hombres del porvenir, de supersticiones e ignorancias viven, con ignorancias y supersticiones argumentan, porque, encastillados en los famosos dictados de la razón, no advierten que la razón sin la experimentación, es pura-

mente imaginativa y egoista; no paran mientes sino en la lógica personal y exclusiva del «yo» y se lanzan a las mayores audacias desprovistas de todo fundamento.

De hombre a hombre hay, en materia de lógica, verdaderos abismos. Y como no sabemos de ninguna razón infusa capaz de imponerse por sí misma a todos los humanos, forzoso será que hagamos un alto en nuestros entusiasmos racionalistas.

La Naturaleza, la realidad, no es un silogismo; es un hecho. De este hecho podrá nacer el silogismo; pero menester será que el instrumento de interpretación, el entendimiento, no se equivoque, para que tal silogismo sea idéntico para todo el mundo.

La misma percepción, las mismas sensaciones, varían de hombre a hombre. ¿Cómo no ha de variar la traducción en ideas y palabras? ¿Cómo no ha de variar la lógica?

Si a un hombre, lo más inteligente posible, pero ajeno al mundo civilizado, se le dijera que un armatoste de acero se mantiene a flote sobre las aguas del mar, negaría en redondo semejante posibilidad, fundado precisamente en los dictados de su razón. Si se le dijera que otro armatoste metálico surca libremente los espacios, negaríase también, en firme, a admitirlo. Su razón todas las razones dicen que cualquier objeto más pesado que el agua se va a fondo, que cualquier objeto más pesado que el aire se viene al suelo.

La razón, cuando no se apoya en la experiencia, yerra o acierta por casualidad.

Mas no es necesario apelar al hombre no civilizado. Hay un hecho que da la clave de la cuestión: cuando en un tubo donde hay agua se ha hecho el vacío, el agua sube; la razón, no pudiendo explicarse el suceso, inventó el «horror al vacío». Pero la experiencia nos permitió conocer la presión atmosférica, la ley de la gravedad y tantas otras cosas que a la razón, por sí misma, no se

le habían ocurrido; y entonces la razón se dió cuenta de que el agua sube por el tubo donde se ha hecho el vacío, precisamente porque no está presente la acción o presión atmosférica. Y esta explicación, que los encastillados en el racionalismo llamarían racional, no es más que una «explicación de hecho». sobre la cual la razón puede construir todavía invenciones y nuevos errores.

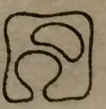
En realidad, la razón es tan maravillosamente apta para explicarse los motivos de lo que la Naturaleza le da explicado, como incapaz de fundar por sí misma una sola verdad o una sola realidad, si se quiere. Es verdad que la experiencia de los siglos debería hacernos tan desconfiados de la razón como de la fe. Pero es más fácil y más cómodo imaginar e inventar que investigar pacientemente y encontrar con tanto trabajo como eficacia los hechos y las conexiones que los ligan, y de ahí que el pretendido racionalismo tenga tantos adeptos en todas las zonas y en todos los climas ideológicos.

Donde la experiencia falta, la razón quiebra casi siempre. No, no basta la razón. Todas las cosas tenidas por racionales suelen ser infundadas y opuestas a la realidad. A lo sumo, van conformes a las apariencias. No, la razón no basta. Es precisa la experimentación constante, el análisis terco y porfiado de los hechos, la investigación tenaz, y, por encima de todo, la «verificación», necesariamente «a posteriori», de las consecuencias deducidas, para que la razón pueda levantarse modestamente, sin énfasis, a formular la más elemental de las verdades. Los hechos son algo más que los silogismos y mucho más que la escolástica, de que andamos aún contaminados los que presumimos de hombres del porvenir y somos solamente unos pobres remedos del hombre de ayer.

Menos razones y más experiencias; menos racionalismos y más realidades; menos gimnasia de calenturientas imaginaciones y más bagaje de conocimientos

positivos y de hechos de naturaleza, nos harán aptos y merecedores de otras civilizaciones y de otro mundo mejor, que por el camino de las construcciones especulativas y de los disfraces de la fe andaremos siempre girando en torno de todo lo atávico y de todo lo erróneo.

Que es precisamente lo contrario de lo que al parecer, muy racionalmente anhelamos.



Cuestiones de enseñanza

I

Explicar y enseñar no son sinónimos, aun cuando toda enseñanza suponga previa explicación. Se explican muchas cosas sin que haya propósito de enseñarlas.

Cuando se declara o da a conocer lo que uno opina, cuando se dan detalles o noticia de una doctrina, de un suceso, etc., se explica al oyente la opinión, la doctrina y el suceso para enseñarlas o para repudiarlas, según los casos.

Enseñar es algo más que explicar, puesto que es instruir o adoctrinar. El que explica una doctrina errónea a fin de hacer patente su falsedad, claro que enseña, pero no enseña la doctrina que explica sino que la repudia.

Un ejemplo, entre mil, aclarará la diferencia. Se abre un libro cualquiera de Geografía elemental, y en la parte que trata de la astronomía se halla en primer término la explicación del sistema de Ptolomeo, que supone la tierra en el centro del universo y a todos los demás cuerpos girando alrededor de ella. Viene en seguida el sistema de Copérnico, que considera al Sol fijo y los planetas girando a su alrededor. Y se agrega: «este último sistema es el admitido en el día».

La cosa es clara: se explica o da a conocer el primero; se explica y se enseña el segundo. No se enseña aquél porque se le tiene por erróneo. Adviértase que si

el profesor es concienzudo, ni aun el sistema de Copérnico enseñará sin reservas, porque nada nos permite asegurar que en el sistema del universo no hay algo más que la teoría heliocéntrica. Por eso se dice solamente que es el admitido en el día, en lugar de darlo dogmáticamente como verdadero.

La diferencia entre explicar y enseñar es todavía mayor cuando no hay más que hipótesis para contestar las interrogaciones del entendimiento. Tal ocurre con la constitución interna de nuestro planeta. El profesor podrá y deberá explicar las diferentes teorías que tratan de descifrar el enigma, pero no deberá enseñar ninguna como verdadera y comprobada puesto que no sabemos que lo sean.

En cambio podrá enseñar con ejemplos y razones, empírica y racionalmente, entre cien cosas más, el llamado teorema de Pitágoras, es a saber: en todo triángulo rectángulo se verifica que el cuadrado construído sobre la hipotenusa es equivalente a la suma de los cuadrados construídos sobre los catetos.

Y como es muy extenso el campo de los conocimientos positivos, verificados y comprobados por todo el mundo, metodizados por la ciencia; y es más extenso aún el campo de las probabilidades de conocimiento pleno de hipótesis, de opiniones, de teorías, pero falto de prueba y de certidumbre, es claro que para todo hombre de libre entendimiento la enseñanza, propiamente dicha, no deberá salirse de las verdades conquistadas indiscutibles, y, por tanto, habrá de reducirse al círculo de las explicaciones o exposiciones necesarias, de todo lo que es, en el momento, materia opinable.

Cualquiera, pues, que sea la base de una doctrina política, económica o social, y por grande que sea el amor que por ella sintamos, nuestro debido respeto a la libertad mental del niño, al derecho que le asiste de formarse a sí mismo, ha de impedirnos atiborrar su ce-

rebro de todas aquellas ideas particulares nuestras que no son verdades indiscutibles y comprobadas universalmente, aunque sí lo sean para nosotros.

Porque, en último término, de proceder en la forma opuesta vendríamos a reconocer en todo el mundo que cree estar en posesión de la verdad y no piensa como nosotros, el derecho a continuar modelando criaturas a medida de sus errores y prejuicios. Y con esto es precisamente con lo que hay que acabar, empezando por dar el ejemplo los que tal queremos.

Así es como entendemos la enseñanza, ateniéndonos a la sustancia de las cosas y no a las palabras que pretenden representarla.

Si hay quien lo entienda de otro modo, siendo hombre de ideas radicales, buena pró le haga.

II

No nos entusiasma una criatura de doce o trece años que se pone a perorar sobre materias sociales y afirma muy seria la no necesidad del dinero o cosa análoga. Nos sabe eso a recitado de catecismo, a lección metida en el cerebro a fuerza de sugestiones. Otro profesor y y otro planteamiento del problema, y la criatura afirmará muy seria todo lo contrario. Recitará otro catecismo, repetirá otra lección. Hay cosas prematuras como hay cosas tardías.

Una opinión personal no es necesariamente una ciencia y sólo a este título puede ser enseñada. Lo contrario equivale a secuestrar las tiernas inteligencias infantiles. Estamos por la enseñanza absolutamente libre de materia opinable.

Un ejemplo ilustrará la cuestión. Supongamos el caso de un pedagogo, resuelto adversario del dinero y

de la renta. Este pedagogo proscribirá de la enseñanza de la aritmética la infame, la corruptora regla de interés. Si no recordamos mal, el caso ya se ha dado. Pues ese pedagogo hará una grandísima majadería por no saber discernir entre el interés del dinero, con el que nada tiene que ver la aritmética en sí misma, y una regla de cálculo que, sea cual fuese su nombre, sirve para deducir, ponemos por caso, las proporciones en que una materia dada ha de entrar en una mezcla, el tanto por ciento que resulta de una estadística de vitalidad o de población, el rendimiento de un producto en condiciones dadas, o bien la proporción de fertilidad creciente o decreciente de una tierra determinada, etc., etc.

Se nos dirá que todo esto se puede explicar y enseñar sin dar al mismo tiempo la noción de la renta o rendimiento del capital; no lo negamos. Pero es que aquí está lo grave de la cuestión. Si se explica la materia dejando en libertad al alumno para que medite y decida — y para decidir necesita el conocimiento de todas esas cosas, las verdaderas y las falsas, — nada habrá que objetar. Pero si, por el contrario, interviene el profesor con sus ideas particulares e inclina la balanza del lado de su opinión, por muy hombre libre que sea, por muy anarquista que se proclame, cometerá un atentado contra la libertad intelectual del niño, que, en la indefección de su falta de desarrollo intelectual, tomará como verdades inconcusas así lo cierto como lo falso. Criaturas de tal modo instruídas, recitarán sabias lecciones... por cuenta ajena. Y a nosotros nos parece preferible que las reciten por cuenta propia aunque sean algo menos sabias.

Tratárase de hombres y la cuestión sería muy diferente.

El libre examen no ha de aplicarse sólo por oposición a las cosas teológicas, sino también como limi-

tación necesaria a imposiciones posibles del partido, de escuela o de doctrina.

La enseñanza no puede ni debe ser propaganda. El espíritu de proselitismo se extralimita cuando va más allá del hombre en el pleno uso de sus facultades mentales. Si hay alguna cosa en que la abstención, la neutralidad sea absolutamente exigible, esa es la instrucción de la infancia.

En este terreno podemos encontrarnos todos los hombres de ideas progresivas. Y deberemos encontrarnos para sustraer a la infancia del poder de los modeladores de momias humanas, de los hacedores de rebaños. Grande y fructífera sería esta obra si a ella arrimáramos todos decididamente el hombro. Que es precisamente lo que no hacemos.

III

Un niño cualquiera instruído conforme a los conocimientos verdaderamente científicos, no preguntará probablemente por la existencia de Dios puesto que ni siquiera tendrá noticia de tal idea. Pero si preguntara, el profesor haría bien en demostrarle que en toda la serie de los conocimientos humanos nada hay que abone semejante afirmación. Dios es materia de fe o de opinión, todo menos algo probado y que como tal deba enseñarse.

El que escribe estas líneas puede ofrecer la experiencia de once hijos, que aun no habiendo sidos instruídos con el rigor cientifico necesario, jamás tuvieron la ocurrencia de formular la pregunta antes dicha. De pequeños, porque no tenían idea alguna de ello; y de mayores, porque sin duda en el ambiente del hogar, en el ejemplo de cuanto les rodea y en los libros de que

disponían — y los había de distintas tendencias — hallaban satisfactoria respuesta a las interrogaciones de su entendimiento. Su ateísmo será, pues, el fruto de su trabajo cerebral propio, no la lección aprendida del preceptor. Sus ideas todas serán su labor propia y peculiar, no la resultante de una acción ajena ejercida deliberadamente. La diferencia es esencial y nos parece de una claridad meridiana.

Pero hay cuestiones más inmediatamente relacionadas con el problema de la enseñanza y que constituyen el verdadero nudo de la cuestión.

Como hasta el día y tal vez por bastante tiempo perdurará el antagonismo entre la enseñanza de la escuela y la enseñanza de la calle y de la casa, lo natural será que las criaturas pregunten por muchas cosas que no tienen ni fundamento lógico ni fundamento científico, y en todo caso, el profesor deberá desvanecer la duda de sus discípulos, cuidando, no obstante, de no operar un simple cambio de opiniones. La escuela no puede ni debe ser un «club».

Por algo sostenemos que, en tiempo y sazón, todo ha de ser explicado, pero solamente enseñado aquello que tenga sanción científica, prueba universal. Una buena parte de los problemas planteados por el entendimiento humano, no tiene por solución más que hipótesis mejor o peor fundadas, y es evidente que en su exposición ha de procurarse una neutralidad absoluta, porque la solución que a uno le parece indudable y racional, a otro le parece absurda, y de aquí que el racionalismo sea insuficiente para dirigir la enseñanza. Descartada toda materia de fe, la instrucción de la juventud quedaría reducida a la enseñanza de las cosas probadas y a la explicación de los problemas cuya solución no tiene más que probabilidades de certidumbre.

Pongamos algunos ejemplos. Ante la experiencia diaria que les hace ver que cuando llueve todos nos mo-

jamos, que nada hay que no provenga de algo o de alguién, que no hay, en fin, efecto sin causa, los pequeños hombres, sino preguntan por la existencia de Dios. seguramente preguntarán por el origen del Universo. Llegada cierta edad no hay quien no pregunte por el principio y la causa y por la finalidad y el acabamiento de todas las cosas. Y esto todo es de una dificultad innegable. ¿Qué hará el maestro? Para unos, puesto que no hay efecto sin causa, el mundo habrá tenido un origen y un principio, tendrá una finalidad y un acabamiento. Para otros, la serie de las causas y efectos no tendrá límite anterior ni posterior y el mundo existirá de toda eternidad en el espacio infinito. Como todo cuanto nos rodea empieza y acaba, sucede por algo y para algo. los espíritus realistas optarán por la primera hipótesis. Los capaces de abstracción, se decidirán por la segunda. No valdrá invocar la ciencia porque ella no puede actualmente, acaso no pueda nunca darnos respuestas enteramente probatorias. Los que crean que la solución categórica está en el materialismo o el evolucionismo, hablarán en nombre de una opinión o creencia (racionalismo), pero no harán sino esquivar, diferir el problema, figurándose haberlo resuelto mediante la sustitución de palabras. Lo intelectualmente honrado será, pues, que el maestro exponga con toda claridad los datos del problema y las hipótesis diferentes que tratan de aclararlo. Hacer otra cosa será siempre una imposición de doctrina.

Tyndall, cuya ciencia nadie pondrá en duda, terminaba la explicación de la teoría del calor como modo de movimiento, preguntándose de qué manera podría concebirse un movimiento sin algo que se mueve, y contestaba, con una sencillez verdaderamente sabia, que la ciencia contemporánea no podía responder a tal pregunta. ¿Y se querrá por nuestro bonísimo, pero inútil deseo, resolver de plano estas y otras cien cuestiones

ofreciendo a los niños toda una ciencia acabada, fruto de la pretendida infalibilidad del racionalismo?

Poco importa que creamos que siempre ha habido una causa anterior y que la serie de las causas y efectos no tendrá término. La palabra infinito será un subterfugio de nuestro pensamiento, pero no una respuesta concluyente, y asi no podremos ofrecer más que una opinión, no una certidumbre; una probabilidad, no una prueba. ¿Qué responderemos si el pequeño hombre se obstina en hallar un principio y determinar un final? Aquí el método de la libertad o si se quiere neutralidad, no del racionalismo precisamente: dejar que el pequeño hombre forme su juicio por sí mismo poniendo a su alcance cuantos conocimientos puedan ilustrar la cuestión.

Y este método de libertad, que nosotros proclamamos, es el exigible a cuantos se digan, piensen como piensen , respetuosos de la independencia intelectual del niño. Lo proclamamos, no a título de anarquistas, mucho menos de racionalistas, sino a título de hombres de equidad y de recíproco respeto, en cuyo punto creemos que pueden coincidir gentes de todos los extremos de las ideas progresivas, sino entienden por enseñanza el adoctrinamiento en una opinión determinada.

Por eso creemos que los que se empeñan en establecer perfecta sinonimia entre el racionalismo y el anarquismo — que de ningún modo son equivalentes — harían bien en dejarse de rodeos y proclamarse abiertamente partidarios de la enseñanza anarquista, porque esto simplificaría los términos de la cuestión, y si no a un acuerdo, podría, sin duda, llegarse a una delimitación completa de tendencias.

Aun a estos buenos amigos que en su entusiasmo por el ideal quisieran inculcarlo, tendríamos que objetarles que en todos los terrenos y más en el de la enseñanza, la anarquía no debe ser materia de imposición.

Dos palabras aún para terminar esta serie de artículos.

Ptolomeo Philadelpho, rey de Egipto, pidió a su maestro, el geomátra Euclides, que hiciese en su favor algo para allanar las dificultades de la demostración científica, en verdad bastante complicada en aquellos tiempos. Y Euclides le respondió: «Señor: no hay en la Geometría senderos especiales para los reyes.»

Compañeros: en la Ciencia no hay senderos especiales para los anarquistas.



SINCERIDAD

Es un espectáculo triste el de nuestros días. La mentira pública y privada corroe las entrañas de la sociedad. El vicio gana a los hombres y a las mujeres, a los ancianos y a los niños. La vanidad desvanece el cerebro. Hipócritas y fatuos, embusteros y degradados, corremos tras miserables fines de pasajero goce.

Invadidos por la epidemia del escepticismo más repugnante, pisoteamos la conciencia, despreciamos la personalidad. Todo es igual si cuidadosos aparentamos cualidades que ni nosotros mismos ni nadie nos reconoce.

Hemos firmado un compromiso con las apariencias rindiéndonos a la maldad. Nuestra educación política, nuestra educación social, nuestra mentalidad, nuestra efectividad, todo, absolutamente todo, descansa en ese compromiso.

No es esto pesimismo de escuela ni pesimismo de tendencia orgánica. Es la expresión de la realidad que se impone por doquier. Contemplamos a un hombre cualquiera, sean las que fueren sus ideas y sus sentimientos, y de pronto salta la mentira, salta el fingimiento, salta la vanidad. los excépticos declarados se confiesan o se excusan. Quien se excusa se acusa, leí no sé dónde. Los que tienen o parecen tener ideas, aspiraciones, velan lo mejor posible su propia insanía. Provocadlos y os enseñarán más mentiras que verdades, más vanidad que ciencia propia, más hipocresía. La línea recta es

el egoísmo estrecho de las más diversas concupiscencias. No faltan los que cínicamente ostentan la perversidad de la moderna vida social.

Estamos en plena crisis de todo un mundo que amenaza próxima ruina. Desgastados los resortes de la vieja moral, del idealismo trascendente, de la política rancia, todo el mundo se entrega a las más bajas pasiones. La ambición se desborda: ambición mezquina, pobre, deleznable. El egoísmo cristaliza; egoísmo raquítico, anémico. Todas las cualidades nobles de la personalidad bailan una danza macabra y se prosternan en el altar de la concupiscencia. Se ponen las ideas, los setimientos, al servicio de la pasión. Es menester "arrastrarse para subir, como hacen las orugas, a lo largo de una estaca". "En vano (Dumont) un hombre reflexivo y sensato querrá permanecer inmóvil en su condición, hacer consistir su lujo en su independencia y gozar descanso y reposo; no se le dejará tranquilo. El desinterés, la vida simple y con severidad independiente, son artículos pasados ya de moda y objeto de un desdén general."

Se miente religiosidad; se miente amor al prójimo, se miente abnegación, se miente sinceridad: la cucaña tentadora, la cucaña política, la cucaña de la riqueza, la cucaña del renombre, la cucaña del aplauso: he ahí todo. Hay que trepar aunque sea arrastrándose como los insectos más repugnantes.

Trepad, pues, hombres del día. Trepad los que aspiráis a gobernar, los que queréis dirigir, los que soñáis con brillos de efímero deslumbre; trepad los ambiciosos, los glotones de la riqueza; trepad los que os creéis elegidos, predestinados a una hegemonía literaria, política, científica o social; trepad todos a porfía que la masa estulta os ayudará placentera, creyendo o aparentando creer en vuestras promesas de gloria o bienestar

o de grandeza: en vuestros mentidos servicios; en vuestra necia superioridad.

Que mientras trepáis no faltarán voces que clamen desde acá abajo por una vida sencilla, honesta, sincera. Una vida sencilla, honesta, sincera, que vendrá al derrumbarse el mundo que agoniza, que surgirá al estrépito de todas las cucañas al venirse al suelo.

La fuerza de los que cifran su orgullo en su independencia, en su sinceridad, en su sencillez, es la fuerza de un mundo que se adelanta a los tiempos, que viene a todo correr para sanear la atmósfera, el ambiente social y purificar la conciencia de los individuos dotándoles del heroísmo de la verdad, del valor de ser ellos mismos, netamente ellos, sin doblez, sin fingimiento, sin hipocresía. Esta fuerza pretende que los ciudadanos no vivan del común engaño, que cada uno se confiese tal cual es, bondadoso o indiferente, egoísta o desinteresado, blanco o rojo, sabio o necio; que cada uno pueda estrechar la mano del otro sabiendo que es la mano del adversario o del amigo, la mano del heroe o la mano del sabio, la mano del necio o la mano del egoísta. Cada hombre vale tanto más cuanto más francamente se muestra tal cual es. Necesitamos tener el valor de nuestra propia personalidad.

Mostrémonos como somos. Si abrigamos una ambición personal no nos finjamos redentores del prójimo; si corremos tras la riqueza no aparentemos una piedad que no se siente, una religiosidad que no pasa de los labios; tengamos el valor de ser nosotros mismos.

Y cuando tengamos este valor habremos vuelto a la vida honesta y sencilla, a la verdad simple y neta. No hay mayor gloria que la tranquilidad de ser probo, leal, franco, abiertamente franco y noblemente desinteresado. Volvamos, sí, a las costumbres modestas, a las costumbres de independencia, de sencillez, de honestidad.

El ambiente de mentiras, de ambiciones, de vanidades, de concupiscencia, corroe las entrañas de la sociedad y corroe nuestras propias entrañas. Estamos en plena peste de embustes, de fatuidades, soberbiamente engreídos de nuestra maldad.

Llamemos a todas las puertas, forcémoslas si es preciso; que nuestra personalidad se ofrezca a la contemplación pública como entre cristales diáfanos.

Que de todos lados partan voces haciendo un llamamiento vigoroso a la sencillez, a la independencia y a la honestidad. Cifremos en ello nuestro orgullo. Es menester ser sinceros hasta el heroísmo.

Las pestes se vencen a fuerza de higiene. La higiene social tiene un nombre: verdad.

La verdad será el gran reactivo que nos devuelva al dominio de nosotros mismos.

Digamos, impongamos la verdad tercamente, sin arredrarnos por nada, hasta con los puños si es necesario. Que la verdad sea el cautiverio implacable de todas las llagas que nos apestan, asfixiados en una atmósfera de muerte.

La verdad nos emancipará.



Paz inaceptable

El pujante avance del socialismo revolucionario, su poderosa acción dirigida contra el estado social presente, ha determinado entre literatos y filósofos una tendencia de reacción hacia las doctrinas cristianas. Algunos, pretendiendo vivir en su tiempo, se han dicho resueltamente socialistas, no sin aportar al socialismo el bagaje de las ideas tradicionalmente burguesas. De este ayuntamiento extraño ha resultado el eclecticismo imperante que atiborra el cerebro popular de mixturas ideológicas indigestas y obscurece el horizonte de las aspiraciones revolucionarias.

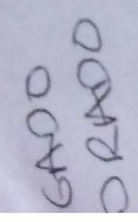
De todos lados han partido voces de humanidad, de paz y de amor. Se ha proclamado el derecho de los pobres a la vida y a los goces de la vida; se ha reconocido su beligerancia política, ensalzándolos y enalteciéndolos. El arte se ha dignado recordar que hay grandiosidad en la pobreza. Se poetiza mucho, se discurre poco. Por eso resultan prácticamente nulos los esfuerzos del neomisticismo sociológico; porque se trata de una simple corriente de simpatía, no de una actividad racional racionalmente dirigida. La eficacia del remedio corresponde a la naturaleza de la sensación del mal. Es necesario que la rendición se fíe a la magnanimidad de los poderosos, a la beneficencia organizada y a la instrucción y bondad del pueblo. Es, en fin, preciso esperar a que el amor obre el milagro. Volvemos otra vez y siempre al cristianismo, a la resignación, a la conformidad.

Todos los sabios de la cátedra, todos los literatos y filósofos que han enarbolado la bandera que el abate Froment plegó con el derrumbamiento de sus infantiles ilusiones de creyente, olvidan o quieren olvidar la inutilidad de sus predicaciones para cambiar la naturaleza de las cosas; olvidan o quieren olvidar que hablan a intereses antagónicos, que no se llenan los estómagos vacíos ni se desvanecen los vapores de la hartura con peroratas fraternitarias, que no se modifica al hombre por el mandato de un cambio necesario. Los sabios de la cátedra, los filósofos y los literatos se han planteado el problema prescindiendo de los datos en función, de los cuales únicamente la incógnita puede ser despejada. Han prescindido y prescinden de la propiedad individual, origen de la miseria; del poder organizado, causa de la esclavitud política; de la enseñanza oficial, coeficiente obligado de la ignorancia popular.

La paz, en tales condiciones, sólo es posible mediante la resignación de los de abajo. La caridad de los de arriba no dará más que apariencias de sosiego, paliará el mal, pero carece de eficacia para destruir la desigualdad social.

Plantéase la cuestión, una vez reconocida la existencia del problema, con el propósito de hallar los medios de que todos los hombres entren en el pleno goce de la existencia, de que todos disfruten de bienestar y de libertad; y la cátedra, la filosofía, la literatura responden al estruendo del aldabonazo del pueblo reconociendo la justicia de la reivindicación y la necesidad de satisfacer perentoriamente las demandas de los miserables. Mas ¿qué hacen? ¿Proponen el allanamiento de todos los obstáculos? ¿Obran, en consecuencia, trabajando por la destrucción de las causas del mal? ¿Analizan estas causas y establecen la injusticia de la propiedad, del salariado, de la legislación y del gobierno?

Los más resueltos se conforman con puras abstrac-



ciones. La igualdad paréceles admirable; la libertad, hermosa; la justicia, el supremo ideal humano. Y a renglón seguido esfuérzanse en meter en el odre viejo de la organización social presente sus ideales del mañana, sin percatarse de que el contenido real de la igualdad, de la libertad y de la justicia es incompatible con este orden de jerarquías, privilegios y coacciones imperantes.

Claman en desierto si piden al Estado leyes protectoras, igualdad en la distribución, justicia en las relaciones sociales. Claman en desierto si a los ricos exigen bondad y caridad, resignación y mansedumbre a los pobres. Claman en desierto si pregonan la necesidad de resolver el conflicto por medio de la amistad entre todos los hombres. Lo repetimos: el concurso del que manda y del que obedece, del capitalista y del jornalero para la obra de la paz, es, simplemente, absurdo. No puede haber entre ellos ecuación de equidad.

El proletariado sabe bien que no puede amar en la sumisión; que no puede rendirse al cariño, a la fraternidad, con el que le explota; que no puede considerar como a hermano al que le acuchilla. Sabe que todas las leyes, aun cuando lleven la etiqueta socialista, dejarán en pie la propiedad privada y el gobierno.

''Escribiréis en vuestros códigos cuantas veces queráis la igualdad, la libertad y la justicia; pero como no suprimiréis ni al propietario, ni al legislador, ni al magistrado — dice el jornalero —, continuaré sometido al que manda, al que explota y al que juzga, y seré siempre inferior a ellos, condenado, antes y después, a la resignación que me esclaviza y a la miseria que me aniquila. No, no podré amar al déspota, y os regalo todas vuestras lindas lindezas retóricas. Quiero la igualdad positiva de condiciones, la libertad completa de acción, la justicia que me permita y permita a todos la satisfacción de las necesidades reales de la existencia, necesidades de pan, necesidades de instrucción, necesidades

de arte. Estoy harto de vuestras metafísicas, de vuestras sutilezas teóricas, de vuestros acomodamientos estériles. Podéis romper vuestros códigos y vuestros decretos, que, aun cuando ellos contuvieran el mandato terminante de la libertad, de la igualdad y de la justicia, serían prácticamente tan ineficaces como lo ha sido hasta el día el precepto cristiano del amor. Son los hechos y las cosas los que hay que atacar resueltamente, no sólo su representación."

La lógica popular parecerá brutal a la sabiduría de cátedra, pero es harto más científica y positiva que sus sofísticos escarceos a beneficio de lo existente, porque "a priori" lo supone inmutable y eterno.

El cerebro y el brazo

"¿Conqué la función de pocero no es menos importante que la del sabio que investiga?

Me parece que confundes lo importante con lo necesario. Lo importante es la función inteligente; lo necesario es el mecanismo que ejecuta."

(Réplica de un anarquista.)

Dije, con motivo de las idolatrías populares, en uno de los números de "El Libertario," poco más o menos lo siguiente:

"Soy de los primeros en reverenciar las cualidades sobresalientes de los hombres; soy de los primeros en rechazar toda preponderancia aunque venga revestida de los mejores méritos. Nadie sobre nadie. Si hubiera primeros y últimos entre los hombres, el último de los productores sería tanto como el primero de los genios. El saneamiento de una alcantarilla no es menos importante que la más genial de las creaciones artísticas. Y si descendemos un poco, vale mucho más el pocero que limpia las atarjeas, que cuantos, desde las alturas del poder y de la gloria, embaucan a la humanidad con sus bellas mentiras...

"Natura no distingue de sabios e ignorantes, de refinados y safios. Todos, igualmente, animales que comen y defecan. El desarrollo intelectual y afectivo puede constituir una ventaja personal y derivar en provecho común, nunca fundar un privilegio sobre los demás".

Tales palabras dije sin sospechar que un camarada anarquista se creyera en el caso de redargüirlas. Parecieronme entonces puestas en razón; estoy ahora orgulloso de haberlas escrito.

Este buen amigo, que me escribe un buen fajo de cuartillas para señalar errores míos, piensa tal vez que la vida llegará a ser un efluvio mental purgado de las groserías de la carne, y en esta hipótesis, nada científica, pese a la mucha ciencia de que hace gala, no encuentra cosa que le parezca importante si no es la misma inteligencia. El pocero, el zapatero, el sastre, el albañil, etcétera, son, a lo sumo, mecanismos necesarios para que los otros — los sabios y los artistas — coman y se regodeen.

Antojáseme todo ello un resabio de educación, un prejuicio extraño en un anarquista y, todavía más, un exceso de reverencia para los productos del cerebro humano. Andamos tan saturados de idolatrismo, que no podemos asomarnos a las puertas del saber y del arte sin quedarnos extáticos, humillarnos ante el genio y aun reconocernos nosotros mismos seres superiores apenas hemos logrado comprender cuatro quirománticas palabras explicativas de determinados fenómenos de la Naturaleza. Allí donde leemos la palabra ciencia, nuestra fe se prosterna ante el nuevo ídolo.

Mas si logramos transponer los umbrales del templo, si en nuestro anhelo de sabiduría conseguimos penetrar analíticamente la entraña de los más firmes conocimientos, ¡cómo se derrumban entonces nuestros ensueños, nuestros castillos de naipes! La fé flaqueará ante el artificio patente, ante la hipocresía falsa, ante la solución provisional que no soluciona nada. Hay en la ciencia más convenios y más acomodamientos que verdades conquistadas. Acaso brota de mi pluma modestísima una herejía. ¡Perdón, entonces, oh manes que nada ignoráis!

Pero es lo cierto que la vida no se compone de sabidurías, sino de necesidades y de satisfacción de necesidades. El trabajo es necesario y es importante, tan importante, que sin él pereceríamos. Sin sabios, no. La apreciación de los mecanismos necesarios es una vulgaridad de filisteo que no debe manchar los labios de los anarquistas. La distinción de brazo y cerebro, es un comodín de la burguesía para mantener disimuladamente en servidumbre perpetua al que trabaja. No hay, de mi parte, confusión entre lo importante y lo necesario. Hay, si acaso, insuficiencia de expresión, porque la obra del pocero, del sastre, del mecánico, etc., es necesaria y es importante a un mismo tiempo. De la ruda labor del brazo vivimos todos, los ignorantes y los sabios. De la cómoda labor de éstos, vive el que puede. No llegan los frutos de su ciencia a la multitud ineducada y zafia; no llegan sus espléndidas luces al fondo del pozo minero, al antro industrial, a la covacha miserable del asalariado. Lo necesario y lo importante es producir y es consumir, esto es, vivir. Natura no distingue de sabios e ignorantes. Ante ella no hay más que animales que comen y defecan. ¡Qué burdo, qué antiartístico, qué falto de elevada ciencia metafísica es todo esto! ¿Verdad, "mío caro"?

No se crea por ello que desdeño el arte y la ciencia, que menosprecio el genio, que reniego de la inteligencia. Brazo y cerebro, no acierto a verlos escindidos. Donde se trabaja, se piensa. Diremos con Proudhon: el que trabaja filosofa. No hay funciones separadas, contradictorias, sino una sola función que se traduce en pensamientos y en hechos. La rutina quiere que veamos en algunos hombres seres privilegiados y hemos inventado el sabio como habríamos inventado el hechicero, el augur y el sacerdote. El desdichado pocero es aun para este camarada anarquista nada más que el mecanismo necesario.

El sabio, si es sabio, y precisamente por serlo, no se piensa él mismo más importante que el pocero. ¡Somos nosotros, que nos empeñamos en ponerlo sobre un pedestal! Cuanto más nos adentramos en el laberinto de los conocimientos, más y mejor nos damos cuenta de nuestra insuficiencia. Se necesita del idolatrismo atávico para forjarnos dioses a nosotros mismos o a los individuos de nuestra devoción. A veces el solo título de un libro nos subyuga y no tardamos en rendir fervoroso culto a su autor. Idolátricos, idolátricos y nada más que idolátricos. Miramos a través de este prisma todas las cosas. ¿Cómo habríamos de considerar más importante la obra de millones de hombres que limpian atarjeas, deshollinan chimeneas, hacen zapatos, labran las piedras, perforan las montañas, que la de un núcleo de afortunados que a cambio de unas cuantas verdades nos han regalado todas las grandes mentiras, grandes y bellas, que han labrado, labran y aun seguirán labrando por algún tiempo todos los infortunios humanos?

El hombre es su propia función y su propio mecanismo ¿A título de qué habrán de ser unos brazo y otros cerebro?

Brazo y cerebro son partes de un todo armónicos que llamamos hombre. En el reino de la Naturaleza todos los hombres son equivalentes, cualesquiera que sean las diferencias orgánicas que los distingan. De la desigualdad nace precisamente el principio de la igualdad social: que cada uno pueda, según sus aptitudes de desenvolvimiento, desenvolverse sin trabas ni cortapisas. Conceder mayor importancia al cerebro que al brazo, es reconocer un privilegio como otro cualquiera. La anarquía los repudia todos.

Realización del principio anarquista

No es posible ya la duda respecto a un mejor estado de la vida social. La humanidad, desenvolviéndose progresivamente, nos suministra la prueba de que caminamos hacia el mejoramiento de las condiciones de la existencia. Apenas se atreven a negarlo los partidos más retrógrados. Los que de más avanzados se precian, pretenden contener nuestras legítimas aspiraciones a pretexto de que sólo serán posibles en una sociedad más instruída y mejor preparada para la libertad.

Esto significa que carecen de fuerza y de lógica para combatirnos. La instrucción de que ciertamente carece, no sólo el pueblo, sino también gran parte de las clases llamadas directoras, no puede obtenerse sin romper antes todas las ligaduras con que oprimen al hombre las dominantes preocupaciones de la religión y de la política. Mientras el estado tenga sometida la enseñanza, mientras la iglesia se introduzca en las escuelas y mientras las condiciones de desigualdad social principalmente no sean destruídas, es imposible que la instrucción se generalice y llegue a todos por igual. Para que sea integral o enciclopédica, lo primero que se necesita es emancipar por completo la enseñanza y facilitar a todos los hombres iguales medios de adquirirla, colocarlos en identidad de condiciones económicas y sociales, la cual sólo es hacedero después del triunfo definitivo de la anarquía. Por otra parte, los pueblos no pueden prepararse para la libertad si no es ejercitándola, y en

tanto cuanto se les prive del más insignificante de sus derechos a pretexto de la incapacidad o de imaginarios peligros, podrá adaptarse a la tiranía más o menos poderosa que esto significa, pero no a la libertad que necesita. A menos de acudir a la rebelión no puede el hombre educarse en la libertad, y esto prueba en último término que únicamente en la libertad completa halla aquél su más alta expresión como miembro social.

Soñar con que la evolución se complete en un medio que le es totalmente opuesto, es una locura. Para completarse aquélla, lo repetimos, es indispensable modificar antes el medio circundante, provocar la revolución, y entrando entonces en el uso de todos los derechos, consagrar por la práctica y la experiencia el imperio de la libertad.

Es indudable que en el tránsito de una a otra forma se producirán perturbaciones, pero ¿acaso faltan en ningún período de transición? Hoy mismo, después de un siglo de sistema constitucional, las perturbaciones son el pan de cada día. Pasarán, pues, las alteraciones y vaivenes de los primeros tiempos, y la sociedad anarquista entrará en su desarrollo total, sin sacudimientos bruscos, sin cataclismos terribles, sin nada de lo que caracteriza a nuestros días, porque no estarán allí presentes para provocarlos ni el principio de autoridad ni el privilegio de la apropiación individual.

¿Y cómo, se dirá, va a realizarse todo esto?

Después de la revolución, generalizada la propiedad y sometidos a libre uso la tierra y los instrumentos del trabajo, los productores se asociarán conforme a sus fines, sus aptitudes, sus necesidades, y mediante pactos libres, procederán a organizar la producción, el cambio, el consumo, la instrucción, la asistencia y cuanto requieran en el nuevo estado social en que se encuentren. La libertad, la más amplia libertad presidirá la formación

de estos organismos, la distribución de los productos y la retribución del trabajo.

Cuanto hoy se gasta en mantener ejércitos formidables, iglesias llenas de parásitos y oficinas atestadas de vagos; cuanto hoy se acumula en manos de señorones ociosos y consume el vicio, refluirá sobre la sociedad en general y circulará en beneficio común para mejor conllevar el mantenimiento de todas las necesidades y de todos los goces físicos, artísticos, morales y científicos.

No habrá un Estado que mande e inicie, pero habrá millones de iniciativas individuales y cooperativas, y los hombres contratarán libremente, emancipados ya del mandato atentatorio a sus derechos.

¿Dudáis de ésto? ¡Pués qué! ¿Acaso no se debe lo mejor de nuestros adelantos a la iniciativa privada? ¡Pués qué! ¿Acaso hace hoy el Estado algo más que estorbar nuestros progresos? ¿Acaso el Estado es el factor de la industria y del comercio? ¿Acaso interviene en los progresos de la ciencia y del arte como no sea para torcerlos y anularlos? ¿Acaso hace algo que no sea perturbar la existencia de multitud de asociaciones, que viven fuera de su esfera? El Estado no es médico, ni es mecánico, ni es industrial, ni es comerciante, ni es productor; el Estado no es nada. ¿Para qué sirve, pués?

Creeráse, no obstante, que sin el nudo del Estado se desatarán todas nuestras pasiones y se romperá la unidad de la especie humana. No temáis, no, espíritus preocupados, que tal suceda; no temáis que se alcen los unos contra los otros, "Cual en la Naturaleza, ha dicho Castelar, existen leyes de diversificación que producen los individuos, existen leyes de unificación que producen las especies y colectividades. Cual hay entre las moles del cielo fuerzas centrífugas que a cada cual en sí misma la contienen y fuerzas centrípetas que las armonizan unas con otras, hay leyes de independencia

que reconocen a cada pueblo — y a cada individuo, debiera añadir, — su autonomía y leyes de atracción que los juntan en una obra universal humana. Como el espectro solar prueba la unidad del universo material, el sentimiento de solidaridad prueba la unidad del género humano''.

Si no bastan las necesidades individuales y sociales a probar la posibilidad de la anarquía, si no bastan el gran desarrollo industrial que alcanzamos y el nivel superior que intelectualmente hemos conquistado, si no bastan la multitud de ejemplos de sociedades que hoy viven sin autoridad constituída, si no basta todo esto a probar nuestra afirmación, el sentimiento de solidaridad pone fin a todas las observaciones y a todas las dudas.

Dejemos obrar a las leyes naturales. Los individuos y los pueblos son socialmente autónomos, y esta autonomía rechaza toda autoridad, pues lejos de perderse sin élla en el laberinto de sus pasiones, posibilita la vida armónica de todos los seres, ya que la soberanía de unos ha de ser equilibrada por la de otros; a la manera que las diminutas partículas libres en el espacio, encuentran en sus mútuos choques, limitaciones también mútuas, y forman por relaciones de afinidad o de atracción otros cuerpos llamados moléculas, en lugar de destruirse o aniquilarse, toda vez que la ley de la conservación excluye la aniquilación. La solidaridad, la atracción, la afinidad, el espíritu de conservación, hacen por tanto, innegable la asociación voluntaria de todos los hombres.

El principio de autoridad no ha podido durante muchos siglos conseguir el cumplimiento de estas dos leyes. Ni ha consagrado jamás la autonomía individual ni puede consagrarla. Ni ha conseguido nunca unir en un solo haz a la humanidad entera, ni lo conseguirá. Lo que no ha alcanzado la autoridad, lo obtendrá la libertad; lo que no la fuerza lo conseguirá la voluntad, libre

de todas las trabas. Dejad que la libertad y la solidaridad obren en consorcio admirable todos sus prodigios, y vereis como sobre esa magnífica mecánica social, la Ciencia, emancipada de las influencias perniciosas del presente, rutinario y preocupado, se desenvolverá ampliamente, alcanzando el grado más alto de su completa organización progresiva, para determinar con la Estadística el movimiento económico de los pueblos; con la Higiene, las prescripciones de la salud para el individuo y para el grupo; con la Física, los diversos secretos de los elementos naturales para que el hombre los explote; con la Química, diversas combinaciones de esos mismos elementos para producir lo útil y lo maravilloso; con la Mecánica, los medios de suprimir en el hombre la última partícula de la animalidad primitiva, sustituyendo al esfuerzo muscular, la fuerza motriz del agua, del aire y de la electricidad; que en la magnífica gradación de las verdades científicas puede y debe hallar el hombre cuanto necesita para dirigirse y gobernarse por sí mismo.

Al mandato estúpido de la autoridad, sustituirá así el consejo ilustrado de la Ciencia.

Nuestros ideales redentores son de realización inmediata, y la certidumbre de su posibilidad, cosa por demás evidente.

Queremos vivir libres, trabajar los unos para los otros, ayudarnos, fraternizar en el esfuerzo común para el bien universal, luchar juntos para el goce de una vida tranquila donde todos comprendan que lo mejor para cada uno y para los demás, es obrar el bien, practicar el bien, y realizar el bien.

En la vida de la humanidad tiene esta próxima evolución una importancia decisiva.

Suprimidos todos los privilegios y todas las autoridades, las pasiones humanas serán menos excitadas, pues que la ambición del poder, el afán de las rique-

zas, las necesidades de las rebeliones, todo esto habrá desaparecido naturalmente. Los progresos que hasta el día tienen que luchar con la oposición de los poderes y de los intereses creados a la sombra del privilegio, se verán libres de toda traba, de todo obstáculo. Funcionando libremente todas las iniciativas, hallando todos los propósitos expeditos todos los caminos de su realización, nada habrá que perturbe la marcha general de las sociedades.

La anarquía habrá acabado con todas las hecatombes hoy tan comunes. Cada modificación, cada reforma se realizará expansivamente, y las luchas de nuestros días, crueles y sanguinarias, no volverán jamás a repetirse.

El imperio de la fuerza, las luchas de la fuerza, el triunfo de la fuerza, habrán sido eliminados, porque donde la libertad domine, nadie intentará sojuzgar a nadie, nadie tratará de sobreponerse a nadie, por una mayor fuerza o poder físico. Luchas de inteligencia, amulaciones de trabajo, de saber y de bondad, serán las verdaderas agitaciones del porvenir; agitaciones grandiosas, nobles y pacíficas; agitaciones y luchas de hombres, no de fieras, no de bestias.

La anarquía, en fin, habrá cerrado el terrible período de las revoluciones violentas, lo cual constituye la más grande apoteósis de aquel principio.

Multitud de asociaciones industriales, agrícolas, científicas, artísticas, librarán la batalla de la vida en fraternal consorcio, en admirable competencia de solidaridad universal. Multitud de asociaciones atenderán a la enseñanza, a la asistencia, a la higiene y cuanto hoy tuerce, por mezquindad de intereses, el rumbo de las ciencias no cabrá en el seno de aquella sociedad emancipada, redimida.

¿Qué sucederá necesariamente? Que los productos abundarán por todas partes mediante un trabajo indi-

vidual mucho menor que el presente; que las relaciones de los hombres se extenderán prodigiosamente; que la mayor parte de nuestros males físicos desaparecerán, y muchos otros serán vencidos por la medicina; que los entuertos de la ignorancia se reducirán a su mínima expresión; porque trabajando todos los hombres, con menos esfuerzo personal, podrán producir más que lo suficiente para la subsistencia general; porque eliminadas las artificiales fronteras políticas y suprimidos los inconvenientes de la distancia y el dispendio de los gastos de transporte, nada estorbará que todos los hombres se entiendan; porque emancipada la medicina del egoísmo individual acudirá a todas partes solícita, y a la postre la constancia en combatirlas desterrará muchas enfermedades; porque en fin, llevada la instrucción a su grado máximo de desarrollo, la ignorancia será un verdadero fenómeno, rarísimo y excepcional.

El progreso humano ha de verificarse, pues, mediante el planteamiento de la anarquía, de una manera armónica, espléndida, deslumbradora.

Tal es nuestra aspiración, confirmada por aquel dicho célebre que recordamos a nuestros impugnadores:

El paraíso está delante, no detrás de nosotros.



LA GRAN MENTIRA

Es viejo cuento. Con el señuelo de la revolución, con la higuí de la libertad, se ha embobado siempre a las gentes. La enhiesta cucaña se ha hecho sólo para los hábiles trepadores. Abajo quedan boquiabiertos los papanatas que fiaron en cantos de sirena.

El hecho no es únicamente imputable a los encasillados aquí o allá. Las formas del engaño son tan varias como varios los programas y las promesas. Arriba, en medio y abajo se dan igualmente cucos que saben encaramarse sobre los lomos de la simplicidad popular.

La promesa democrática, la promesa social, todo sirve para mantener en pie la torre blindada de la explotación de las multitudes. Y sirve naturalmente para acaudillar masas, para gobernar rebaños y esquilmarlos libremente. Aun cuando se intenta redimirlos del espíritu gregario, aun cuando se procura que cada cual se haga su propia personalidad y se redima por sí mismo, nos estrellamos contra los hábitos adquiridos, contra los sedimentos poderosos de la educación y contra la ignorancia forzosa de los más. Los mismos propagandistas de la real independencia del individuo, si no son bastante fuertes para sacudir todo homenaje y toda sumisión, suelen verse alzados sobre las espaldas de los que no comprenden la vida sin cucañas y sin premios. Que quieran que no, han de trepar; y a poco que les ciegue la vanidad o la ambición, se verán como por ensalmo llevados a las más altas cumbres de la superioridad ne-

gada. Es fenómeno harto humano para que por nadie pueda ser puesto en duda.

La gran mentira alienta y sostiene este miserable estado de cosas. La gran mentira apuntala fuertemente este ruin e infame andamiaje social que constituye el gobierno y la explotación organizados, y también aquella explotación y aquel gobierno que se ejercen en la vida ordinaria por todo género de entidades sociales, económicas y políticas.

Y la gran mentira en esa promesa de libertad repetida en todos los tonos y cantada por todos los revolucionarios: libertad reglada, tasada, medida, ancha o estrechamente, según las anchas o estrechas miras de sus panegiristas. Es la mentira universal sostenida y fomentada por la fe de los ingénuos, por la creencia de los sencillos, por la bondad de los nobles y sinceros tanto como por la incredulidad y la cuquería de los que dirigen, de los que capitanean, de los que esquilman el rebaño humano.

En esta gran mentira entramos todos y sálvese el que pueda. Las cosas derivan siempre en el sentido de la corriente. Vamos todos por ella más o menos arrastrados, porque la mentira es cosa sustancial en nuestro propio organismo: la hemos mamado, la hemos engordado, la hemos acariciado desde la cuna y la acariciaremos hasta la tumba. Revolverse contra la herencia es posible y más que posible es necesario e indispensable. Sacudirse la pesadumbre del andamiaje que nos estruja no es fácil, pero tampoco imposible. La evolución, el progreso humano se cumplen en virtud de estas rebeldías de la conciencia, del entendimiento, y de la voluntad.

Mas es menester que no nos hagamos la ilusión de la rebeldía, que no disfracemos la mentira con otra mentira. Somos a millares los que nos imaginamos libres y no hacemos sino obedecer una nueva consigna. Cuando el mandato no viene de fuera, viene de dentro.

Un prejuicio, una fe, una preferencia nos somete al escritor estimado, querido, al libro que más nos agrada. Obedecemos sin que lo quiera nuestra conciencia y a poco andar conseguiremos que nos mande quien ni soñado había en ello. ¡Qué no será cuando el propagandista, el escritor, el orador lleven allá dentro de su alma un poco de ambición y un poco de domadores de multitudes! La mentira, grande ya, se acrece y lo allana todo. No hay espacio libre para la verdad pura y simple, sencilla, diáfana de la propia independencia por la conciencia y por la ciencia propia.

Llamarnos demócratas, socialistas, anarquistas, lo que sea, y ser interiormente esclavos es cosa corriente y moliente en que poco pone reparo. Para casi todo el mundo lo principal es una palabra vibrante, una idea bien perfilada, un programa bien adobado. Y la mentira sigue y sigue laborando sin tregua. El engaño es común, es hasta impersonal, como si fuera de él no pudiéramos coexistir.

Resolverse, pues, contra la gran mentira, sacudirse el enorme peso de la herencia de embustes que nos seducen con el señuelo de la revolución y de la libertad, valdrá tanto como emanciparse interiormente por el conocimiento y por la experiencia, comenzando a marchar sin andadores. Cada uno ha de ser su propia obra. Ha de acometer su propia redención.

Utopia, se gritará. Bueno; lo que se quiera, pero será a condición de reconocer entonces, que la vida es imposible sin amos tangibles, seres vivientes o entidades metafísicas; que la existencia no tendría realidad fuera de la gran mentira de todos los tiempos.

Contra los hábitos de subordinación nada podrán en tal caso las más ardientes predicaciones. Triunfantes, habrán destruído las formas externas, no la esencia de la esclavitud. Y la historia se repetirá hasta la consumación de los siglos.

La utopia no quiere más rebaños. Frente a la servidumbre voluntaria no hay otro ariete que la extrema exaltación de la personalidad.

Seamos con todo y con todos respetuosos — el mutuo respeto es condición esencial de la libertad —, pero seamos nosotros mismos. Antes bien hay que ser realmente libres que proclamárselo. Soñamos en superarnos y aún no hemos sabido libertarnos. Es también una escuela de la gran mentira.



INDICE

LIBRERÍA SOCIOLÓGICA

FUNDADA EN EL AÑO 1901

BAUTISTA FUEYO

AZCUÉNAGA 16 — BUENOS AIRES

LIBROS

Crimen de muchos — Pedro Maino.
Educación y crianza de los niños— Por Luis Kuhnne.
Equivalencia de las antiguas pesas y medidas, — por F. Isla.
Estudios sobre el Comunismo Anárquico. — Por E. Malatesta.
Expresión del Rostro, Luis Kuhne.
Ferrer y Nakens, por Eduardo G. Gilimón.
La caída — por P. y C. Avellán.
La Nueva Ciencia de Curar, Luis Kuhne.
La Paz Futura. — (Opiniones de los más grandes pensadores revolucionarios), Juan E. Carulla.
Mirando hacia el Futuro (Páginas Anarquistas), por Ricardo Mella.
Muerte y Vida, — P. Maino.
Noticias de Policía, — Fag Libert.
Rapsodias Paganas, — Por Vicente Martínez Cuitiño.
Rasgos, — González Pacheco.
Ortografía de bolsillo, — por R. Ponce de León.
Sobre la ruta de la anarquía, — Por Pierre Quiroule.
Triunfadoras — Por Leo Goti.
Verdad Desnuda, — Por Víctor Sammartino (poesías).
Garibaldi, — por A. Falco (Poesías).
Huelga de Vientres!, medios prácticos para evitar las familias numerosas, con 7 grab. L. Bulffi.
Inmoralidad del Matrimonio, por René Chaughi.
La Bancarrota de las Creencias, El Anarquismo Naciente,—R. Mella.
La Esclavitud Moderna, — Por Ricardo Mella.
La Lucha de Clases, — por R. Mella.
Las Grandes Obras de la Civilización — Por Ricardo Mella.
Maximalismo y Anarquismo — Por S. Locascio.
Ni Dios ni Patria, Benjamín Mota.
Nuestro Programa, — Por Enrique Malatesta.
11 de Noviembre de 1887 — El Crimen de Chicago.
Patria, — por A. Hamon.
Por la Anarquía, — Por R. Mella.
Por la verdad, — por M. Fernández.
¿Por qué somos anarquistas? — Por S. F. Merlino.
Sembrando flores, — por F. Urales.
Socialismo y Anarquía, — Por Enrique Malatesta.
Sindicalismo y Anarquismo, — Por Ricardo Mella.
Un episodio de amor,—por J. Rossi.

FOLLETOS

A las hijas del pueblo, — por Ana M. Mozzoni.
Anarquía y Comunismo—C. Cafiero.
Clarinadas (versos), F. Gualtieri.
Constitución de la República Rusa Socialista Federal de los Soviets.
Cuestiones de Enseñanza, por Ricardo Mella.
Determinismo y Responsabilidad, por Enrique Malatesta.
El Amor Libre. — Diderot.
El contraste Social.—E. G. Thomas.
El Ideal Anarquista, por R. Mella.
El Sufragio Universal, por Enrique Malatesta.
En el Café, por Enrique Malatesta.
Entre Campesinos, E. Malatesta.
En Tiempo de Elecciones, por Enrique Malatesta.
Generación Consciente, anatomía, fisiología, preservación científica y racional de la fecundación no deseada. Obra ilustrada con 38 grabados y figuras anatómicas, aparatos y objetos de preservación sexual, F. Sutor.

LAMINAS

Láminas alegóricas. — La Revolución Social, Primero de Mayo, F. Ferrer, Gorki, Florencio Sánchez, Kropotkine, Reclús, E. Zola, Bakounine, Cervantes, Salvochea, López Montenegro, Pi y Margall, y otros personajes revolucionarios.

POSTALES

Postales con las fotografías de: Mateo Morrals, Luisa Michel, Carlos Cafiero, Soledad Villafranca, Miguel Anguiolillo, Guillermo Morris, E. Reclús, Pedro Gori, Miguel Bakounine, Emilio Enrri, Pedro Kropotkine, Lafarga Pellicer, F. Salvochea, Máximo Gorki, Pí y Margall, Juan Creaghe, Anselmo Lorenzo, León Trotzki, Francisco Ferrer, Nicolás Lenín, León Tolstoy, Enrique Malatesta.
El Triunfo de la Anarquía, El pueblo cabizbajo y aherrojado.
Los Mártires de Chicago.

OBRAS DE TEATRO

Al fondo! Al fondo!... Drama en 1 acto por V. González de Castro.

Almafuerte — Drama en 3 actos por S. M. Onrubia.

Alma Social — Diálogo en un acto por Miguel Rey.

Basta de Suegros — Comedia en 1 acto por E. Lustonó.

Carrero en Huelga. — Monólogo cómico, por Florencio Parravicini.

Criminal — Monólogo dramático social por Pedro Gonse.

Contra el murallón. — Comedia en un acto, A. y G. López.

Cuento inmoral. — Monólogo, por Jacinto Benavente.

Del Arrabal — Sainete en 1 acto por Gornati y Nosiglia.

Derecho de amor. — Drama en un acto, Tito Livio Foppa.

Descubrimiento de América. — Monólogo cómico, F. Parravicini.

Don Pedro Caruso — Drama en 1 acto por Roberto Bracco.

¿Dónde está Dios? — Monólogo en verso por Miguel Rey.

El aeroplano en la guerra. — Monólogo cómico, por F. Parravicini.

El Acabose — Boceto cómico en 1 acto por Elio Galio.

El Atentado — Monólogo satírico por Fag Libert.

El Amuro — Entremés malevo en 1 acto por J. F. Palermo.

El Azote — Comedia dramática en 3 actos por R. Manigot.

El borracho. — Monólogo en verso por Eduardo Carmona.

El canto de los libros, monólogo dramático por Z. R. de Albornoz.

El crimen de ayer. — Drama en tres actos, por Joaquín Dicenta.

El clinudo. — Drama en dos actos, por Agustín Fontanella.

El Condenado a Muerte — Diálogo dramático por S. Locascio.

El defensor de su Honra — Drama en 3 actos por Juan de Roba.

El derrumbe. — Comedia en tres actos, por V. Martínez Cuitiño.

El día Sábado — Ensayo de comedia en 1 acto por F. D. Novoa.

El Esquinazo — Juguete cómico en un acto por Manuel Montero.

El León de Bronce — Monólogo dramático por J. Dicenta.

El mártir de Ushuaía. — Monólogo dramático, por Luis Zino.

El Místico — Drama en 3 actos por Santiago Rusiñol.

El nuevo cañón. — Monólogo cómico, por F. Parravicini.

El pan del pobre. Drama en un acto, por Antonio L. Alve.

El Sueño Dorado. Comedia en un acto por Vital Aza.

El Teniente Cura — Juguete cómico en 1 acto por Gil y Romea.

En Bruto — Boceto de comedia en un acto por A. Salis.

En las Garras de la Ley — Comedia dram. en un acto S. Locascio.

Entre Doctores — Juguete cómico en 1 acto por Abati y Díaz.

Familia complicada. — Monólogo cómico, por F. Parravicini.

Fin de fiesta — Drama en 1 acto por Palmiro de Lidia.

Final de una Tragedia — Drama en 1 acto V. González de Castro.

Flores de Trapo — Drama en 1 acto por A. Lenti Bianchi.

Germinal — Tragedia social en 3 actos en verso, J. San Clemente.

Girón de vida. — Drama en tres actos, por F. Fernández Gómez.

Héroe Ignorado — Monólogo por Alfonso Grijalvo.

Huelga en el Cielo — Extravagancia cómica en 1 acto A. Grijalvo.

Humanamente. — Comedia dramática en un acto, M. Buranelli.

Irma — Episodio dramático en un acto y 5 cuadros por S. Locascio.

Juventud — Drama en 1 acto por Ignacio Iglesias.

La canción del bohemio. — Monólogo en verso por F. Sassone.

La chica de la fonda — Drama en 3 actos por Miguel Buranelli.

La Fiesta del Trabajo — Boceto teatral en un acto por S. Locascio.

La Foguera de San Juan — Juguete cómico en 1 acto, M. Cachero.

La fortaleza. — Drama en 3 actos por Agustín Fontanella.

La Huelga de los Herreros — Monólogo dramático por F. Coppée.

La Mala Vida — Drama en 1 acto, por V. A. Salaverri.

La madre eterna — Drama en 3 actos por I. Iglesias.

La mujer del Godo. — Tragedia en un acto por S. Locascio.

La Pobre Vieja — Sainete en 1 acto por R. Cappemberg.

La risa del pueblo. — Comedia en dos actos, José de Maturana.

La sombra. — Drama en tres actos de Enrique García Velloso.

La única fuerza — Drama en 3 actos por P. E. Pico.

La Virgen Roja — Drama en 3 actos por P. y Cordon.

Las campanas. — Comedia dramática en 3 actos, J. Sánchez Gardel.

Las Dos Joyas de la casa — Juguete cóm. en 1 acto Curzo y Barrera.

Las golondrinas. — Drama en un acto por G. Martínez Sierra.

Lo inevitable — Drama en 1 acto por Miguel Marchese.

Los Escrushantes — Sainete en 1 acto por A. Vacarezza.

Los malos Doctores — Drama en 1 acto por A. Havaux.

Los Mártires — Drama en 1 acto por Dante Silva.

Los Pobres Ciegos — Boceto dramático en 1 acto V. L. Caccuri.

Marta Gruni — Sainete en 1 acto por Florencio Sánchez.

Narigueta. — Sainete en un acto por Agustín Fontanella.

Para eso Paga!... — Boceto dramático en 1 acto por P. E. Pico.

Parravicinada. — Monólogo cómico, por Florencio Parravicini.

Por la Raza. — Drama en dos actos, Antonio y Gerardo López.

Primero de Mayo — Boceto dramático en 1 acto, P. Gori.

Prometeo — Comedia en un acto, por Huidobro.

¿Quién es el ladrón? — Juguete cómico por Elio Galio.

Salomé. — Drama en un acto por Oscar Wilde.

Sin Patria — Diálogo por Torres y Brotons.

También la gente del Pueblo — Diálogo en 1 acto por M. de Larra.

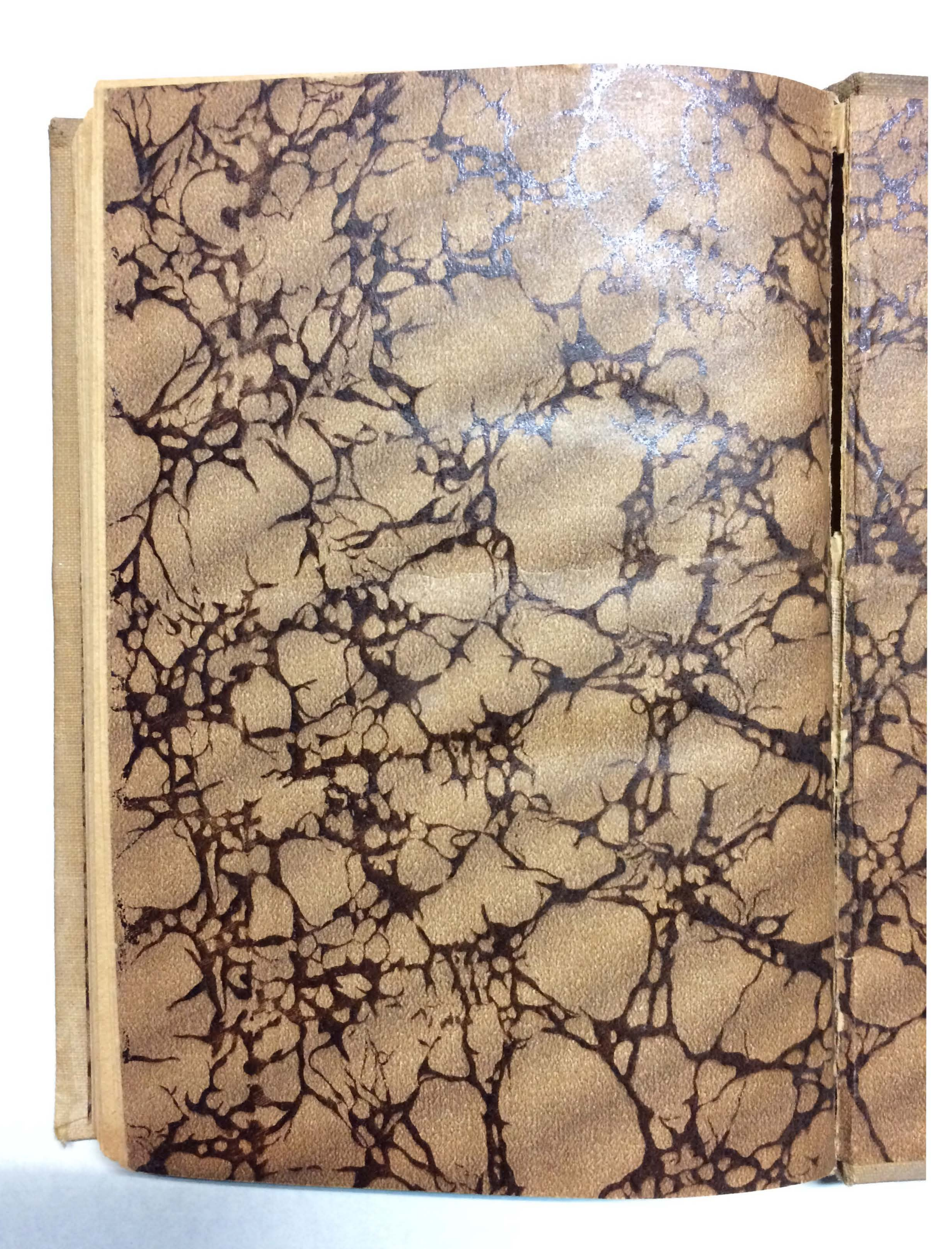
Tierra virgen. — Drama en tres actos, por Pedro E. Pico.

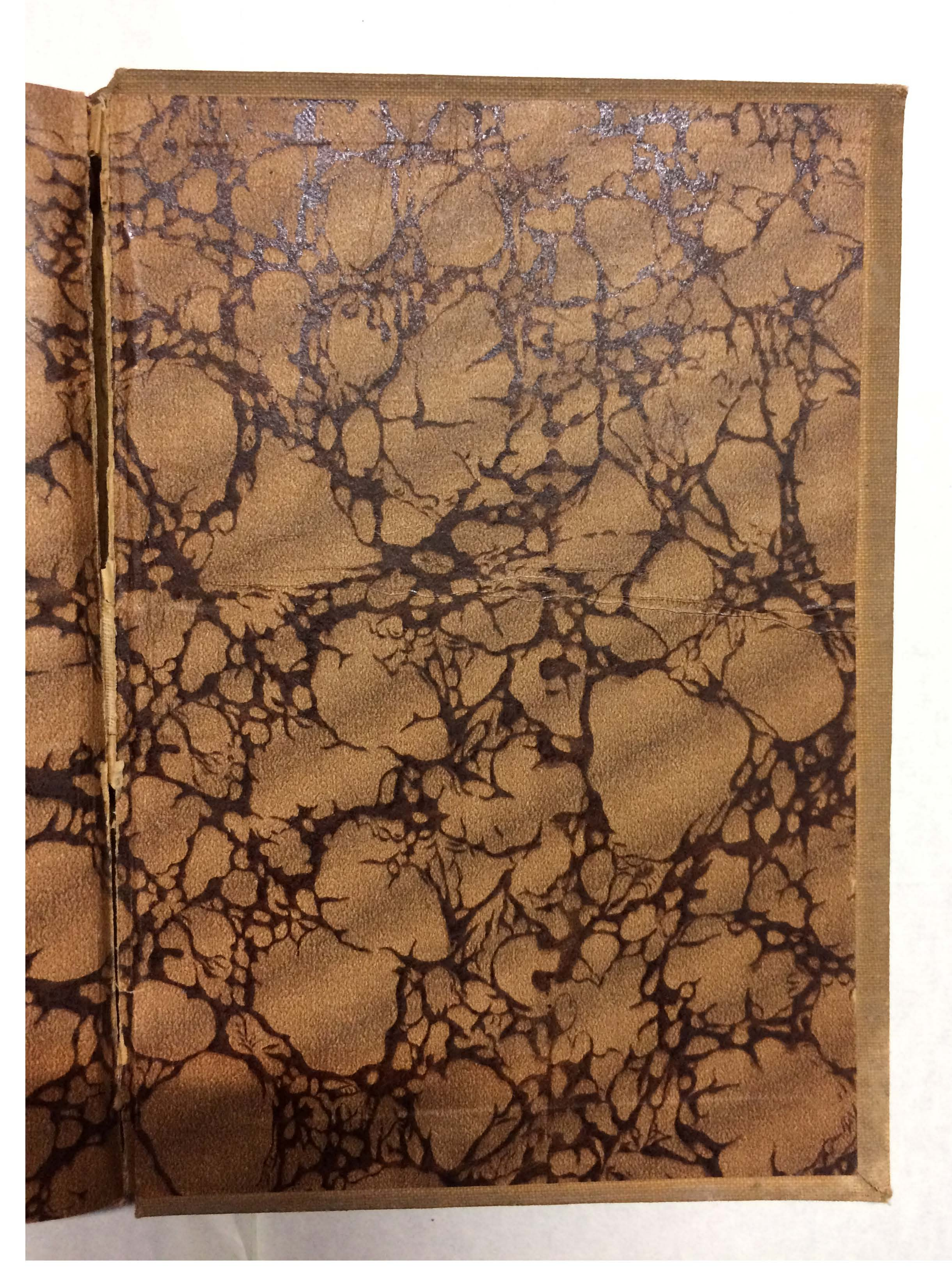
Tucumán. — Episodio dramático por C. Vidal.

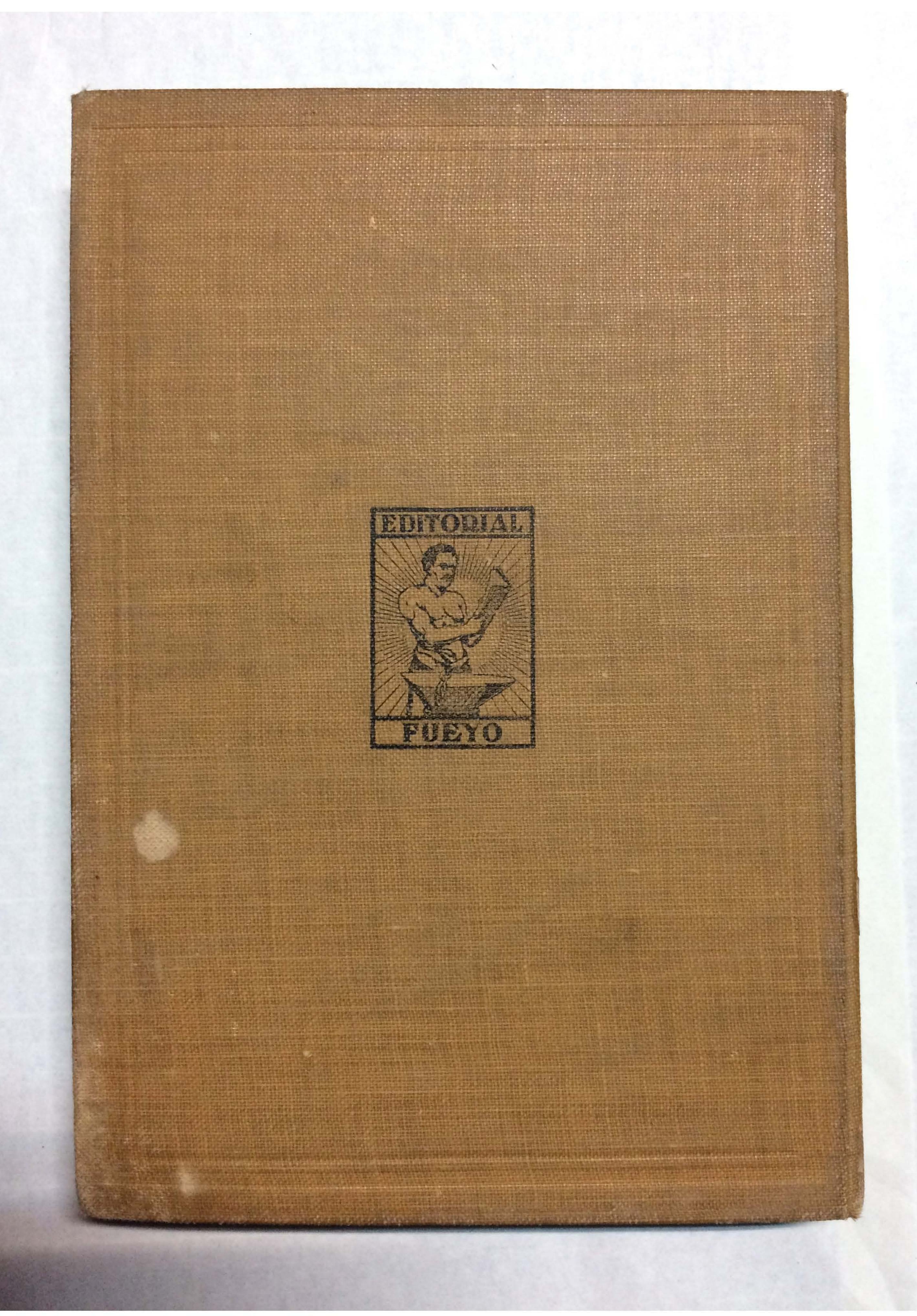
¡Una limosna por Dios! — Cuadro dram. en 1 acto, por J. Veyan

Ultima muñeca. — Comedia en un acto por Agustín Fontanella.

Un buen negocio — Comedia en 2 actos por Florencio Sánchez.






EDITORIAL
FUEYO